

Quijano, Hernán - *"Galicia Martir - Episodios del terror blanco en las provincias gallegas"*; Ediciones Neos, Buenos Aires, circa 1949 (158 págs. en rústica. Imprenta "Establecimiento Gráfico Virtus, Independencia 1931, Bs. Aires, Argentina)

GALICIA MÁRTIR

EPISODIOS DEL TERROR BLANCO EN LAS PROVINCIAS GALLEGAS

HERNÁN QUIJANO

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL TERROR EN LA PROVINCIA DE PONTEVEDRA

Yo estaba allí	5
Malas artes	8
Sinrazón	9
“La Rusia chiquita”	10
Primeros fusilamientos	14
Escarmiento y venganza	15
Invención del falangista	18
Así era como asesinaban	19
El imperio del terror	22
La infame coacción	26
"Comunista de los que no dan la cara"	26
Sadismo y estupidez	27
Fe en la ley y confianza en la autoridad	29
El fascismo no olvida ni perdona	30
Por los que escapan	32
Tres generaciones	32
La bolsa o la vida	33
Por ir en busca de la libertad	33
Cruelos hasta el absurdo	35
En plena arbitrariedad	36
Motivos de pena de muerte	36
El crimen de la señora Severa	37
Por encima de todo	38
Encono provinciano	38
Malhechor por malhechor	40
La vida en las cárceles fascistas	42
El adiós al condenado	49
El maestro de Nigran	49
Simplificación de trámites	50
Refinamiento	51
Una "revolucionaria"	51
Crimen contra la patria	52
Al arma blanca	52
El calvario del médico de Redondela	53
La terrible lección del fascismo	55
Justicia fascista	56
La resistencia en Tuy	57
Derecho internacional	58
Como se vive bajo la tiranía	61
Falange española	70
Galicia indómita	75

SEGUNDA PARTE

EL TERROR EN LA PROVINCIA DE LA CORUÑA	Pág
Así se rindió la Coruña	81
El estrago	87
Primer acto terrorista	88
A la desesperada	88
La instauración de los tiranos	89
El estado asesino	90
Surge el falangista	92
Cristiana muerte	94
El odio al galleguismo	95
Cuestión de competencia	96
Las mujeres ante la cárcel	97
Caridad cristiana	98
La vida ciudadana	99
¡Fusilamientos! ¡Fusilamientos!	103

PRIMERA PARTE

EL TERROR EN LA PROVINCIA DE PONTEVEDRA

YO ESTABA ALLÍ

A las once y media de la mañana del lunes se echó la tropa a la calle. Era sólo un piquete de Infantería al mando del capitán don Antonio Carreró Vergés. Salió del cuartel de la calle del Príncipe. En aquellos momentos las calles céntricas de Vigo estaban en plena ebullición. De los barrios apartados afluían al centro en oleadas millares de obreros que abandonaban el trabajo secundando la orden de huelga general dada por las organizaciones sindicales aquella misma mañana como protesta contra la sublevación militar de África de la que sólo se tenían entonces vagas y contradictorias noticias.

Al aparecer los soldados, la muchedumbre les envolvió rápidamente vitoreando a la República. Muchos, levantaban el puño cerrado y gritaban: "¡U. H. P.!" .Los soldados, aturcidos primero por aquella avalancha humana y entusiasmados después por los vítores y los aplausos del gentío estacionado en las aceras, vitoreaban también a la República y vitoreándola siguieron dócilmente a su capitán que echó a andar por la calle de Colón abajo silencioso y huraño, sin volver atrás la cabeza, como si no quisiera enterarse de lo que a sus espaldas sucedía. Tras él iba el pelotón de soldados, entre cuyas filas se había metido la gente del pueblo. Los vítores a la República salían unánimes de las gargantas de los soldados y los obreros. Estos levantaban el puño además y, poco a poco, algunos soldados, recelosos al principio, lo alzaron también a espaldas de su capitán que marchaba impenetrable y hostil a la cabeza de aquella inusitada manifestación popular que había venido a contrariar sus designios. El pueblo fraternizando con los soldados en las calles era una contingencia que no estaba prevista en sus planes. Varias veces intentó, sin conseguirlo, deshacer el estrecho abrazo de la multitud con los soldados. Sintiéndose imponentes para arrancarles de los brazos del pueblo, en los que de tan buena gana se habían echado, el capitán Carreró guió a sus soldados por las calles de Vigo y tuvo que resignarse a seguir al frente de aquella jubilosa manifestación de entusiasmo republicano a la que se iban uniendo millares y millares de seres que enronquecían vitoreando a la República y a sus tropas como si con aquellas aclamaciones quisiesen conjurar el peligro difuso que les amenazaba. El capitán, sin desconcertarse, seguía el rumbo que iban tomando los acontecimientos y acechaba la ocasión de torcerlo.

Carreró era un hombre fuerte y audaz que se hallaba íntimamente resuelto a cumplir su cometido sedicioso. Se había comprometido con el comandante de la

plaza, don Felipe Sánchez, un hombrezuelo astuto, a secundar la sublevación militar, apoderándose de la plaza de Vigo mediante un golpe de mano audaz. La proclamación del Estado de Guerra era el trámite previo y decisivo. A proclamarlo había salido el capitán Carreró con aquel pelotón de soldados que no sabían a lo que les llevaban y que, cándidamente, vitoreaban a la República que iban a derrocar y se abrazaban al pueblo que debían haber ametrallado. La multitud hervía amenazadoramente en torno y se apretada instintivamente contra los soldados. El capitán, con el gesto duro y las mandíbulas encajadas, avanzaba impertérrito, mientras en sus oídos zumbaban las aclamaciones entusiásticas mezcladas con algún que otro muera amenazador que no le hacía pestañear. Carreró sabía que tenía que torcer violentamente la voluntad de aquella gran masa humana sin más apoyo que el de sus dos docenas de soldados, pasados ya espontáneamente al enemigo. Sabía también que no podría esperar refuerzos. La guarnición de Vigo era en aquellos momentos de poco más de trescientos hombres que el comandante Sánchez temeroso, había colocado estratégicamente en los alrededores de la Comandancia para defenderse contra un posible asalto. Casi toda la oficialidad se había desentendido de la proyectada rebelión y prudentemente, para no verse comprometida se había quitado de enmedio. Con el apoyo de los paisanos no había que contar. Fascistas no había en Vigo. Los jóvenes reaccionarios de la J. A. P. eran cobardes y no saldrían a la calle mientras la tropa no les hubiese sacado las castañas del fuego ...

Pero Carreró seguía mirando desdeñosamente la ebullición de aquella muchedumbre sin armas, a la que desde el fondo de su alma de militar despreciaba como si fuese ganado. El piquete de soldados, guiado por él y seguido por la multitud, avanzó por la calle de Colón y luego por la de Policarpo Sáenz hacia la Puerta del Sol. A medida que el pelotón avanzaba, la multitud iba volviéndose más recelosa de las intenciones de la tropa, no obstante los vítores ingenuos de los soldados. Los gritos amenazadores rrenudeaban. Algunos grupos intentaron, incluso, cortar el paso al piquete. Empezaron a sonar las voces de: "¡Traidores! ¡Traidores!" Los soldados seguían, no obstante, levantando el puño de buena fe y abrasándose cordialmente a los paisanos. Al llegar a la Puerta del Sol creció el desconcierto. El capitán dió el alto a la tropilla, y la muchedumbre que siguió avanzando se precipitó sobre los soldados, intentando arrastrarles en sus oleadas. La fricción de la tropa con la multitud había comenzado. Al principio, los soldados, temerosos y aturridos, resistieron pasivamente a la presión de la muchedumbre, pero automáticamente se encontraron luchando a brazo partido con ella. El capitán aprovechó aquellos críticos instantes para ordenarles que despejasen violentamente si no querían ser agredidos. Hubo un momento de estupor. Los paisanos, rechazados a viva fuerza, formaron un estrecho círculo en torno al piquete. Se produjo en la muchedumbre un movimiento moroso de contracción. La distancia entre la tropa y el pueblo se había restablecido. Los soldados veían atónitos cómo súbitamente se alzaba contra ellos la hostilidad de la masa humana que segundos antes les aclamaba, y se pusieron en guardia, amenazadoramente. Los gritos de "¡Traición! ¡Traición!" salían ya de todas las gargantas y algunas piedras cruzaron el aire buscando la cabeza de los militares. La situación había cambiado como por encanto. Todavía un soldado se atrevió a gritar "¡Viva la República!", pero un rabioso clamor de la multitud rechazó aquel

cándido viva. El capitán Carreró avanzó entonces, sacó el bando de proclamación del Estado de Guerra y se dispuso a leerlo.

Su voz cortaba el silencio dramático que se hizo en las primeras filas mientras, a lo lejos, gruñía sordamente la multitud exasperada. En, aquel crítico instante dos hombres, jóvenes, fuertes y con ademán resuelto se desgajaron de la multitud y se acercaron amenazadores a Carreró. Uno de ellos echó la garra al bando, se lo arrancó de entre las manos al capitán y lo hizo trizas mientras el otro gritaba "¡Mueran los traidores! ¡U. H. P.! ". El capitán se revolvió furioso. En aquel instante un impulso gigantesco de la masa humana precipitó sobre el piquete a los que estaban delante. Los soldados atemorizados se echaron los fusiles a la cara.

-¡Fuego! - gritó Carreró con voz sorda de rabia.

Y para dar ejemplo a sus hombres y provocar lo irreparable, empuñó su revólver y disparó a bulto contra la barrera humana que le cercaba. Sonó una descarga. Se vió como algunos hombres heridos a quemarropa se desplomaban aquí y allá. La multitud apiñada al desperdigarse dejó rodar por tierra a los que al ser heridos habían quedado sostenidos por la compacta masa de humanidad que formaban los manifestantes. Cada bala de los mausers había ensartado, trasasándolos, ocho o diez cuerpos. Millares de seres corrieron hacia las bocacalles, gritando desesperados. "¡Armas! ¡Armas! "

En toda aquella muchedumbre, contra la que los soldados tiraban a mansalva, hubo escasamente media docena de pistolas que respondieron a las descargas cerradas del piquete. Aquellos tiros aislados y sin ninguna eficacia sirvieron únicamente para que el capitán Carreró azuzase a sus hombres y las descargas de fusilería, continuas, se cebasen en la muchedumbre arremolinada por el terror.

Yo, corrí como todos, viendo caer asesinados por la espalda a los que a mi lado corrían. Iba ya lejos, a la altura del Café Moderno y del Club Náutico, cuando aún nos perseguían las rociadas de balas. A la puerta del Café Moderno vi caer junto a mí a algunos curiosos que se asomaban a ver lo que sucedía. En la Puerta del Sol y en las calles adyacentes quedaron tendidas más de cien personas. Uno de los que yo mismo vi caer mortalmente herido fué Diego Lence, un muchacho republicano, al que le atravesaron el pecho de un bayonetazo. También vi caer heridos a un capataz del muelle llamado Taboada y a un chiquillo de diecisiete años apellidado Domínguez. Estos dos se libraron aquel día de la muerte para caer vilmente asesinados más tarde. El capitán Carreró, cumplida su hazaña de fusilar impunemente a la muchedumbre que vitoreaba a la República, volvió triunfante a la Comandancia y saludando orgullosamente a su jefe le comunicó:

- Las órdenes de V.E. han sido cumplidas.

El capitán Carreró -grande, gordo, bestial- y el comandante Sánchez - raquítrico, grotesco, astuto- se abrazaron satisfechos de seguro. Aquellos dos hombres ejemplares habían comenzado la obra civilizadora de la redención de Galicia.

MALAS ARTES

El comandante don Felipe Sánchez es un vejete ladino que había facilitado taimadamente con sus malas artes la faena del capitán Carreró. Ya el domingo, mientras las organizaciones obreras y los leaders del Frente Popular estuvieron perdiendo el tiempo en estériles discusiones, el astuto comandante procuró no perder el suyo. A medio día mandó llamar a la comandancia al capitán jefe de los Guardias de Asalto. Este, receloso de la intempestiva llamada del comandante de la plaza, se presentó antes en el Ayuntamiento y dijo al alcalde, señor Martínez Garrido:

- Tengo sesenta guardias y noventa fusiles a disposición de las autoridades legítimas de la República por si los militares de la guarnición de Vigo intentan sublevarse.

El alcalde, optimista, le contestó que no pasaría nada y que su generoso ofrecimiento no sería necesario.

-Le advierto - agregó el capitán - que el comandante militar de la plaza me ha mandado llamar. ¿Qué debo hacer?

-Vaya usted tranquilo. Los militares no se atreverán a sublevarse. Contarnos con el pueblo en masa.

El capitán de las fuerzas de Asalto tuvo que rendirse ante la confianza que manifestaba el alcalde. Desconfiando, sin embargo, de las consecuencias que pudiese tener la llamada del comandante, previno a uno de sus tenientes.

-Si pasadas dos horas no he regresado de la Comandancia te echas a la calle con toda la fuerza disponible.

Cuando el capitán de Asalto se presentó ante el comandante Sánchez, éste le preguntó cuál era su disposición de ánimo ante los acontecimientos.

-Sirvo realmente al Gobierno de la República - contestó el capitán con firmeza.

-Nuestro movimiento es republicano - insistió el comandante.

-Para mí la República está representada por su gobierno legítimo.

-¡Es lástima! ¡Es lástima! -le contestó el comandante. - Si es así no podré dejarle salir de aquí. ¡Queda usted arrestado!

El capitán de Asalto quedó prisionero y aguardó inútilmente la llegada de sus subordinados que debían ir a libertarle. Un sargento de la Guardia de Asalto que se hallaba en complicidad con los militares rebeldes, apenas fué arrestado el capitán, comunicó al teniente que el propio capitán le llamaba para que se presentase también en la Comandancia. Cayó el teniente en el lazo y fue igualmente aprisionado. Los sesenta guardias, privados así de sus jefes no se movieron ya.

El comandante Sánchez iba desmontando arteramente los resortes del mando republicano.

SINRAZON

Aquellos dos hombres siniestros, el comandante Sánchez y el capitán Carreró, con un puñado de soldados sumisos, pudieron hacerse dueños de Vigo y extender luego la sublevación por toda la provincia de Pontevedra, más que por la astucia y el coraje que desplegaron, por una circunstancia que debió ser loable y resultó funesta: la firme, la heroica resolución de ahorrar al pueblo gallego el derramamiento de sangre, que mantuvieron hasta el último instante los dirigentes de los partidos políticos de izquierda y de las organizaciones proletarias.

Mienten los militares rebeldes cuando dicen que tuvieron que reprimir, ahogándolo en sangre, un movimiento desencadenado por los partidos políticos y los sindicatos obreros. Los dirigentes de estas organizaciones se opusieron en todo momento a dar armas al pueblo para que luchase revolucionariamente contra los sublevados. Este fue el gran error que cometieron; el error de tener piedad del pueblo al que no quisieron lanzar a pecho descubierto contra las ametralladoras del ejército.

Quiero decirlo y demostrarlo de manera terminante antes de entrar en el relato de lo que ha sido "el terror blanco" en Galicia. En Vigo, como en casi todas las ciudades gallegas, los hombres de izquierda y los leaders proletarios no hicieron nada, absolutamente nada, que pudiera ser invocado como justificación o disculpa de las feroces represalias que se tomaron luego. Si alguna resistencia se opuso a los rebeldes fue el pueblo mismo espontáneamente y sin armas quien la emprendió. Los rebeldes se han cebado en la carne de los dirigentes republicanos y socialistas asesinándoles una por uno, a ellos y a sus familias, sin el menor pretexto, sin la más mínima e insignificante razón, sin más causa ni motivo que el dar satisfacción a sus criminales instintos.

No es que los hombres del Frente Popular se atemorizasen y entregasen al pueblo atado de pies y manos a sus verdugos para salvar así sus vidas. Es que creyeron hasta el último instante que contaban con la lealtad de las fuerzas de orden público, la Guardia civil y la Guardia de asalto que les habían dado prendas firmes de adhesión a la República y, por mantenerse dentro de la más estricta legalidad, se resistieron a dar armas al pueblo. Si se las hubiesen dado, la rebelión militar hubiese sido totalmente vencida en veinticuatro horas. No quisieron hacerlo. Con sus vidas lo han pagado inexorablemente.

El domingo 19 de julio se celebró en la Casa del Pueblo de Vigo una reunión de todas las organizaciones obreras que duró hasta las dos de la madrugada. Si de aquella reunión la población obrera hubiese salido con armas los rebeldes hubiesen sido derrotados fácilmente. La guarnición de Vigo no llegaba a cuatrocientos hombres, los oficiales comprometidos no pasaban de una docena. Casi toda la oficialidad se inhibió. Hubo muchos oficiales que no se presentaron hasta ocho o diez días después.

Armas había. La Guardia de asalto puso a disposición del Ayuntamiento todas las que tenía en depósito. Había incluso varios depósitos considerables pero los dirigentes se negaron a repartirlas entre el pueblo. Mientras tanto llegaban a Vigo millares de aldeanos de toda la provincia pidiendo armas para poder luchar contra la sublevación. De Cangas y de otros pueblecitos de la costa

vi yo mismo llegar las barcas abarrotadas de luchadores del pueblo a, los que no se quiso proporcionar ni una pistola. En muchos pueblos, además, fueron las autoridades republicanas y socialistas las que enérgicamente impidieron, incluso con riesgo de sus vidas, los asaltos a los cuartelillos de la Guardia civil.

La hazaña del capitán Carreró fusilando impunemente a la multitud en la Puerta del Sol no hubiera sido posible si aquella muchedumbre hubiese estado medianamente armada. Conste así, para que pueda juzgarse exactamente la bestialidad de lo que vino luego.

"LA RUSIA CHIQUITA"

Lavadores es una curiosa aglomeración suburbana de las inmediaciones de Vigo, medio industrial, medio labradora, entre la ciudad y el campo, del pegujar a la fábrica, con todas las miserias y las tristezas de uno y otra. Es un valle parcelado en minúsculas propiedades rurales en el que se han formado núcleos de población, dos arrabales populosos, el de San Juan del Monte y el del Frago. Los hombres de Lavadores trabajan como jornaleros en la industria metalúrgica de Vigo. Mientras, ellos se van a las fábricas a ganarse el jornal, sus mujeres y sus hijos labran penosamente el pedacito de tierra que cada cual posee. Estas gentes, laboriosas y tenaces, se afanan durante toda su vida por defender su casa, su campo y su jornal contra las embestidas que les da la codicia de los caciques, los patronos y los usureros. Por eso, porque se defienden bravamente de las garras de la explotación, le llaman a Lavadores "la Rusia chiquita". El espíritu revolucionario de aquellas pobres gentes no va, sin embargo, más allá de la defensa de su libertad política, de su pequeña propiedad y de su derecho al jornal. Cuando estalló la sublevación militar los vecinos de Lavadores se sintieron positivamente amenazados. Los señoritos de Vigo, libres de las trabas y cortapisas que les ponía la República, iban a caer otra vez sobre ellos. El golpe militar no podía tener otra significación. Y resolvieron resistirse heroicamente. Fué allí, en aquella aglomeración medio campesina, medio urbana, en aquel núcleo de pequeños propietarios que adquirían y conservaban sus propiedades trabajando como proletarios en la zona industrial, donde únicamente se hizo resistencia a la rebelión militar.

No es cierto que ésta tuviese que luchar en las calles de Vigo para imponerse al fin triunfalmente. Si hubiera habido lucha en la ciudad los militares no hubieran vencido. En Vigo no se luchó. Después del golpe de mano del capitán Carreró al fusilar a mansalva en la Puerta del Sol a la multitud inerme no hubo en Vigo ningún intento de lucha. Las ametralladoras colocadas en los alrededores de la Comandancia no tuvieron que ser utilizadas para repeler ningún asalto. No hubo tampoco agresiones aisladas en las calles. Han pretendido los rebeldes para justificar la feroz represión efectuada luego que en los primeros momentos tuvieron que luchar heroicamente en las calles de Vigo. En sus periódicos

publicaron fotografías de las barricadas levantadas con los adoquines del pavimento en la calle Policarpo Sáenz delante de la Casa del Pueblo. No hubo tales barricadas. El pavimento estaba levantado, es verdad, pero era sencillamente porque desde hacía ya varias semanas estaban trabajando en su reparación las cuadrillas de obreros municipales.

En Lavadores sí hubo resistencia y barricadas. Fue una lucha desigual y espantosa. Veréis cómo fue.

Cuando la muchedumbre se dispersó aterrorizada después de la infame maniobra de la Puerta del Sol, muchos fugitivos se concentraron en Lavadores donde se sentían más abrigados y protegidos entre el humilde vecindario de aquel arrabal. Produjo allí tal indignación la hazaña del capitán Carreró que los vecinos decidieron resistir a los sublevados fuese como fuese, Durante la noche del lunes se alzaron varias barricadas en Lavadores las que trabajaron, tanto como los hombres, sus mujeres y sus hijos. El propósito era insensato porque aquellas gentes estaban armadas sólo con palos, picos, hoces y algunas, pocas, escopetas de caza, sin contar tal que otra pistola. Se decía con gran prosopopeya que había hasta un arma automática un soberbio fusil ametralladora que había sido cogido la noche antes al comandante don Alfonso Crespo que lo llevaba de ocultis cuando andaba en los preparativos de la sublevación; pero lo cierto fue que el famoso fusil automático no apareció jamás.

La primera barricada se levantó en un lugar estratégico de Lavadores llamado "Los Llorones", que debía el nombre a unos grandes sauces que por allí había. Otra barricada se levantó en "El Calvario" y la tercera y última en "El Seijo", delante del Ayuntamiento y de la casa-cuartel de la Guardia civil.

Al día siguiente, el martes, empezó la lucha. Atacaron la primera barricada unos sesenta o setenta soldados, en su mayor parte de cuota, al mando siempre del capitán Carreró. Se les hizo una encarnizada resistencia. Pero los defensores de las barricadas carecían, como hemos dicho, de armas eficientes y no podían resistir mucho tiempo. Cada vez que disparaban tenían que esconderse y tomarse un tiempo para cargar de nuevo sus viejas escopetas de caza mientras los soldados les rociaban de plomo con sus máusers. Se emplearon incluso morteros de trinchera para atacar la barricada. El pueblo se defendió bien, sin embargo, y los rebeldes no pudieron tomar ni siquiera la barricada de "Los Llorones" en aquellos primeros intentos.

Cuando corrió la noticia de que los de Lavadores estaban resistiendo desesperadamente a la tropa sublevada comenzaron a llegar luchadores de todos los barrios de Vigo y de los pueblos próximos. Todos venían sin más armas que sus brazos y clamaban pidiendo fusiles. Llegaron de Puenteareas y La Caniza nutridos grupos que a todo trance quisieron tomar por asalto el cuartel de la Guardia civil para apoderarse de los fusiles. Los dirigentes de Lavadores y de Vigo no lo consintieron.

Hubo una dramática discusión en el Ayuntamiento. El alcalde, apoyado por el diputado socialista don Antonio Bilbatua y varios directivos de la U. G. T. les disuadieron. La Guardia civil era leal a la República y hasta aquel instante había estado reiterando a los representantes del Frente popular su adhesión incondicional al Gobierno. La Guardia civil - les decía enfáticamente el jefe del puesto - no se subleva nunca.

Mientras, como si quisiesen confirmar lo que los jefes republicanos y socialistas sostenían y para infundir confianza al pueblo, los guardias civiles se asomaban pacíficamente al balcón de su casa-cuartel, contemplando con todo sosiego cómo el hormiguo popular reforzaba afanosamente sus barricadas y hacía sus belicosos pertrechos.

Simultáneamente comenzó el "paqueo" de los elementos reaccionarios atrincherados en sus casas contra los que luchaban en la calle. A orilla de la carretera general de Vigo había una casona grande, inmensa, la famosa Casa de Piedra, residencia de don Estanislao Núñez, rico industrial propietario de una fábrica de estampados de hojalata. Por la mañana la gente del pueblo estuvo recorriendo las casas en busca de armas. Un grupo estuvo en la del señor Núñez que se hallaba allí con dos de sus hijos y pidió que se le entregasen las armas que hubiera. Pareció que los dueños de la casa se allanaban, pero cuando el grupo de obreros salía a la calle llevándose unas inservibles escopetas, los de la casona atrancaron las puertas y se pusieron a hacer fuego sobre ellos con unos rifles que habían tenido ocultos. Se comprobó que los agresores eran el propio señor Núñez y sus dos hijos, militantes fascistas. Los vecinos de Lavadores, furiosos, pusieron sitio a la Casa de Piedra y después de un reñido tiroteo en el que mataron al dueño de un balazo, asaltaron la finca y la incendiaron. A los dos hijos fascistas los cogieron prisioneros y se los llevaron al Club Deportivo Obrero de Lavadores. Al pasar por delante de un grupo nutrido de mujeres que estaban ayudando a fortificar las barricadas los milicianos que llevaban bajo su custodia a los hijos del señor Núñez se los mostraron, diciéndoles: -¡Ya son nuestros! ¿Qué hacemos con ellos? ¿Los matamos? -¡Soltarlos! ¡Soltarlos! gritaron unánimemente aquellas bravas mujeres.

Libres los dejaron ir. Han sido después los dos más, feroces ejecutores de los asesinatos.

Al día siguiente volvieron los militares al asalto de las barricadas. No habían podido arrastrar consigo más fuerzas y los soldados seguían siendo unos sesenta o setenta a lo sumo. No iba con ellos ningún paisano, ni de la J. A. P. ni de Falange. Pero llevaban además de los morteros varias ametralladoras con las que estuvieron regando de plomo a placer a los combatientes de la República imposibilitados de contestar adecuadamente con aquellas grotescas armas que manejaban. A un campesino se le reventó la escopeta y se le torció el cañón. Yo le ví en la barricada cuando intentaba aun seguir disparando con aquel arma que no podía ya herir a nadie más que a él mismo.

Como no podían atacar de frente a las ametralladoras, los combatientes del pueblo distribuyeron por los tejados de las casas próximas a los que tenían las mejores armas de fuego. Asomando por detrás de las barricadas dejaban sus gorras puestas encima de un palo para que los soldados las acribillasen. Ellos agazapados en los tejados, dejaban pasar las ráfagas de las ametralladoras sobre sus cabezas y en él breve intervalo en que permanecían silenciosas para que las adelantasen o las pusiesen nuevas cintas de munición, descargaban sus escopetas y volvían a agazaparse para poder cargarlas de nuevo. Pero, de una vez para otra, iban perdiendo terreno.

Así se perdió la primera barricada de "Los Llorones". Cuando los militares se lanzaron al asalto de la barricada de "El Calvario" escaseaban ya las

municiones hasta el extremo de que era a pedrada limpia cómo los defensores del pueblo intentaban contenerles.

Las bajas de los republicanos eran cada vez más numerosas. Los primeros heridos fueron llevados al sanatorio de Amuedo sito en "El Calvario" mismo. Luego hubo que llevar a los heridos a otras clínicas y farmacias de la barriada y finalmente tuvieron que ser encaminadas a las clínicas de Vigo, donde, clandestinamente ya, quisieran asistirles.

Se perdió fatalmente también la segunda barricada y sus defensores se replegaron hacia la de "El Seijo", delante del Ayuntamiento, donde siguieron resistiendo a la desesperada.

Pero la Guardia civil, que hasta aquel momento había permanecido impasible, cuando vió que los militares rebeldes habían tomado ya la primera y la segunda barricada, se echó a la calle y comenzó a disparar contra el pueblo por la espalda haciendo causa común con los sublevados a partir de aquel instante. Cogidos entre dos fuegos los defensores de la República cayeron acribillados en pocos minutos y allí terminó aquella heroica resistencia. Los que no sucumbieron en aquella carnicería se dispersaron. Algunos, huyeron al monte. Allí están, al cabo de diecisiete meses, los que han podido sobrevivir a la horrible prueba. Famélicos, tuberculosos, cubiertos de harapos, acosados como fieras, viviendo ocultos en agujeros que han hecho en la tierra con sus uñas como verdaderas alimañas allí están todavía los supervivientes para vergüenza de la humanidad civilizada.



“Los mártires serán santos” (Castelao)

PRIMEROS FUSILAMIENTOS

Quedó dueño y señor de vidas y haciendas el comandante de la plaza don Felipe Sánchez, típico militar español de mentalidad estrecha y agrios resentimientos, astuto, cruel con los de abajo y sumiso con los de arriba, reaccionario ladino que intentó medrar y hacer carrera con la República titulándose azañista entusiasta y luego despachado y rencoroso se unió celosamente a los que atentaron contra ella queriendo lavar con sangre su pasada claudicación republicana. Fué el mismo Gobierno del Frente Popular formado a raíz de las elecciones el que incautamente le destinó a Vigo quitándole de Asturias, donde los dirigentes socialistas habían descubierto ya la doblez y el falso republicanismo del comandante. Desde su despacho de la antigua "coronela", en cuya fachada ondeaba todavía la bandera tricolor que no fue arriada hasta mediados de agosto-, el comandante Sánchez se puso a dirigir personalmente la feroz represión que aún ahora, al cabo de dieciocho meses, no ha terminado.

La Guardia civil y los agentes de Policía comenzaron a practicar detenciones de dirigentes republicanos y socialistas. Algunos, como el impresor Botana, ni siquiera se creyeron en el caso de esconderse. El alcalde, Martínez Garrido, fue también detenido en su propia casa, que asaltaron los agentes del orden, destruyendo todo cuanto allí había. En una habitación vieron un retrato suyo y lo acribillaron a balazos anticipando con aquel simulacro el fusilamiento verdadero de que pocos días después iba a ser víctima. Aún no había falangistas en Vigo, pero ya iban acompañando a los mandatarios del comandante Sánchez algunos "simpatizantes", por lo general, jóvenes reaccionarios que se habían endosado el uniforme de oficiales de complemento. Los primeros falangistas que hubo en Vigo fueron los delincuentes sacados de la cárcel, triunfalmente por los sublevados, como es de rigor en todo movimiento de rebeldía. Pero a los pocos días la cárcel estaba ya abarrotada aunque no de estafadores, ladrones y asesinos, que esos estaban dedicados a "forjar la nueva España", sino de honrados defensores de la libertad y de la República. Hubo que habilitar una nueva prisión y se utilizó el edificio del frontón, próximo al cuartel de la Guardia civil, en la calle María Verdiales.

No sólo se encarcelaba a las personas significadas de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales, sino también a los simples y oscuros afiliados o cotizantes. Comenzaron las delaciones. El solo hecho de conservar un carnet de un sindicato era motivo bastante para el encarcelamiento. En algunos gremios los obreros se resistían a volver al trabajo. Los primeros que desistieron de la huelga fueron los empleados de oficina; los tranviarios tardaron diez o doce días en prestar servicio; los trabajadores de los astilleros de Hijos de J. Barrera estuvieron también veintitantos días sin volver a los talleres. y los nuevos amos irritados, comenzaron a hacer escarmientos. El primero que fusilaron en Vigo, el día 5 de agosto, fué un tranviario comunista llamado Manuel del Río. Los

principales cargos que se le hicieron en el juicio sumarísimo que se le siguió fueron que se le había encontrado una pistola en el bolsillo y que había hecho un viaje a Rusia en unas vacaciones. Por análogas causas se condenó y fusiló junto con él a otro muchacho de Tuy.

En estos primeros fusilamientos la máquina del terror no estaba bien montada y engrasada todavía y ocurrió que el oficial encargado de mandar el piquete de ejecución, un alférez de complemento llamado José Curbera, sintió repugnancia a cometer aquellos asesinatos evidentes y se negó a cumplir la misión que se le había encomendado alegando que sus sentimientos humanitarios y cristianos se lo impedían. Cuando el turbado alférez se presentó al capitán Carreró éste se puso furioso, le insultó violentamente y le hizo arrestar. La dificultad se resolvió en el acto. Se presentaron como voluntarios para mandar el piquete de ejecución dos hijos del capitán Canella, Guillermo y Leopoldo, ahijado este último del obispo de Madrid-Alcalá. Guillermo, que es en la actualidad médico de Regulares, fué el que tuvo el honor de dar el tiro de gracia a aquellas dos primeras víctimas del terror blanco. El caso del alférez Curbera no se repetiría.

ESCARMIENTO Y VENGANZA

Con las primeras redadas de detenidos se hizo una selección de las figuras republicanas y socialistas más destacadas y populares de Vigo, que fueron encausadas y sometidas a un Consejo de Guerra. Se dijo primero que éste sería ordinario, pero luego se convirtió en sumarísimo por orden venida de la Coruña y ajena en absoluto a la índole de los supuestos delitos y a la situación de la plaza en aquellos momentos en los que la calma era absoluta. El terror blanco comenzaba de arriba abajo y era decretado de "orden superior".

Casi todos los encartados habían sido detenidos en sus casas como hemos dicho y cuando ya había cesado toda resistencia armada a la rebelión, si puede decirse que en algún momento hubo verdadera resistencia armada. Aquellos hombres no se creyeron en el caso de tener que ponerse en salvo. Habían impedido la insurrección de las masas y se habían negado a armar al pueblo. Estuvieron hasta el último instante al lado del gobierno legalmente constituido y cuando se les presentó la trágica alternativa de ceder a la violencia o provocar una violencia mayor no se atrevieron a cargar sobre sus hombros con tamaña responsabilidad y se dieron por vencidos. Acaso no habían hecho todo lo que debieron hacer para cerrar el paso a la rebeldía, pero, en cambio, habían evitado, creían ellos el derramamiento de sangre. Sabían que su lealtad republicana y su fe socialista serían castigadas por los rebeldes. pero ¿cómo podía nadie imaginar la saña feroz con que iban a ser llevados a una muerte que era más que una ejecución un asesinato. Ante el Consejo de Guerra sumarísimo comparecieron las siguientes personas:

Don Enrique Martínez Garrido, alcalde de Vigo e industrial.

Don Antonio Bilbatua Zubeldia, diputado a Cortes y oficial de Telégrafos.
Don Ignacio Seoane Fernández, diputado a Cortes y panadero.
Don Apolinar Torres, presidente de la Casa del Pueblo y maestro nacional.
Don Ubaldo Gil Santostegui, médico.
Don Enrique Heraclio Botana, impresor.
Don José Antelo Conde, industrial.
Don Ramón González Brunet, funcionario de la secretaría de la Casa del Pueblo.
Don Pastor Rodríguez, comerciante
y Manuel Rey, alias "El Villagarcía".

Todos, excepto este último, eran personas honestas, de buenas costumbres, con profesiones bien definidas, padres de familia casi todos, favorablemente conocidos en Vigo y algunos de ellos investidos de legítima representación popular. Su participación en la resistencia armada que se hizo a las tropas no pudo probarse nunca. Se dió, por ejemplo, el caso del señor Seoane que, por hallarse quebrantada su salud, estaba retirado desde mucho tiempo antes de estallar la rebelión en un pueblecito y ni siquiera supo lo que ocurría en Vigo y en España hasta el día mismo en que le encarcelaron para condenarle a muerte. Es más, en el carnet de notas del diputado don Antonio Bilbauta, en el que éste iba redactando un breve "diario", aparecieron escritas estas palabras: "Es inútil; contra un ejército armado el pueblo no puede luchar".

Las circunstancias de este proceso han sido ya divulgadas y no hay necesidad de detallarlas. Hubo, sin embargo, algunos hechos que se ha procurado ocultar. El abogado designado por varios de los acusados fue desterrado la madrugada misma del día señalado para el Consejo de Guerra. Las familias de los reos se enteraron de que sus deudos estaban siendo juzgados cuando como de ordinario fueron a llevarles la comida a la cárcel. A la primera sesión de este Consejo de Guerra celebrado por sorpresa no asistió nadie. Para la segunda sesión, que se celebró en la tarde del mismo día, fueron movilizadas por la Patronal de Vigo, que era la entidad que a todo trance quería que se hiciese un escarmiento rápido, numerosas mujeres en su mayor parte de la buena sociedad que asistieron a las deliberaciones del Consejo de Guerra con la finalidad de que su presencia inusitada y espectacular y sus ruidosas manifestaciones presionaran, si era necesario, a los jueces militares y les inclinasen a la máxima dureza en el fallo. Al suspenderse la sesión aquellas mujeres salieron a la calle formando una siniestra y lúgubre manifestación que pedía a gritos que se condenase a muerte y se ejecutase en el acto a los encartados.

Hubo además en este Consejo de Guerra una de esas tenebrosas maquinaciones que se urden en las épocas de terror gubernativo que no se le pasó por alto al vecindario de Vigo, pero que fuera del ambiente local puede haber pasado inadvertida. Deliberadamente y con un avieso designio se encartó en este proceso, junto con los hombres representativos de los partidos de izquierda y de las organizaciones sindicales, a un triste personaje, un pobre delincuente de derecho común a quien el maquiavelismo judicial asignó el papel de elemento infamante, el mal ladrón de este Calvario. Este desgraciado actuó durante todo el proceso como delator y acusador de sus titulados compañeros prestándose a ello celosamente con la esperanza, que se le había dejado entrever, de que

abrumando de responsabilidades a los demás procesados conquistaría la benevolencia del tribunal. Se ha afirmado, pero naturalmente es imposible probarlo, que se llegó incluso a tenerle engañado hasta el último instante con la promesa de que la acusación contra él sostenida había sido una pura comedia y que llegado el momento se le haría salir indemne de la trágica farsa. Testigos presenciales afirman que este triste personaje llegó hasta el momento de la ejecución ciegamente confiado en que a él no le matarían. No tuvo tiempo seguramente de advertir la monstruosidad de la maquinación a que se había prestado, pues siguiendo la máxima de que "el traidor no es menester siendo la traición pasada" los rebeldes le hicieron fusilar a la madrugada siguiente junto con aquellos hombres a los que con sus falsedades libraba a la cólera de los vencedores.

Todos los encartados fueron condenados a muerte y ejecutados, excepto uno, don Pastor Rodríguez al que en las páginas del sumario a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para condenarle no se le pudo acusar más que de "haber simpatizado" con los otros, por lo que se le impuso la pena de cadena perpetua.

El fusilamiento tuvo lugar a las cuatro y media de la madrugada del 27 de agosto en las tapias del cementerio de Pereiro. Mandaban el piquete encargado de la ejecución el capitán Carreró y un teniente de la Guardia civil llamado Francisco Rodríguez y conocido en Vigo del apodo de "El Rabioso", del que más adelante habrá ocasión de hablar. Los reos fueron trasladados desde la cárcel en uno de los ómnibus que hacían el servicio de viajeros entre San Miguel de Oya y Vigo y se ofreció voluntariamente para conducir el vehículo en que iban los condenados un muchacho llamado Antonio Cerqueira Posse que, según el mismo dijo, "quería darse ese gusto". Este era el clima moral de la justicia que hacían los rebeldes.

Fusilaron a los reos cerca de la carretera mientras unas parejas de la Guardia civil interrumpían el tránsito de las campesinas que en aquella hora temprana venían a Vigo con sus verduras y sus cántaros de leche. Una vez cumplida la sentencia los cadáveres fueron trasladados al próximo cementerio y metidos en féretros que fueron precintados sin que se les permitiese a las familias darles el último adiós. Ni siquiera las dejaron acercarse al cementerio y un grupo de mujeres que lo intentó a la desesperada fué objeto de una descarga cerrada por parte de la tropa, que sólo así pudo dispersarlas.

Aquellos hombres que no habían cometido más delito que el de ser leales a los poderes constituidas y que precisamente por mantenerse dentro de la legalidad no evitaron el triunfo de los rebeldes, murieron con la misma dignidad con que habían vivido. Alguno tuvo en los últimos momentos el abatimiento y la desesperación del inocente, abrumado por un destino trágico para el que no estaba preparado su espíritu, pero otros, como el impresor Botana, llegaron al trance horrible con una entereza y un coraje ejemplares.

-Guardad las actas de nuestro proceso - dijo Botana ya frente al piquete-, algún día será revisadlo y el mundo entero conocerá el crimen que con nosotros se comete.

Tarde o temprano aquel viril anhelo de justicia, más fuerte aún que el anhelo de vivir, será satisfecho.

INVENCION DEL FALANGISTA

Empezaron a aparecer falangistas. El 18 de julio, cuando los militares se sublevaron, no existían. Media docena de señoritos habían intentado tiempo atrás organizar la Falange en Vigo y habían tenido que desistir. Aquel grupito de jóvenes reaccionarios que alardeaban de fascistas, formado por Hylass, Mondina, Oya, Tajuelo, Torrado y algún otro, fue considerado simplemente como una peña pintoresca de señoritos ociosos y audaces que querían asustar a los izquierdistas con sus bravatas y sus truculencias de lenguaje. Cuando triunfó en las elecciones el Frente Popular cesaron aquellas audacias y la naciente Falange desapareció como por ensalmo.

Lo que sí existía en Vigo como positiva fuerza reaccionaria era la Juventud de Acción Popular que estaba bien organizada y contaba con un buen plantel de muchachos dispuestos a intervenir en la política gallega con una significación abiertamente de derechas, pero con un sentido realista indiscutible y por lo tanto auténticamente peligroso para la República y la Democracia. Lo otra, el falangismo, era en Vigo una frívola diversión para hijos de familias acomodadas sin más trascendencia que el agrio resentimiento que en ella latía.

Pero al día siguiente de sublevarse los militares comenzarán a aparecer los falangistas. Al principio eran sólo aquellos señoritos ociosos y mal intencionados que atraídos por la impunidad con que podían someterse a tropellos se encasquetaban un gorriño de cuartel o se endosaban un uniforme de oficial de complemento para irse tras los guardias y los policías azuzándolos en la represión que se decretaba desde arriba. La excelente ocasión que se les brindaba de vengar sus agravios personales o satisfacer sus odios de clase, la aprovecharon bien desde el primer momento. Los militares triunfantes, que en realidad no sabían ya qué hacer de su fácil triunfo, y andaban dando palos de ciego, se dejaron llevar por los señoritos falangistas que les jaleaban y les señalaban certeramente a los enemigos que había que aniquilar. El ejercicio de esta función dió pronto a los titulados falangistas un terrible prestigio. Pertenecer a Falange era disfrutar de la máxima impunidad por una parte y por otra de la única garantía que había de no ser atropellado. Los falangistas, como es natural, se multiplicaron prodigiosamente. En los primeros días recorrieron las aldeas próximas asaltando las casas de labranza de los izquierdistas, confiscando cuanto encontraban en ellas de valor y poniéndoles fuego, quisieron destrozar los talleres de "El Pueblo Gallego"; practicaron infinidad de detenciones, registros y tropellos de toda clase y se apoderaron de la Casa del Pueblo donde instalaron su cuartel general, después de arrasar la biblioteca que los obreros habían ido penosamente formando.

Haciendo gala de una demagogia disparatada, titulándose revolucionarios y sembrando por doquiera el terror, se impusieron pronto. Las "camisas azules",

desconocidas hasta entonces en Vigo, inundaron la ciudad y se enseñorearon de ella.

Entonces empezaron a aparecer en las cunetas de los caminos pobres gentes asesinadas.



“Antes muerta que ultrajada” (Castelao)

ASI ERA COMO ASESINABAN

Al amanecer del día 15 de septiembre los campesinos que llegaban a Vigo con sus provisiones por la carretera general de Orense encontraron a la altura de la curva de Puxeiros varios cadáveres tirados en la cuneta. Los asesinados, que eran siete en total, estaban esparcidos. Algunos habían sido arrastrados desde la carretera donde se les había dado muerte hasta las tapias del cementerio de Cabral que se halla a unos trescientos metros. No tardó en identificárseles. Todos eran personas conocidísimas en Vigo.

Hasta la noche anterior todos ellos habían estado encarcelados y sus deudos habían ido a visitarles a la cárcel y les habían visto allí horas antes. No había contra ninguno de ellos cargo alguno concreto hasta el extremo de que no

se les había podido procesar y se les retenía encarcelados sólo por sus ideas republicanas, socialistas y comunistas.

Uno de ellos, don Eugenio Arbones Castellanzuelo, no había cometido otro delito que el de haber sido diputado socialista en las Cortes Constituyentes, desde hacía ya dos o tres años se hallaban considerablemente alejado de las luchas políticas y no tuvo ninguna intervención en los últimos sucesos. Era médico tocólogo, una de las primeras notabilidades de su especialidad en toda Galicia y sólo se le podía acusar de que en el momento de la resistencia que se hizo en Lavadores a los militares sublevados, había estado curando heridos en el Hospital Municipal, al cual pertenecía como facultativo. Al doctor Arbones se le encarceló por la denuncia de otro médico también tocólogo, el doctor Lombardero, que, precisamente, pasea hoy por Vigo en el automóvil que fué propiedad de su colega, de cuya clientela se ha constituido también en heredero. El caso es bastante frecuente y explica la razón última y verdadera de que se haya asesinado a muchos infelices y, en definitiva, del triunfo del fascismo.

Otro de los asesinados era el doctor don Manuel Morgado, caracterizado en Vigo, precisamente, por su indiferencia y alejamiento de la política. Cuando le detuvieron, los hombres de izquierda que le conocían dijeron unánimemente que los fascistas con aquella detención habían rehabilitado a Morgado, al que sus conciudadanos reprochaban su desdén olímpico por la política. Debía su encarcelamiento a un incidente revelador de lo que ha sido el terror blanco en Galicia. Iba de paseo a raíz de la sublevación militar con el cónsul de los Estados Unidos en Vigo, amigo suyo, cuando a la puerta del Club Náutico les abordó un falangista, Fernando Hyllass, quien con ademanes descompuestos increpó al cónsul norteamericano por haberse negado éste a saludar levantando el brazo a la romana como estaba mandado. El doctor Morgado discutió con el falangista sobre el derecho que el representante consular de un país democrático tenía para no someterse a las exigencias rituales de los falangistas españoles. Morgado, que había vivido muchos años en la América y hasta había adquirido la ciudadanía norteamericana salía solo de su absoluta indiferencia política para defender las libertades ciudadanas que el consideraba por encima de todas las contingencias. Los ciudadanos españoles – decía – eran dueños de darse el régimen que quisieran, pero los súbditos de otros países no tenían porque allanarse a tales muestras de sumisión. El falangista Hyllass se revolvió furioso contra el doctor Morgado e intentó llevárselo detenido en el acto, pero el cónsul declaró que su amigo estaba bajo la protección del pabellón norteamericano y no consentiría que se le detuviese. Morgado fue efectivamente a refugiarse en el consulado de los Estados Unidos, pero pasadas unas horas creyó que el incidente no tendría ya más consecuencias y volvió a su domicilio. El cónsul norteamericano protestó contra la insolencia de Fernando Hyllass y este fue aparentemente separado de Falange. Asqueado de aquel ambiente el representante de los Estados Unidos hizo sus maletas y se marchó de Galicia. No sabía aún que su conducta iba a tener las mismas desastrosas consecuencias que tenían los generosos impulsos de don Quijote cuando se metía a deshacer entuertos. El doctor Morgado fue días después detenido y encarcelado. Le metieron en la misma celda que su colega el doctor Arbones y de allí les sacaron juntos en la madrugada del quince de septiembre para asesinarlos.

Otro de los cadáveres aparecidos aquella mañana en la curva de Puxeiros era el de don Segundo Echegaray, propietario, alejado de la política activa y encarcelado solamente por ser hombre de abolengo republicano y porque se sospechaba que perteneciese a la francmasonería.

De la prisión que se había improvisado en el frontón se sacó también aquella madrugada a don Abraham Muñoz Arconada, oficial de Prisiones que estaba encarcelado por sus ideas políticas y principalmente por ser hermano de Alfonso Muñoz Arconada, activo elemento de las juventudes socialistas unificadas de Madrid que en aquellos momentos hacían frente a la rebelión militar. Por las emisiones radiofónicas del "Altavoz del frente" habían conocido los falangistas la actuación en Madrid del hermano del detenido y decidieron vengarse asesinando a éste.

Los restantes asesinados, hasta siete, eran, don Luis Bilbatua, jefe de Telégrafos, hermano del diputado a Cortes fusilado días antes (otro hermano Bilbatua fué también asesinado); don Ignacio Taboada, remitente de pescado, cuyos delitos fueron el haber pertenecido a la O. R. G. A., y el ser amigo personal del señor Casares Quiroga, y el militante comunista José Araujo Conde, al que igualmente asesinaron después otro hermano.

A estos siete hombres que estaban encarcelados sin haber cometido ningún delito por el que se les pudiera perseguir en justicia, se les sacó de sus celdas a las dos de la madrugada para asesinarles. Los testimonios son irrefutables. Quienes se presentaron en la cárcel reclamándoles fueron concretamente los falangistas Guillermo Oya García-Barbón, propietario; Joaquín Yáñez, perteneciente también a una de las familias más adineradas de Vigo, y Enrique Rodríguez Cantero, conocido por "Tajuelo". Estaba de guardia en la prisión cuando los falangistas se presentaron reclamando a los presos un individuo llamado Antonio Riego que tenía el grado de sargento en el Ejército. Iban acompañando a los falangistas varios guardias civiles y de asalto que "por orden superior" habían sido puestos a su disposición para que les protegiesen y auxiliasen en la misión que se les había encomendado.

Los presos fueron metidos en los automóviles propiedad de sus verdugos que ellos mismos condujeron hasta la curva de Puxeiros. Una vez en aquel lugar los propios falangistas, Oya, Yáñez y Tajuelo con las armas automáticas que llevaban les dieron muerte uno a uno. Todos los asesinados tenían entre otros muchos balazos un "simbólico" tiro "en la barriga". Esta era la manera que los falangistas tenían de firmar sus crímenes para que no hubiese duda de quienes los cometían. Querían así aludir de una manera torpe y vesánica a una frase que, calumniosamente, sin el menor fundamento, se había atribuido a un gobernante republicano.

Después de dar muerte por su propia mano a las siete víctimas que habían escogido, los ricos falangistas gratificaron con cincuenta pesetas a cada uno de los guardias que les habían auxiliado. El beneficio económico que los guardias obtuvieron de aquel "servicio" debió, sin embargo, ser bastante más considerable porque las familias de los asesinados comprobaron que los cadáveres habían sido despojados de todos los objetos de valor que poseían. Una de las víctimas tenía horas antes en la cartera un billete de cien pesetas que no apareció. Los cuerpos ensangrentados fueron recogidos ya a media mañana y trasladados en carretillas al cementerio de Cabral donde recibieron sepultura.

Aquella misma tarde, en el Casino de Vigo, los asesinos se jactaban de su hazaña. Entre los socios del Casino, gente toda de derecha, hubo un instintivo movimiento de repulsión contra ellos e incluso empezó a hablarse de expulsarles.

Pero el terror reinante acalló pronto todas las protestas.

EL IMPERIO DEL TERROR

Este caso no era insólito. Lo he detallado porque la condición social de las víctimas, el hecho de ser todas ellas conocidísimas en Vigo y la circunstancia de tratarse de personas casi inofensivas, hacen que sea un caso revelador de cómo asesinaban los falangistas en Galicia. Hechos como éste los hubo a docenas. Procuraré ir consignando con la mayor fidelidad y precisión las circunstancias de cada uno para que en su día puedan ser comprobados, aunque por tratarse muchas veces de oscuros militantes republicanos, socialistas o comunistas no me sea posible de momento dar una relación completa de sus nombres y apellidos, relación que fui haciendo durante mi estancia en Galicia bajo el régimen del terror, pero que por razones fáciles de comprender no he podido sacar y tener a la vista. Por ejemplo, el mismo día que se cometieron los siete crímenes que he detallado antes, apareció en la carretera de Valladares otro grupo de nueve asesinados. Eran simples afiliados a los partidos de izquierda y cotizantes de los sindicatos y no he podido retener sus nombres en la memoria. Recuerdo que entre ellos estaba un industrial miembro del partido de Unión Republicana cuyo crimen era el de haber dado su garantía personal para el arrendamiento del local que ocupaba la Casa del Pueblo.

Los asesinatos de detenidos comenzaron a finales de agosto, precisamente cuando Falange Española empezó a tener una existencia real y verdadera. En un principio estos crímenes tuvieron por objeto aterrorizar a las masas obreras que seguían resistiéndose a volver al trabajo. Los asesinatos de trabajadores fueron decretados fríamente para escarmentar a los que aun anclaban reacios a someterse y así se dió el caso de que en los primeros tiempos, los asesinatos de los presos que se sacaban de madrugada de las cárceles "para dar un paseo", se hicieron ordenada y sistemáticamente por gremios. Los mataban de cinco en cinco y cada grupo estaba formado por individuos de un mismo oficio. Primero les tocó el turno a los tranviarios que aun no habían permitido que el servicio se restableciera normalmente. Mataban incluso a los que se habían resignado a volver al trabajo siempre que fuesen significados por su actuación socialista o comunista, y para llevárselos se iban las cuadrillas de falangistas a las cocheras de tranvías a esperar que aquellos infelices terminasen el servicio. De los tranviarios que así fueron asesinados yo conocía personalmente a uno de ellos, un hombre bajo de cuerpo, apellidado Acuña, cuyo cadáver vi con mis propios ojos. Dejaba mujer y nueve hijos. También asesinaron a otro tranviario llamado Cruz, al que además se le incautaron de una libreta de la Caja Postal de Ahorros en la que tendría unas quinientas pesetas o poco más. A un hermano de éste,

zapatero de portal, que se escapó al monte, se le incautaron de la banquilla, las herramientas de su oficio y entre ellas la máquina de coser.

Luego se extendieron los asesinatos al gremio de metalúrgicos, los cuales fueron cayendo asesinados en las carreteras hasta que estuvo asegurado el funcionamiento de los talleres. Finalmente tocó el turno a los ferroviarios. Recuerdo el nombre de Alfonso Pérez, un buen hombre, cuya gran culpa fue la de haber hablado mal del fascismo. De estos asesinatos de humilles obreros que no tenían otra finalidad que la de llevar al trabajo por medio del terror a las masas obreras, me es imposible dar aquí los nombres y las filiaciones, porque, incluso se llegó a dar la orden de que no extendieran las certificaciones de defunción que reclamaban quienes identificaban como deudos suyos los cadáveres aparecidos en las carreteras.

Donde mayor número de asesinados apareció fué en la carretera general de Vigo a Orense hacia Confurco y Puxeiros. No se trataba de un cadáver o dos aislados sino de grupos de ocho o diez. Hubo noche en la que aparecieron en diversos lugares hasta cuarenta asesinados. Una madrugada sacaron de las cárceles hasta cuarenta y dos hombres, a los que metieron en dos camiones y desde la salida de Vigo hasta Porriño fueron dejando la carretera regada de cadáveres. Cada kilómetro, sobre poco más o menos, hacían un alto, asesinaban a dos o tres y seguían.

Otro lugar predilecto de los falangistas para cometer sus asesinatos era la carretera de Valladares a Corujo. Los asesinos no recogían jamás los cuerpos inertes de sus víctimas y ni siquiera buscaban un lugar oculto para sacrificarles sino que les dejaban ostensiblemente tiradas en las carreteras más transitadas para que la población se diese cuenta exacta del régimen de terror en que vivía. Muchas veces, los que pasaban en automóvil por las carreteras tenían que apearse para apartar los cadáveres. Una mañana los viajeros del ferrocarril eléctrico de La Ramallosa a Vigo vieron con horror que el convoy tenía que detenerse para que los empleados apartasen de la vía un montón de cadáveres que allí habían dejado los falangistas.

Las víctimas eran todas personas encarceladas a las que durante la noche sacaban de sus celdas las cuadrillas de falangistas. Las familias se enteraban del triste destino de sus deudos cuando a la mañana siguiente iban a la cárcel a llevarles la comida y les decían escuetamente que habían sido puestos en libertad el día anterior o que habían sido trasladados a Pontevedra o a La Coruña para que prestasen declaración. A lo sumo, los carceleros se atrevían a decir particularmente, y de manera imprecisa, a quienes preguntaban por los presos detenidos: "Busquen ustedes por la carretera tal o cual a ver si por allí saben algo..." Y, efectivamente, en la carretera indicada estaba el cadáver del preso "libertado".

Pasado algún tiempo las órdenes fueron aun más severas y ya no se dió ninguna indicación. Los familiares de los presos desaparecidos vivían días, semanas y meses de angustia yendo sobresaltados a ver todos los cadáveres que diariamente aparecían, recorriendo desesperados las playas y los caminos hasta que los seres queridos que buscaban aparecían, bien porque los empujasen las olas hacia la orilla, porque los sacasen a flote las redes de los pescadores o porque el hedor de la putrefacción denunciase su presencia entre los maizales que les ocultaban.

Las playas eran también lugares predilectos de los falangistas para cometer sus asesinatos. En las de Samil, Canido, Panjón, Espiñeiro y Moaña, así como en la de La Concheira y la de Cesantes, frente al lazareto de San Simón, aparecían los cadáveres a docenas. Era poco probable el ir a bañarse en el mar sin tropezar con la escena macabra de la recogida de los cadáveres que las olas empujaban a la arena. Recuerdo el terror de una señorita cubana, la hija del Cónsul de Cuba en Vigo, don Blas Molina, que volvió una mañana de la playa horrorizada porque al ir a bañarse había encontrado un cadáver con una piedra atada al cuello que las olas habían arrastrado.

En la playa de Cesantes, en Redondela, fué donde más asesinatos se cometieron. Allí fué donde cayó, en el mes de febrero, hacia Carnaval, otro grupo de presos entre los que se encontraba el escritor y periodista Manuel Lustres Rivas, hombre de convicciones liberales moderadas, conservador más bien, muy relacionado y bienquisto de los elementos derechistas de Galicia, redactor de varios periódicos madrileños francamente antimarxistas y decididamente contrarrevolucionario.

Junto con él fué asesinado Julio Fráiz Castellanos, joven funcionario del ministerio de Instrucción Pública, que había llegado a Vigo a pasar las vacaciones horas antes de que estallase la sublevación militar. Julio Fráiz, cuyo padre fué también fusilado, había sido detenido al mismo tiempo que un primo suyo, igualmente funcionario del ministerio de Instrucción Pública y que escapó con vida por verdadero azar. Los cadáveres aparecidos aquella madrugada en la playa de Cesantes eran seis u ocho. Estas víctimas fueron ya los últimos presos que se sacaron del Lazareto para ser asesinados por los falangistas. Según parece, el jefe de esta prisión se había negado ya en varias ocasiones a entregar a los detenidos, pero, a pesar de todo, los falangistas se lo llevaban diciendo que era, no para matarlos, sino para trasladarlos a la prisión del frontón en Vigo para lo cual indiscutiblemente alguien responsable tenía que dar la orden. En La Coruña se dió el caso de que en San Amaro fueron asesinados dos empleados de la prisión que se negaron a entregar a los detenidos sin una orden judicial por escrito.

Ante la ola de terror hubo muchas gentes de Vigo que huyeron a las aldeas de la provincia creyendo que escaparían así más fácilmente a las bandas de asesinos, pero la locura criminal, era tan general que no había ya lugar seguro en toda Galicia. En los pueblos pequeños, y aun en las aldehuelas más apartadas, el terror se ejercía tan ferozmente como en las grandes ciudades. Hubo un interventor de fondos municipales de Puenteareas, don Abelardo Amijeira, que temiendo por su vida fué a esconderse en una aldehuela, pero los mismos aldeanos le delataron y los falangistas fueron a buscarle y le mataron allí mismo.

En Puenteareas también asesinaron el 31 de diciembre a Javier Estévez Viana, sobrino de un diputado del Frente Popular. Lo sacó de la cárcel para asesinarle el capitán de la Guardia civil Teresa, quien previamente le había golpeado de manera bestial para arrancarle la delación de los que llamaba sus cómplices. Después, entre el propio capitán y unos guardias, le llevaron a la Plazuela, diciéndole que iban a matarle delante de la casa de su madre quien, efectivamente, allí tenía su morada. Eran las nueve de la noche y en un banco de la Plazuela había en aquel momento un grupo de seis u ocho muchachos del pueblo a los que los guardias dieron orden de marcharse de aquellos parajes. Pero, en el último instante, cuando ya se disponían a cometer allí mismo su

crimen, tuvieron el pudor, por otra parte superfluo, de que los muchachos curiosos les siguiesen espiando desde lejos y luego pudiesen ir relatando la escena del fusilamiento, por lo que decidieron buscar un lugar menos visible. Javier Estévez fué, efectivamente, asesinado un poco más lejos, en la carretera que pasa por detrás del Ayuntamiento, cerca ya del cementerio viejo de Puenteareas. Los muchachos, que vieron la maniobra y oyeron luego las detonaciones, esperaron a que los guardias se alejasen y comprobaron ante el cadáver que el hombre aquel a quien iban a fusilar junto a la pared de una casa de la Plazuela era precisamente el hijo de una infeliz mujer que en aquella misma casa vivía.

Otro muchacho, vecino éste de Lavadores, al que también quisieron fusilar delante de la casa de su madre, consiguió convencer a sus verdugos de que no debían llevar a cabo aquel cruel propósito, "Escoge tú mismo el sitio donde quieres morir", le dijeron despectivamente. El muchacho se decidió por un lugar próximo en el que había unos altos cañaverales de maíz. En el momento en que le hicieron avanzar solo para dispararle por la espalda se tiró al suelo y a gatas se metió rápidamente entre la ojarasca del maíz, consiguiendo huir a favor de la oscuridad de la noche, aunque no sin que un balazo le alcanzase. Vivo está. Algún día dirá él mismo su nombre y contará su aventura, que es extraordinaria, por que son pocos los que han logrado escapar de las garras de los verdugos de Falange. Decíase en Vigo que la noche que los falangistas sacaron a los siete presos que asesinaron en la curva de Puxeiros, según he relatado ya, se les escapó un octavo sentenciado que aun está oculto. Pero esto es temerario afirmarlo.

En Vigo fué asesinado también un hijo del diputado a Cortes, don Bruno Alonso. Este había ido a Galicia como funcionario de la Campsa y no había cometido otro delito que el de ser hijo de su padre. Cuando lo detuvieron le enviaron al frontón donde estuvo preso durante más de un mes y al cabo de este tiempo lo sacaron una madrugada los falangistas y lo mataron.

Quiero relatar detalladamente los casos significativos de crueldad y ensañamiento que se registraron en Vigo y en el resto de la provincia. Según mis referencias los asesinados por el procedimiento invariable de la detención previa y "el paseo" de madrugada, con el pretexto de llevarles a prestar declaración o, sencillamente, sin ningún pretexto, pasan con mucho del millar.

En toda la provincia de Pontevedra el promotor y ejecutor principal de los asesinatos fué el diputado monárquico Víctor Lis Guillén, que iba con sus cuadrillas de falangistas por pueblos y aldeas deteniendo y asesinando a los labradores significados por sus ideas izquierdistas, cuyas casas saqueaban e incendiaban luego. Sólo en Puenteareas, Redondela, Porriño y Sanjenjo cometió esta banda acaudillada por Lis Guillén más de doscientos asesinatos. Y es posible aun que el propio Víctor Lis sonría despectivamente al conocer este cálculo optimista.

LA INFAME COACCION

El caso de Víctor Fráiz, uno de los últimos fusilados por sentencia de un Consejo de Guerra, es un testimonio pavoroso de la crueldad bestial del fascismo.

Miembro del partido comunista y hombre de recio temple había luchado, efectivamente, contra la sublevación militar y cuando ésta triunfó, sabiendo la suerte que le esperaba, huyó al monte donde durante varios meses estuvo escondido. Como él, había, y hay aún, en las montañas de Galicia, muchos centenares de hombres que viven como alimañas y subsisten sólo porque a pesar de los terribles castigos que se imponen a quienes les prestan auxilio, el pueblo acongojado por los sufrimientos de estos hombres se ingenia para alimentarles impunemente.

Un día - como ya he relatado - los falangistas echaron mano a un hijo del fugitivo y le asesinaron., Era el Julio Fráiz Castellanos que, según he contado anteriormente, apareció en la playa de Cesantes, en Redondela, en unión de otros varios, entre ellos el escritor Lustres Rivas. El padre huido supo el asesinato de su hijo y creyó que los fascistas quedarían satisfechos ya que la horrible venganza que contra él habían tomado. Pero poco tiempo después supo con espanto que los falangistas habían capturado también a otro hijo suyo, un muchacho absolutamente inocente, de quince o dieciséis años, que había sido recogido en Gondomar por unos tíos y, entonces, aquel hombre de recio temple, aquel luchador indomable que llevaba ya muchos meses acosado sin que las penalidades le hubiesen hecho rendirse, cayó súbitamente anonadado y vencido. Temiendo que también le asesinaran al hijo inocente, bajó del monte y se entregó por salvar aquella vida que amaba más que la suya propia. Víctor Fráiz, al que habían perseguido infructuosamente los falangistas desde el comienzo de la rebelión, se presentó en Vigo y fué a entregarse al representante consular de una república americana, quien se puso de acuerdo con el decano del cuerpo consular y juntos ambos decidieron librar al fugitivo a las autoridades rebeldes, pero con la firme promesa de que no se le asesinaría sino que sería juzgado en Consejo de Guerra. Así tuvieron que prometerlo los jefes fascistas a los dos representantes consulares que hicieron la gestión y la entrega.

Pero el fascismo no perdona. No obstante el tiempo transcurrido - más de un año -, no obstante las circunstancias en que el fugitivo se entregaba y a pesar de que había pagado de sobra su deuda con el asesinato de un hijo suyo, Víctor Fráiz fue inexorablemente condenado a muerte y fusilado el día 15 de septiembre de 1937 en unión de otro comunista, Manuel Fernández Careu, alias "El Chato".

"COMUNISTA DE LOS QUE NO DAN LA CARA"

José Mejuto Fernández, vecino de Cangas, no quería meterse en nada. Era un hombre joven, voluntarioso, casado hacía poco tiempo y con una hija pequeñita. Buen obrero metalúrgico, codicioso para el trabajo y deseando siempre

mejorar de condición social, leía, estudiaba y últimamente estaba preparando unas oposiciones. Era, naturalmente, hombre liberal y de izquierdas, pero como no quería desviarse de su camino, cuando surgió la sublevación militar, para que no le comprometiesen los camaradas de Cangas y no verse mezclado en nada, decidió quitarse de enmedio e irse a vivir a un pueblecito llamado Chapela, en el que tenía dos hermanas. Allí, le pescó la Guardia civil. -¿ Qué hace usted aquí? - Vivo con mis hermanas. -¿Por que siendo de Cangas no está usted allí? - Precisamente porque he querido estar alejado de todo lo que pudiera pasar en mi pueblo.

Se lo llevaron detenido. Se le abrió sumario y se pidieron informes a Cangas. Estos informes que habitualmente los dan el cura y, el comandante del puesto de la Guardia civil de consuno, dijeron que Mejuto era comunista de los que no dan la cara". Este dictamen que con aterradora frecuencia emitían los curas de aldea y los cabos de la Guardia civil semianalfabetos, era una de las infamias más grandes que se han hecho en la España nacionalista, porque para la mentalidad de los comandantes que formaban los Consejos de Guerra, estos "comunistas que no dan la cara" son la imagen viva de la hidra revolucionaria con sus cien cabezas inaprensibles, la personificación de ese peligroso inconcreto de esa difusa hostilidad en que se sienten envueltos y que les va poco a poco asfixiando si es que antes no se ahogan en sangre. Para un comandante bruto - y suelen serlo bastante - ese- comunista "que no da la cara" es el enemigo malo, cien veces peor que el comunista a pecho descubierto al que se fusila sin circunloquios y en paz.

Bajo esta terrible acusación José Mejuto fué conducido al lazareto de San Simón, donde estuvo encarcelado. Había allí unos mil ochocientos presos, casi todos ellos reos del mismo delito, comunistas de "los que no dan la cara", es decir, hombres de espíritu liberal, enemigos de la violencia y la arbitrariedad. Su causa se instruyó con las de otros veintitantos vecinos de diversos ayuntamientos de la provincia de Pontevedra. Se le condenó a muerte, naturalmente. Fué fusilado en Pontevedra mismo el día 15 de julio de 1937 junto con José Meis Fernández, Francisco Varela Garrido, José Gallego Nogueira y Antonio Fernández Fernández.

Su mujer y su hijita quedaron en la mayor miseria. Un día, un Guardia civil sintió tal vez remordimientos -todo es posible- al ver a la chiquilla, y le alargó una moneda.

-No quiero dinero de los que asesinaron a mi padre - replicó la chiquilla. El guardia, pesaroso, comentaba luego en el casinillo del pueblo: -No acabaremos nunca. Estamos sembrando tanto odio que jamás volverá a haber paz en España.

SADISMO Y ESTUPIDEZ

Benito Lores Lago era un hombre pacífico, de buenas costumbres y de ideas políticas conservadoras. Era primo hermano de Fernando Lago Bua y muy conocido en Vigo. Una noche del mes de agosto volvía a su casa después de haber

estado de tertulia con unos amigos en una taberna de la playa. Iba tranquilamente por la cuesta de Peniche cuando se le echó encima un automóvil cargado de falangistas que iniciaban entonces sus expediciones punitivas. -¡alto! ¿Quién eres? ¿Adónde vas? Declinó su nombre y sus circunstancias personales. - ¡Es un rojo! - dijo de buenas a primeras uno de los falangistas. -Vamos a cargar con él "por si acaso" - apoyó otro. Le hicieron subir en el auto y mientras éste continuaba rodando por los alrededores de la ciudad los falangistas siguieron interrogando a su presa. Benito Lores aturdido y temeroso incurrió en varias contradicciones. -¡Es un rojo! ¡Es un rojo! ¿A qué más averiguaciones? - insistía uno de los falangistas. El auto se detuvo en un lugar solitario. -Baja; te vamos a matar aquí - le dijeron. Le hicieron descender del auto a empellones y se adentraron en un bosquecillo, empujándole con los cañones de sus pistolas. En un lugar determinado lo hicieron avanzar solo y se quedaron a sus espaldas. Adelantó unos pasos, temiendo que de un momento a otro sonara la descarga que había de poner fin a su vida. Oyó entonces la voz de uno de los falangistas que decía: -No; no me gusta este sitio. Vamos a buscar otro más a propósito. Le hicieron volver al auto y montar otra vez junto a ellos. El auto siguió rodando por las carreteras solitarias.

Poco después se detenía de nuevo, volvían a hacerle bajar y la misma escena del bosquecillo se repetía exactamente. La pobre víctima esperaba con la muerte en el alma el desenlace de aquella farsa terrible. Cuando estuvieron una vez más en el interior del auto los falangistas, como si él no estuviese delante, discutían entre ellos con aire negligente sobre si finalmente le matarían o no. Con la vida pendiente del hilo de aquellas palabras incoherentes de los falangistas, unas veces terribles y otras con un tono de broma desconcertante. Benito Lores Lago pasó las más horribles angustias de su vida, creyendo alternativamente que en realidad iban a matarle o que se trataba sólo de darle un susto, que le estaban embromando o que querían hacerle sufrir para que la muerte le fuese más penosa. Por instantes imaginaba que todo aquello era una absurda pesadilla. Otras veces creía adivinar que lo que perseguían con aquel juego macabro era descubrir la verdad de sus sentimientos y sus ideas políticas.

-Tengo la convicción - declaró luego la víctima de esta infamia - de que si en uno de aquellos momentos en que ya me tenían encañonado se me ocurre levantar el puño o gritar ¡Viva la República! me matan como a un perro. No se me ocurrió, la verdad, porque yo soy hombre de derechas y no he tenido nunca ningún entusiasmo republicano. Finalmente me dejaron en la puerta de mi casa, diciéndome: "No; esta noche no te matamos; te mataremos otro día".

¿Qué finalidad pudo tener aquella farsa espantosa? La víctima no supo nunca exactamente lo que se propusieron. ¿Lo sabían ellos, quizás? ¿Sabe nadie lo que pasa por el cerebro de esas malas bestias frenadas toda su vida por los códigos y las cárceles a las que una camisa azul y un emblema en el pecho otorgan súbitamente la impunidad que habían anhelado siempre?

Benito Lores Lago contó, él mismo, su espantosa aventura a varias personas. Luego, un día, pasado algún tiempo, se murió. Los médicos certificaron que había sido a consecuencia de una afección cardíaca.

:



“Para que levanten el puño” (Castelao)

FE EN LA LEY Y CONFIANZA EN LA AUTORIDAD

El muchacho no quería presentarse porque tenía miedo, pero su padre le aconsejaba que fuese. -Ve - le decía el padre -; yo no tengo ningún temor de que te hagan nada malo. El teniente Santos que ha venido a buscarte ha estado hablando conmigo muy amablemente y me ha prometido que no te pasará nada. Me ha dicho que puedo estar tranquilo, no tengas miedo. Es un hombre serio, un oficial. ¡A un padre no se le engaña así como así !

El muchacho, obstinado, se resistía a presentarse en el cuartelillo de los Guardias de asalto de donde habían ido a buscarle. Sabía que los falangistas no le perdonarían nunca su significación de hombre de izquierda.

Era aquel muchacho apellidado Domínguez, que yo mismo ví caer herido de un balazo en la Puerta del Sol cuando el capitán Carreró ametralló a la muchedumbre que protestaba contra el golpe de mano militar. Gravemente herido había estado escondido durante muchos meses. Luego, curado ya, se había ido de nuevo a su casa en la que permanecía encerrado sin salir jamás a la calle. Alguien había dado el soplo y el teniente Santos había ido a buscarle aquella misma mañana. El padre, temiendo mayores males y no creyendo nunca que ya a aquellas alturas y después del tiempo transcurrido su hijo corriese

ningún peligro, convenció al muchacho para que se presentase. Es más; como el chico seguía reacio y temeroso le cogió del brazo y le acompañó él mismo. -El teniente Santos me ha asegurado - insistía el padre por el camino - que no se trata más que de tomarte una declaración.

Llegaron al Cuartel de la Guardia de asalto, el padre y el hijo.

Su hijo se queda aquí. Usted puede marcharse - dijo el teniente sin más explicaciones. -Pero. . . -Es orden superior. ¡Márchese El padre se alejó perplejo. ¿Había hecho bien entregando a su hijo? Seguía creyendo que sí a pesar- de todo. Aunque le tuvieran durante algún tiempo detenido, aunque le juzgasen y le impusiesen alguna pena. El padre aquel era un hombre de orden y creía que había que vivir dentro de la ley y tener confianza en las autoridades.

Salió de su error días después, cuando supo que su hijo había sido asesinado y el cadáver había aparecido en el cementerio. Fué a verlo. Y viéndolo, no quería creerlo. Tenía los ojos saltados de dos balazos, que era la rúbrica invariable de los asesinatos del teniente Santos.

EL FASCISMO NO OLVIDA NI PERDONA

Hace pocos meses fué ejecutado el concejal del ayuntamiento de Vigo don Antonio Carvalho, perteneciente al partido de izquierda republicana.

Cuando triunfó la rebelión militar, ya en los primeros días de agosto, el señor Carvalho, fugitivo, consiguió ganar la frontera portuguesa. Pero ya en Portugal cayó en manos de la Policía que lo tuvo algún tiempo encarcelado y luego lo condujo a la frontera y lo puso en las manos de los falangistas españoles. Esta era la noble e hidalga conducta que con los fugitivos de España tenían las autoridades portuguesas. Entregarlos a sus enemigos atados de pies y manos para que a su placer les asesinasen.

El señor Carvalho debió la suerte de seguir viviendo a la circunstancia fortuita de que al devolverlo a España los policías portugueses por error no lo depositaron en la frontera de Galicia donde le hubiesen matado apenas hubiera pisado el puente internacional, como mataron a otros muchos, sino que lo encaminaron a la frontera de Extremadura donde nadie sabía quien era el señor Carvalho, ni - y esto era lo más importante - nadie tenía interés en delatarle porque su muerte no satisfacía ninguna venganza personal, ninguno de esos bajos resentimientos de vecindad por los que de ordinario se ha asesinado en la España nacionalista.

Desconocido. de todos, el señor Carvalho pasó varios meses en Extremadura sin que nadie le molestase, pero la necesidad de encontrar recursos para vivir le hizo aproximarse a Galicia donde había tenido sus medios de vida y donde en último extremo tenía a toda su familia. Temeroso aún, se fué a un escondido pueblecito de la provincia de Orense donde tenía un pariente sacerdote al que contó su odisea y pidió amparo. El cura, su pariente, le dió hospitalidad y durante muchos meses le tuvo en su casa.

Había pasado el tiempo, las gentes de la aldea creían que la época de las represalias sangrientas había terminado y tanto el cura como los vecinos que habían trabado amistad con el señor Carvallo creyeron de buena fe que éste podría ya presentarse en Vigo para saldar su cuenta con la justicia sin miedo a que le matasen. Las dudas que él seguía teniendo les parecían a todos completamente injustificadas. -No son fieras - decía el sacerdote. - Pasados ya los primeros momentos de terror puedes presentarte sin miedo. Son hombres rectos que hacen justicia. Es posible que te juzguen y que te condenen a una pena de prisión que no puede ser grave. Matarte, no. Está tranquilo. No son tan crueles e injustos como los izquierdistas os imagináis.

El señor Carvallo se presentó en Vigo estimulado por estos consejos. Y le mataron... Porque era francmasón.



“Matáronle un hijo” (Castelao)

POR LOS QUE ESCAPAN

En Cabral, ya al final de Lavadores, hay una casa cuyo sótano - esto se supo luego - estaba en comunicación con una gruta en la que se había refugiado un grupo de seis u ocho vecinos de Lavadores que tomaron parte en la resistencia que allí se hizo a los militares rebeldes. En aquella casa como en todas las de los alrededores se habían hecho varios registros infructuosos, pero un falangista más enconado espió día y noche la casa sospechosa y llegó a la convicción de que allí había gente escondida. La denuncia se basaba en la observación de que los vecinos de aquella casa tomaban al panadero más pan que de ordinario. Se hizo un nuevo registro más minucioso y los falangistas dieron efectivamente con el escondite de la gruta. Pero éste tenía otra salida a un lugar distante y advertidos del peligro los seis u ocho hombres perseguidos tuvieron tiempo de escapar. En la casa vivían un anciano de setenta y tres años con dos hijas suyas y un muchacho de catorce o quince años. Todos fueron encarcelados y la casa incendiada.

El anciano apareció muerto en San Juan del Monte. Sus hijas, no obstante hallarse encinta, siguieron encarceladas, y en la prisión dieron a luz. Ellas, y los recién nacidos, y el muchacho, y el pobre viejo asesinado, todos pagaban el delito de unos hombres que se resistían por instinto a entregarse a sus inexorables verdugos. El procedimiento ha sido inexorablemente empleado. Quien lograba escapar sabía que pagaba su deuda con carne de su propia carne, con la esposa, la madre, los hijos, los hermanos, quien fuese. Este era el precio que los fascistas ponían a la libertad de los enemigos que no se resignaban a ser sacrificados como reses.

TRES GENERACIONES

Los de Lavadores no se salvaban. Sabían ya que por el solo hecho de ser vecinos de aquella barriada en la que se había hecho resistencia a los sublevados, los consejos de guerra que les juzgaban les aplicaban invariablemente las máximas penas. Ya se sabía. ¿De Lavadores? ¡A muerte! Cuando en un Consejo de Guerra escapaba alguno con sólo treinta años de presidio, su júbilo era inmenso.

En uno de aquellos consejos de guerra contra los de Lavadores fue juzgado un viejo de ochenta y tres años. Su nombre y las circunstancias de su condena han sido ya publicados. Aquel valetudinario que para moverse necesitaba el apoyo de un báculo fué condenado a muerte junto con todos los varones de su familia, sus dos hijos, su nieto y un sobrino. Uno de los hijos llamado Cosme era un desgraciado que trabajaba afanosamente como maestro de escuela, albeitar y gaitero, para sacar adelante a su mujer paralítica y a sus siete u ocho hijos.

Juntos fusilaron a aquellos hombres. El viejo fué sostenido en pie ante el piquete de ejecución por sus dos hijos. El plomo de los fascistas abatió de un solo golpe aquellas tres generaciones de oscuros héroes de la libertad.

LA BOLSA O LA VIDA

Don José Carvalho era un indiano rico. Imaginar que un indiano rico pueda ser comunista cuesta cierto trabajo, pero los falangistas de Vigo imaginaban fácilmente cosas más absurdas sobre todo cuando su imaginación se estimulaba con la codicia del dinero ajeno. Acusaron al señor Carvalho de manejos comunistas para sonsacarle el dinero que penosamente había ganado en América donde se dejó su juventud con el ansia de volver a su patria a disfrutar de su vejez. De la extorsión de los dineros del indiano se encargó personalmente el teniente de la Guardia Civil apodado "El Rabioso", que no confiaba a nadie estas operaciones delicadas.

"El Rabioso", con su golpe de estrellas y su tricornio, se presentó en el domicilio de don José Carvalho que no salía de su casa por temor desde hacía ya mucho tiempo. Su salud hallábase además seriamente quebrantada. Aquel pobre enfermo que había venido a morir en paz en su tierra escuchó espantado, de labios del teniente, que sin apelación posible, en el breve plazo de unos días, tendría que presentarse en el Cuartel de la Guardia civil y entregar la suma de ochenta mil pesetas que en calidad de multa por sus veleidades comunistas y revolucionarias se le habían impuesto. No había escapatoria. O las ochenta mil pesetitas o la cárcel. Y ya se sabía entonces que la cárcel era ni más ni menos que la antesala del asesinato.

El señor Carvalho, enfermo y acongojado se debatió angustiosamente mientras el Plazo que le habían dado se extinguía vacilando entre el miedo a ser asesinado y la pena -de dejarse robar aquellas pesetas que tantos sudores le habían costado. ¿Qué hacer en aquel duro trance?

No tuvo necesidad de decidirse. Antes de que le llegase la hora del sacrificio le dió un síncope y se quedó muerto.

Los falangistas de Vigo hicieron befa y chacota de la muerte de aquel pobre hombre, muy orgullosos de su hazaña. "Era tan miserable - decían alborozados - que se ha muerto de pena ante la idea de tener que soltar el dinero."

Pero a pesar de haberse muerto tuvo que pagar. Su viuda se vió obligada a enajenar los bienes del difunto aprisa y corriendo para entregar en el cuartel de la Guardia civil las ochenta mil pesetas que el señor Carvalho no llegó a llevar porque no tenía bastante corazón para afrontar el despojo.

Y los falangistas de Vigo se reían mucho contándolo.

POR IR EN BUSCA DE LA LIBERTAD

En el mes de abril, exactamente el día 25, un grupo de hombres de izquierda desesperados ya después de nueve meses de estar escondidos y esperando a cada hora del día y de la noche el ser descubiertos y asesinados, intentaron salir de Galicia a todo evento y jugándose el todo por el todo.

Eran nueve hombres jóvenes fuertes y audaces que, puestos de acuerdo, ultimaron un arriesgado plan de evasión. La mujer de uno de ellos, un comunista llamado Ángel Nogueira, decidió formar parte de la expedición y correr todos los riesgos que su marido corriese. El estaba empleado en la casa Gándara, ella se llamaba Carmen y ambos eran naturales de Orense en donde al intentar su aventura dejaron dos o tres hijos que tenían bajo la custodia de unos parientes. También eran de los conjurados dos primos del dibujante Castelao, José Losada y Manuel Rodríguez, ambos de Rianzo y maestros de escuela.

El plan de evasión, que consistía en apoderarse por sorpresa de uno de los barcos de pesca anclados en el muelle y hacerse a la mar, fue madurado pacientemente y al final puesto en práctica con decisión. Pero cuando los fugitivos iban reuniéndose a bordo y esperaban sólo para hacerse a la mar la llegada de los que se habían rezagado, se encontraron con que escondido en el barco estaba todavía uno de los marineros de la dotación quien pidió que le dejaran salir. Al principio se negaron pero el hombre invocando a su familia y prometiendo solemnemente que no les delataría consiguió que le dejaran salir. Apenas se vió libre se apresuró a delatarles y rápidamente se movilizó la policía del puerto, evolucionaron los bous armados y requisados que utilizaban los fascistas y el pesquero de los fugitivos fue cercado aun antes de que hubiese tenido tiempo de desatracar. Acudieron rápidamente al muelle fuerzas de asalto y fascistas. Los fugitivos, a la desesperada, se hicieron fuertes y atrincherándose en la bodega de popa impidieron que el barco fuese asaltado.

Fueron intimidados a rendirse deponiendo las armas y saliendo uno a uno pero sabían sobradamente el fin que les esperaba y no quisieron entregarse. Entonces, los fascistas, no atreviéndose a entrar a capturarles, porque sabían que defenderían sus vidas desesperadamente les cerraron las escotillas y les pusieron sitio. Trajeron un barco aljibe y con mangas estuvieron echándoles agua para inundarles las bodegas y obligarles a salir. Como no conseguían su propósito se les ocurrió entonces echarles el agua hirviendo de las calderas para que se achicharrasen.

Así lo hicieron. Horas después se decidieron a entrar en vista de que los sitiados no daban ya señales de vida. Recogieron a los nueve cadáveres de los hombres y el de la mujer y los depositaron en el muelle. Todos tenían un balazo con orificio de entrada en la sien izquierda excepto uno, el del comunista Nogueira, al que la bala le había entrado por el parietal derecho.

Según se dijo, habían Preferido suicidarse a entregarse Y, Por lo visto, Nogueira había ido con su misma pistola disparando sobre sus camaradas y en primer lugar sobre su propia mujer para volver luego el arma contra sí mismo.

Circuló, sin embargo, el rumor de que habían sido los mismos guardias de asalto los que habían hecho aquellos disparos para difundir la noticia del suicidio colectivo en evitación de que se propagase la verdad de la horrible muerte que habían recibido aquellos infelices al ser achicharrados con el agua hirviendo de las calderas de vapor que estuvieron echándoles por las escotillas.

¿Quién conocerá en toda su extensión la crueldad espantosa de aquellas gentes?

CRUELES HASTA EL ABSURDO

Aquel muchacho sabía que si le cogían le mataban. Era un empleado que ya en el mes de octubre de 1934 había sido víctima de persecuciones y represalias por sus simpatías revolucionarias. "Si me-cogen, me matan", pensó al ver que triunfaban los militares rebeldes y escondiéndose se fué a Tuy con la esperanza de poder pasar la frontera. Pero allí en Tuy le dieron caza. Una de aquellas patrullas de señoritos falangistas y guardias rencorosos que iban en varios automóvil" se lo llevó de la cárcel para matarlo en la carretera. En el coche en que le metieron iban custodiándole, dos de aquellos jóvenes de la buena sociedad que cometían los asesinatos, uno de ellos Manolo Sanjurjo y otro un marquesito muy conocido en Vigo porque en cierta ocasión había llegado a simular un intento de suicidio dándose un balazo que le produjo una herida leve, sólo para escarmentar a su propia madre que se negaba a seguir dándole dinero para sus despilfarros.

Como de costumbre, cuando estuvieron en lugar apartado hicieron alto, obligaron a bajar al prisionero y se dispusieron a matarle, pero la resistencia que la víctima oponía a ser sacrificada debatiéndose desesperadamente, hizo que los falangistas y los guardias se exasperasen y tirándose sobre él le machacasen bestialmente con las culatas de sus máusers y sus pistolas. Allí estuvieron paseándole hasta que desahogaron su rabia. Le habían hecho varias heridas en la cabeza y lo habían fracturado la pelvis y varias costillas. Ya se disponían a rematarle de un culatazo cuando Manolito Sanjurjo por uno de esos desconcertantes movimientos psicológico de señorito voluble se interpuso: - Dejarle ya - dijo torciendo el gesto con repugnancia. -No; hay que rematarlo. Si le dejamos vivo contará lo que no debe. -Es igual; ya lo rematarán los del auto que viene detrás - insistió Sanjurjo, probablemente porque no sabía qué decir. La idea era absurda. Pero en los abismos de crueldad y de insensatez de aquellas gentes pareció naturalísima. ¿Por qué no le remataron? ¿Para que durase más su terrible agonía? ¿Para dejarle aquella remota esperanza de salvación? ¿Porque se apiadaron de él o porque no les pareció bastante castigo el matarle? Allí le dejaron tendido en la carretera con los huesos quebrantados y la angustia en el alma. El muchacho era de una gran entereza y habiendo conservado sus sentidos juntó las pocas energías que le quedaban y en un supremo esfuerzo se arrastró hasta echarse fuera de la carretera y esconderse en unos maizales que la bordeaban. El automóvil que venía detrás cargado también de guardias y falangistas pasó de largo. No le vieron y no volvieron a preocuparse de él. Consiguió llegar arrastrándose hasta donde pudo ser socorrido y luego fué trasladado a casa de unos fascistas amigos suyos que le protegieron mientras duró su curación. Vivo está.

EN PLENA ARBITRARIEDAD

No se sabía nunca lo que podía suceder. Se vivía siempre pendiente de un azar cualquiera. El mal humor de un jefe, la noticia de un revés en el frente o una dificultad cualquiera en los aprovisionamientos bastaban para que una nueva oleada de terror arrastrase docenas de vidas humanas.

Una de estas contingencias fortuitas costó la vida a don Andrés C. de Castro, persona muy conocida en Vigo, que incluso había desempeñado el cargo de canciller del consulado de México siendo cónsul de dicho país don Félix Salinas.

El señor Castro tuvo necesidad de trasladarse a Portugal por asuntos particulares y como no tenía nada que temer ni era sospechoso a los fascistas gestión y obtuvo su pasaporte sin ninguna dificultad. Cruzó la frontera tranquilamente dispuesto a regresar cuando hubiera resuelto los negocios que a Portugal le llevaban pero la policía portuguesa, no obstante llevar el señor Castro sus papeles en regia, le detuvo y decidió devolverle al territorio español. Se resignó a ello aunque era una arbitrariedad pensando tranquilamente que cuando estuviese en contacto con las autoridades nacionalistas de España podría deshacer el error y, efectivamente, fué puesto en la frontera junto con otros veintitantos fugitivos que Portugal le devolvía a Franco.

No tuvo ocasión ni lugar para entrar en explicaciones. El día que los portugueses acertaron a devolver a aquellos desgraciados los fascistas habían tenido un serio revés de guerra y a todos sin excepción, los mataron en el mismo puente internacional de Tuy. Con ellos cayó el señor don Andrés C. de Castro que no era fugitivo, que no estaba acusado de ningún delito, que no había actuado contra el régimen y que ni siquiera era persona desafecta. Que, en definitiva, no había cometido otro crimen que el de llegar en "un mal momento" como dicen los falangistas cuando quieren disculpar sus crímenes.

MOTIVOS DE PENA DE MUERTE

A Humberto Solleiros, hijo de una corsetera de la antigua calle del Circo y a su mujer, Urania Mella, los condenaron a muerte en Consejo de Guerra.

A él le condenaron porque era presidente del Centro Cultural Deportivo de Lavadores. De los miembros de la junta directiva de este centro no se salvó ni uno solo. A los que no condenaron a muerte y fusilaron con apariencias de legalidad, los asesinaron de madrugada los falangistas sacándoles de las cárceles. Uno de los directivos del Club era un empleado de consumos presidente de la sección artística llamado Urbano Rodríguez Moledo. Era un pobre hombre cojo, aficionado a hacer versos y teatro, un buen hombre, en fin. Le mataron también.

La mujer de Humberto Solleiros fué condenada también a muerte, porque no estaba bautizada, porque se llamaba Urania y tenía una hermana llamada Libertad, y porque era hija de Ricardo Mella. A última hora le conmutaron la pena de muerte por la de treinta años de presidio. Los militares españoles siempre han hecho gala de ser benévolos con las mujeres.



“Castigo menor” (Castelao)

EL CRIMEN DE LA SEÑORA SEVERA

La señora Severa y su hermana tenían un horno de pan, gracias al cual vivían, establecido en la calle Falpena cerca del edificio de la Panificadora de Vigo. La señora Severa tenía setenta años y su hermana pocos menos.

Con las dos viejucas vivía el hijo de una de ellas no sé exactamente si de la señora Severa o de su hermana - que se había caracterizado por sus ideas izquierdistas. Fué de los que lucharon contra los militares sublevados y después consiguieron escapar refugiándose en el monte. Los falangistas fueron muchas veces a buscar al fugitivo, registraron el horno, interrogaron a las viejas, las amenazaron.

Nada; el fugitivo no aparecía. Tuvieron confidencia de que estaba en el monte y entonces para obligarle a presentarse encarcelaron a su madre y a su tía. Con sus setenta años cada una comparecieron ante un consejo de Guerra que, benévolo, las condenó nada más que a diez años de prisión a una y quince a la otra.

Nada más.

POR ENCIMA DE TODO

Una cuadrilla de falangistas se presentó una noche en casa de un funcionario del Ayuntamiento o de la Diputación de Pontevedra apellidado Martínez. La mujer, temiendo que le asesinasen, les dijo resueltamente. -Para llevárselo a él tenéis que llevarme a mí también. Intentaron disuadirla, pero no lo consiguieron. A viva fuerza la mujer siguió a su marido abrazándose a él. Pero al llegar al puente del Burgo sobre el río Lérez, los falangistas arrancaron a su víctima de los brazos de la infeliz esposa que querían protegerle, e inmovilizándole con sus amenazas, partieron a toda marcha con su presa en las garras.

La pobre mujer no ha vuelto a tener noticias de su esposo. No cabe ya ninguna duda de que fué asesinado. Pero el cadáver no ha aparecido. Posiblemente lo tiraron al río o al mar con una piedra en el cuello. Tal ha sido uno de los muchos cuerpos inhumados sin identificar. ¿Quién sabe?

ENCONO PROVINCIANO

Don Enrique Blein Budiño tenía en Pontevedra un gran prestigio como republicano de abolengo por haberse dado la circunstancia de que su padre había sido el primer alcalde de la República en 1873 y además porque él mismo, ya por tradición había desempeñado también la alcaldía de Vigo a raíz de la proclamación de la Segunda República. Uníase a esto la circunstancia grave de que el señor Blein Budiño era presidente de los Amigos de la Unión Soviética y de Socorro Rojo Internacional.

Hay que precisar que este republicano de raza era uno de esos simpatizantes platónicos del comunismo a los que no es posible atribuir ninguna acción violenta y al que precisamente por su significación social destacada se había designado para aquellos cargos que pudiéramos llamar honoríficos y de mera representación que ningún militar de verdadero aliento revolucionario hubiera desempeñado. Si a esto se une el hecho de que siendo persona de cierto viso en la ciudad se permitiera hacer ostentación de su laicismo y aún de su anticlericalismo, se tendrá una silueta bastante aproximada del personaje y se

comprende, dará fácilmente la inquina que contra él tenían las gentes reaccionarias, monárquicas y clericales de la ciudad.

Claro está que con estos antecedentes corrió a esconderse apenas triunfaron los militares. Pero le buscaron con saña porque, aunque inofensivo, el señor Blein Budiño era uno de los hombres más representativos de todo lo que el vencedor odiaba y perseguía señudamente. Vigilaron a su esposa. Un teniente de asalto llamado Santos, que más tarde tuvo que ser destituido por sus inmoralidades, acechó sus idas y venidas sospechando que en alguna ocasión iría a ver a su esposo y así consiguió dar con el escondite del fugitivo al cual, cuando le prendieron, quisieron matar en el acto. Se interpusieron otras personas y a lo menos se obtuvo la promesa solemne de que al señor Blein Budiño no se le sacaría de la cárcel para asesinarle en la carretera, como normalmente se venía haciendo.

Después de estar durante algún tiempo detenido en La Ramallosa, se le trasladó a la cárcel de Vigo, pero su estado de salud era tan precario que tuvo que ser hospitalizado en la cárcel misma. El señor Blein Budiño padecía una grave enfermedad y a las pocas semanas de encarcelamiento se había agravado en tales términos que los médicos le desahuciaron, unánimes en pronosticar que su fallecimiento no se haría esperar mucho. No obstante esta sentencia fatal, no se aminoró el rigor de sus carceleros sino que por el contrario parecieron complacerse en extremarlo acumulando sobre el desdichado todas las crueldades. Encarcelaron también a su esposa a la que hicieron objeto en la prisión de las más viles humillaciones. Con cualquier pretexto la castigaban encerrándola en los inmundos retretes de la prisión donde la obligaban a estar durante días enteros. Este era, por otra parte, un castigo que los fascistas imponían frecuentemente a las mujeres encarceladas por ser poco religiosas, o estar casadas civilmente, o no estar casadas, o pertenecer a partidos políticos de izquierda; o simplemente por ser esposas, madres o hijas de republicanos, socialistas o comunistas. Sólo cuando se haga el relato completo de las infamias cometidas por el fascismo con las mujeres se sabrá hasta qué abismos de ruindad y canallería han sido capaces de llegar esos "caballeros españoles".

Blein Budiño y su esposa pagaron con usura el delito de no haber vivido sometidos a los convencionalismos y prejuicios de una capital de provincia de espíritu levítico. El marido falleció en el hospital militar y ni siquiera se permitió a sus deudos y familiares que le acompañasen en los últimos instantes y le velasen luego. La mujer, mientras, sufría en la prisión las bajezas y las infamias de sus carceleros.

Ocurrió que la sociedad "El Gimnasio", pintoresco círculo de amigos, absolutamente apolítico al enterarse del fallecimiento de éste cometió la ligereza de poner crespones negros en señal de duelo. El duelo por los que el fascismo mataba no era permitido y "El Gimnasio" fué multado y clausurado. En su domicilio social se ha instalado un Centro de Hijos de Vigo, devoto, claro es, del fascismo.

MALHECHOR POR MALHECHOR

Me referí páginas atrás a un teniente de la Guardia civil apodado "El rabioso". El tipo, en sí, y la historia del mote que le habían puesto así como su participación en el terror blanco, valen la pena de una breve referencia.

El mote de "El rabioso" había pertenecido antes a un audaz y bravo maleante, uno de esos rebeldes natos y contumaces, en lucha siempre con la sociedad y sus códigos que traía siempre en jaque a la policía viguesa. Llegó por entonces destinado al puesto de Bouzas un sargento de la Guardia civil que traía fama de hombre violento y cruel con el que no se jugaba impunemente.

Cogido in fraganti por no sé que fechoría fué "El rabioso" a caer en las manos del sargento pero cuando le llevaron al Palacio de justicia para tomarle declaración aprovechó un descuido de sus vigilantes, dió un salto, se tiró por el hueco de una escalera, ganó el portal y echó a correr en dirección al muelle. "El rabioso" con aquella fuga espectacular hacía honor a su apodo, pero el sargento de la Guardia civil, no menos rabioso que él se lanzó en su persecución con frenético encono. Fué una pugna dramática de tenacidad y audacia entre aquellos dos hombres. El fugitivo, al llegar al muelle, saltó a un bote y remando a la desesperada se hizo a la mar. Cuando vió que sus perseguidores le iban a los alcances en otros botes más veloces que el suyo, intentó salvarse a nado y desnudándose se arrojó de cabeza al mar con la esperanza de perderse de vista entre las olas y despistar a sus perseguidores. Fué capturado, sin embargo, y conducido a Bouzas donde el sargento furioso decidió hacer con el rebelde un escarmiento ejemplar. Desnudo como estaba y tiritando le ató por las muñecas a la cola de su caballo y del de otro guardia y al trote ligero, todo lo aprisa que las piernas del hombre podían soportar, lo llevó a rastras desde Bouzas a Vigo. Cuando entró por las calles de la ciudad el sargento llevando tras sí como un trofeo aquel hombre extenuado, desnudo y con los pies ensangrentados, que se desplomó inerte a la puerta del cuartelillo, la gente reconoció que mayor y más terrible era "la rabia" del agente de la autoridad que la del delincuente y quitó a éste el apodo de "El rabioso" para dárselo al sargento de la Guardia civil.

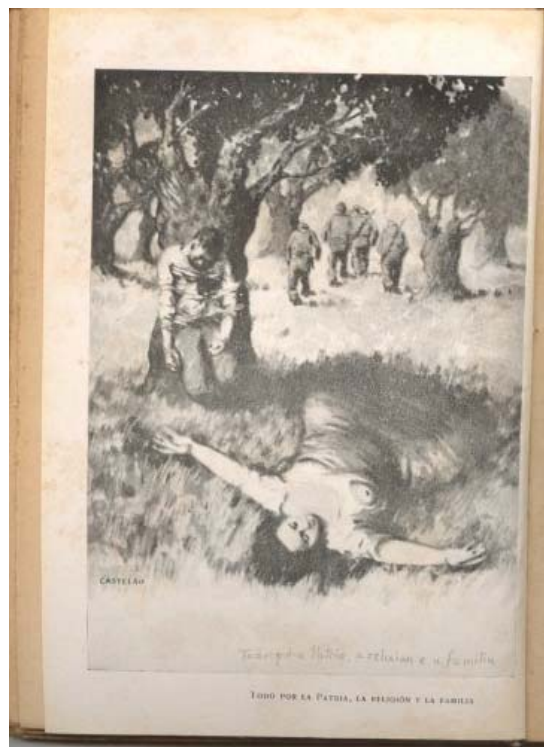
Este era el hombre. En los últimos años había ascendido y estaba en Vigo de teniente. Cuando triunfó el Frente Popular en las elecciones de febrero lo enviaron destinado a Andalucía, donde se puso pronto en contacto con los militares que preparaban la sublevación. Días antes de que ésta estallase se presentó inopinadamente en Vigo; cooperó con los conjurados al triunfo del movimiento y luego se convirtió en el agente más feroz y entusiasta de la represión. "El rabioso" ha sido en Vigo no sólo el instigador de todas las crueldades que se han cometido sino también el ejecutor principal de muchas de ellas. Frecuentemente aparece su nombre ligado al relato de los episodios de terror que voy recogiendo. Sus méritos le han hecho ascender rápidamente. El famoso sargento de Bouzas es ya comandante. Llegará a dictador de Galicia y de España entera si le dejan seguir atormentando y asesinando.

Su antiguo adversario, "El rabioso" primitivo, el simple malhechor, el enemigo de la sociedad y de sus sagrados derechos ha perecido últimamente a sus manos y, por cierto, en muy curiosas circunstancias.

Desde que comenzó la rebelión militar estaba huido en el monte. Caso extraño el de este delincuente, pues con su certero instinto casi todos los profesionales de la delincuencia se han puesto cautamente al lado del fascismo ingresando en Falange Española, que para ellos tenía los brazos abiertos de par en par y les ofrecía generosamente un milagroso jordan que no sólo les limpia de todas las culpas pasadas sino que les permite seguir cometiéndolas con absoluta impunidad. La demagogia falangista ha sido el paraíso de los criminales de toda laya. "El rabioso" primitivo, acaso sólo por rencor personal contra su antiguo enemigo, por lo que haya sido, se echó al campo uniéndose a los honrados luchadores del pueblo. Amparado como éstos por la simpatía popular y con los recursos de su experiencia de zorro viejo, no le hubiesen cazado nunca.

Pero su mujer, que había quedado encinta, dió a luz estando él en el monte huido y aquel malhechor empedernido, no obstante ser un monstruo de maldad, un enemigo de la sociedad y de la familia, se enterneció y quiso conocer a su hijo. Bajó sigilosamente a verlo dos o tres veces. "El rabioso", su enemigo, el defensor del orden, de la patria, de la familia y de la civilización occidental, advertido por una confidencia, le tendió un lazo. Cuando el malhechor salía de abrazar a su mujer y a su hijo le echaron el guante. A la mañana siguiente su cadáver estaba tirado en la playa de El Bao.

Malhechor por malhechor ¿cuál es más repugnante y peligroso para la sociedad?



“Todo por la patria, la religión y la familia” (Castelao)

LA VIDA EN LAS CARCELES FASCISTAS

Cuando me detuvieron me llevaron primero al cuartel de la Guardia civil. Allí me tuvieron dos días. Los detenidos estábamos hacinados en las cuadras del cuartel y dormíamos sobre el santo suelo revueltos, hombres, mujeres y caballerías. De allí me sacaron para llevarme a la prisión que habían improvisado en el frontón de la calle María Verdiales porque ya en el antiguo edificio de la cárcel era imposible meter más presos de los que había.

Cuando yo ingresé los detenidos que había en aquel local eran cuatrocientos ochenta. Todos los días había muchas altas y bajas, las de los que traía de los pueblos la Guardia civil y las de los que sacaban de noche los falangistas para asesinarles, pero la cifra de unos quinientos fué casi constante

Los presos del frontón dormíamos en unas colchonetas tiradas en el suelo. Aunque el local era grande las colchonetas estaban casi pegadas las unas a las otras y los presos apenas si teníamos lugar para movernos. A veces traían a última hora una nueva redada de detenidos y cuando no había colchonetas bastantes distribuían a los recién llegados en las de los antiguos. Cuando eran detenidos políticos lo sufríamos incluso con alegría. Pero otras veces, para humillarnos más, nos metían en la cama en que dormíamos a delincuentes comunes y vagabundos llenos de miseria que nos infectaban de insectos. Durante todo el día teníamos que permanecer hacinados sobre aquel piso de cemento y bajo aquel techo de vidrio que despedían fuego. Estábamos, pues, casi desnudos. Solo conservábamos los pantalones del pyjama o los calzoncillos.

Al principio la guardia de esta prisión estaba encomendada a los soldados y los guardias de asalto mandados por oficiales de complemento incorporados después de la rebelión. Luego fueron apareciendo falangistas que también tomaban parte en las guardias y finalmente unos "simpatizantes" del fascismo llamados pomposamente "caballeros guardias cívicos" que eran, por lo general, gentes de poco empuje aunque no sin encono y perversa intención contra los presos. Los falangistas desdeñaban altivamente a los "caballeros cívicos" y para ridiculizarles les llamaban las "amas secas" explicando además que debían este apodo grotesco a que eran de "los que no daban el pecho".

Nuestras "amas secas" no serían, efectivamente, unos héroes pero con nosotros los presos, eran de una dureza y una crueldad que igualaban a las de los falangistas, aunque, la verdad, si bien nos mortificaban cuanto podían vejándonos y humillándonos constantemente, no se atrevían en cambio a formar parte de las cuadrillas de asesinos que todas las noches sacaban del frontón grupos de detenidos que caprichosamente seleccionaban para asesinarles en las carreteras.

La mayor parte de los detenidos comíamos lo que nuestras familias nos llevaban, pero estaba absolutamente prohibido que nos regalasen con buenos manjares, cosa, hasta cierto punto lógica. Ya no lo era tanto el hecho de que los "caballeros guardias cívicos" se empleasen en revisar cuidadosamente nuestras comidas y en cuanto encontrasen algo apetitoso se quedasen con ello. Los postres de repostería, sobre todo, no llegaban jamás a los presos. Aquellos buenos

burgueses, gordos y sedentarios, no obstante los arreos bélicos que se habían colgado y la dureza con que nos trataban, no habían perdido el vicio de la gula y eran golosos como chiquillos. Llegué a tener la convicción de que muchos de ellos creían que lo que estaba pasando en España no tenía más finalidad que aquella; la de dejarnos castigados sin postre a los que éramos díscolos y revoltosos.

Había sobre todo uno de aquellos "caballeros guardias cívicos" que, irritado porque nuestras familias se esforzaban en hacernos llevadera la prisión enviándonos comidas amorosamente preparadas en nuestros hogares, se vengaban ruinmente haciéndonos mil porquerías con una mentalidad de criada aviesa. Metía los dedos sucios en los pucheros, revolvía los guisos y con cualquier pretexto interceptaba o rechazaba las comidas y nos dejaba todo un día en ayunas.

Todo esto, que es grotesco contarlo, refleja, sin embargo, exactamente la mentalidad de aquellas gentes entre cuyas manos estábamos. Este era el sainete que, a cargo de aquellos pintorescos "guardias cívicos" se representaba durante el día. Luego, llegada la noche, venían los siniestros falangistas a hacernos sentir verdaderamente la tragedia.

Después que anohecía, los quinientos presos del frontón sentados al borde de sus camastros o echados en ellos, silenciosos y acongojados, sentían pasar uno a uno los segundos hasta que llegaba la hora fatal en que se sentía el petardear de los camiones a la puerta del frontón y el oficial de guardia con el revólver en el cinto y a veces en el puño arrancaba de sus camastros a los que habían de ser asesinados. ¡Noches espantosas, terribles, inenarrables, en aquel inmenso cuadrilátero de cemento en el que centenares de seres humanos silenciosos se revolcaban de angustia y de impotencia esperando la llamada fatal e inexorable !

Por lo general, a lo menos mientras yo estuve allí, los presos que solían llevarse los falangistas para asesinarles, eran oscuros campesinos traídos dos o tres días antes por la Guardia civil, los cuales iban a la muerte silenciosos y resignados como reses, sin plena conciencia aun de su trágico destino O bien, obreros rebeldes que levantaban el puño y gritaban desesperadamente victoreando a la revolución mientras los carceleros intentaban sofocar sus alaridos, y un estremecimiento de horror pasaba por el alma que aquellos quinientos seres inmovilizados por el espanto en sus colchonetas.

Algunos se resistían a salir y los sacaban a viva fuerza. Consiguió que desistieran de llevársela cierta noche un muchacho naturalizado cubano, hijo de Mauro Caballero. Recordaré toda mi vida la escena escalofriante de la despedida de un militante socialista llamado Bermejo. Estaba acurrucado en su camastro, dormido o amodorrado, cuando entraron los guardias de asalto para buscar a los presos que habían de ser asesinados. Por lo general los falangistas encomendaban esta función a los guardias y a los carceleros.

Uno de los guardias se acercó a la cama de Bermejo y le sacudió rudamente.

-Vamos, arriba.

Bermejo se incorporó y comprendiendo que era inútil toda protesta se limitó a mirar fríamente a la cara del guardia y a decirle con una voz quebrada por la angustia: -Déjame, hombre, déjame. ¿Qué mal te he hecho? El guardia torcía la cara y se abroquelaba en sus frases cortadas y automáticas de agente. -

¡Vamos, vamos, arriba! Nada de protestas Bermejo con acento entrañable replicaba despacio: -No te irrites. Si yo no protesto. Pero déjame ... Déjame, siguiera hasta mañana. Mañana vienes por mí... Mecánicamente, como un autómatas, vuelta la cara, el guardia repetía: -¡Vamos, vamos, arriba! -Mañana me lleváis... Déjame siquiera que pueda despedirme de la familia. ¿Que más te da matarme hoy que mañana - insistía suavemente, como un susurro, la voz del preso. El guardia, ganado por aquel acento profundamente humano, balbucea confuso: -Yo soy un mandado ¿sabes? Por mí te dejaría, créelo. Pero ... Se entabló entre aquellos dos hombres un diálogo tan entrañable, tan escueto, tan desapasionado y frío que daba horror. Recordaré la escena toda mi vida.

Bermejo rogaba suavemente; el guardia se excusaba diciendo con aterradora naturalidad- -¿Tú comprendes? Yo soy un mandado. ¿Te haces cargo? Ponte tú en mi lugar...

Y lo espantoso era que Bermejo "comprendía"; que se hacía "cargo"; que se ponía en el lugar del otro, y doblaba la cabeza sobre el pecho resignándose a la fatalidad.

Al día siguiente, claro es, apareció el cadáver de Bermejo en la carretera.

Otro día llamaron a otro recluso, un muchacho dependiente de la droguería Sotelo, para ponerlo en libertad, pero él creyó que era para asesinarle y se negó a salir. No hubo manera de convencerlo. Dijo que mientras no viniese su propio padre a buscarle no salía de la cárcel. Se avisó al padre que acudió con el mandamiento de libertad en la mano pero entonces, cuando ya iban a salir, tuvieron la desgracia de tropezarse con el teniente Santos que en aquel momento entraba en la cárcel. - ¡Cómo! ¿ A éste se le va a poner en libertad? ¡ Imposible ; ¡Adentro otra vez! Lo volvieron a encarcelar y cuando de nuevo lo sacaron fué para matarlo.

Al principio había en el frontón muchos extranjeros. A mediados de agosto se presentaron una noche los falangistas y reclamaron a un ruso, un turco y un francés que allí estaban presos. El oficial de guardia era amigo del francés y discutió con los falangistas hasta conseguir que no se los llevarasen. Al ruso y al turco sí se los llevaron y a la mañana siguiente fueron encontrados sus cadáveres en las afueras de Vigo.

Hubo un momento en el que los súbditos extranjeros presos en el frontón fueron varios centenares. El generalísimo había decretado que todos los extranjeros que se encontrasen en el territorio nacional y se hallasen comprendidos por su edad en las quintas llamadas a filas fuesen incorporados al ejército. En Galicia había millares de súbditos de las repúblicas hispano-americanas, hijos de españoles en ellas naturalizados y que incluso habían hecho su servicio militar o estaban sujetos a él en el país cuya ciudadanía habían conseguido. Por la cárcel del frontón pasaron entonces unos ochocientos súbditos argentinos. El gobierno de Buenos Aires se desentendió de ellos, pero a pesar de todo, el absurdo decreto del generalísimo tuvo que ser revocado pocos días después.

A fines de agosto fui procesado y entonces me trasladaron del frontón a la cárcel de Vigo lo que consideré como una gran fortuna aunque también de la cárcel sacaban los falangistas a los presos para asesinarles, pero estando allí y ya sometido a proceso era menos probable que lo hicieran. La prisión menos dura e incómoda era el lazareto de San Simón al fondo de la bahía, pues allí los presos

disfrutaban de mayor libertad, pero el riesgo que se corría de aparecer asesinado en la playa de Cesantes era mayor que en la cárcel de Vigo por la impunidad con que allí podían actuar los falangistas.

Ingresé, pues, en la cárcel ya procesado y con mis papeles en regla. Por cierto que en los certificados de penales que expedían las autoridades fascistas se consignaba que eran dados en Burgos "según los datos escogidos en este archivo a partir del primero de julio de 936". Es decir, que el nuevo Estado totalitario hacía prácticamente borrón y cuenta nueva. Así se explica que tanto malhechor y tanto delincuente profesional haya pertenecido y pertenezca a Falange Española. Allí en la cárcel, el que mangoneaba era un inspector de Prisiones llamado Fernando Lago Bua, que había sido árbitro de fútbol y era muy conocido en Vigo, por sus ideas políticas reaccionarias. Este individuo, que había estado ya antes destinado en la cárcel de Vigo, fué castigado y trasladado a Burgos o a Pamplona al triunfar en las elecciones el Frente Popular, pues durante la etapa radical-cedista había hecho objeto de vejaciones y malos tratos a los presos políticos de significación izquierdista, mientras tenía toda clase de complacencias y aun complicidades con los fascistas encarcelados.

Lago Bua fue el primer carlista que apareció en Galicia con su boina roja. Al estallar la sublevación militar se presentó el general Mola en Burgos o en Pamplona le contó que el Frente Popular le tenía allí castigado por su notorio antimarxismo y gracias a estos méritos volví a Vigo con su nombramiento de inspector de prisiones en el bolsillo y una boina roja que era la primera que veían los gallegos.

Este personaje solía reunir a los presos en el patio de la cárcel para pronunciarles arengas patrióticas y amenazarles con terribles castigos. Tenía la costumbre de dirigirnos la palabra jugueteando distraídamente con su pistola. Un día se encaró con el preso que tenía más cerca y poniéndole la pistola en el pecho le conminó.- -Dí, ¡ Viva España ! El preso con voz desmayada dijo: -¡Viva! Se puso furioso. -¡No! ¡ Así, no ! Grita. ¡ Grita o te mato ! - Y le apoyaba el cañón de la pistola junto al corazón. -¡Viva España! - gritó el preso. -¡Más fuertes -¡Viva España! -¡Más fuerte aún, hijo de perra! -¡ Vivaaa ... Españaaa..! Rugió desgañitándose el infeliz. Todos tuvimos una sensación angustiosa de asco más que de terror. Lago Bua enfundó su pistola murmurando: -¡Cobardes! ¡Ni siguiera saben morir! Este personaje se hizo íntimo amigo del médico de la cárcel, don Francisco Bustelo, y entre los dos emprendieron un lucrativo negocio a base de los presos que se hallaban en buena posición económica. Se trata sencillamente del tráfico con los detenidos. Al principio se dedicaron cautelosamente a explotar sólo a aquellos presos que según sus referencias iban a ser libertados en breve plazo. A los que se hallaban en tales circunstancias el Bustelo les prometía gestionar su libertad mediante algún dinero que, según decía, sería preciso repartir entre varios funcionarios; el Lago Bua confirmaba luego la oferta de su cómplice, que 'hacía la función de "gancho", y el detenido se apresuraba a hacer que su familia entregase las cantidades exigidas o a firmar él mismo los cheques necesarios. Pronto aquellos dos hombres codiciosos ensancharon su negocio dedicándose a extraer fuertes sumas a los presos adinerados, tuvieran o no probabilidades de ser puestos en libertad. Hubo un preso, hombre de derechas por cierto, el doctor José Ramón de Castro, al que con promesas de liberación, que nunca se cumplían, llegaron a sacar un dineral. Según parece, el doctor

Castro les firmó cheques por valor de cuarenta mil duros. Ya con estas disponibilidades económicas el Bustelo y el Lago Bua intentaron con éxito la probabilidad de sobornar efectivamente a jueces, magistrados y autoridades dedicándose al negocio en gran escala. Lago Bua se había quedado además con la contrata de la alimentación de los presos del lazareto de San Simón y al mismo tiempo con la de la cantina de esta prisión.

Todo se vino a tierra, porque el doctor Castro, cuando al fin fué liberado, confió en secreto lo que le había sucedido a un cuñado suyo, el doctor Freyre médico de Bouzas, quien aconsejó a su pariente que no se resignase y denunciara la extorsión de que se le había hecho víctima. El doctor Castro, a pesar de ser hombre conservador y de sus simpatías monárquicas que le habían llevado a hacer un donativo de un kilogramo de oro para el Ejército y a celebrar una comida en su casa en la que ostentosamente había hecho gala de monarquismo - era antes de la sublevación - colocando la bandera roja y gualda sobre los manteles; a pesar de todo esto, no se atrevía a hacer la denuncia, pues cabía que eran muchas y poderosas las personalidades fascistas que estaban comprometidas en el tráfico de detenidos, con lo que arriesgaba que de la noche a la mañana le asesinasen una cuadrilla de falangistas. Esto fué lo ocurrido al doctor Taboada, cuya muerte he relatado antes, el cual fué sacado de la cárcel y asesinado al día siguiente de haber firmado un cheque de quince mil pesetas según pudo comprobarse por los asientos bancarios. Es más; la tarde misma del día en que lo asesinaron se había decretado su libertad. Era lógico que el doctor Castro no se decidiera a delatar nada, pero como era hombre de convicciones derechistas, tuvo ocasión de llegar directamente hasta un jefe del ejército no corrompido y se atrevió a denunciárselo. Aunque el asunto se llevó con gran sigilo, los dos compadres, Lago Bua y Bustelo, fueron depuestos de sus cargos, encarcelados y sometidos a proceso. Al verse perdidos los dos ensartados, pudieron tirar de la manta y denunciar a sus cómplices revelando los nombres y los cargos de los jefes de Falange y de los militares que estaban positivamente comprometidos, con lo que hubiesen puesto al descubierto la podredumbre del régimen "salvador de España". Lo hubieran hecho, sin duda, si no se les hubiese insinuado que absteniéndose de hacer revelaciones que pudiesen causar descrédito a las autoridades superiores y resignándose a que aparentemente se les condenase sin mayor escándalo, serían en última instancia gratificados y el proceso quedaría simplemente en una hábil comedia representada sin otra finalidad que la de salvar las apariencias. Les tuvieron así esperanzados hasta el último momento y pudieron fusilarles sin que tuviesen ocasión de delatar a sus elevados cómplices. Algunos de éstos fueron señalados claramente, sin embargo, por las medidas gubernativas que contra ellos se tomaron. Aunque se echó tierra al asunto, fueron destituidos, el capitán Cándara jefe de la oficina de orden público y el teniente coronel de la Guardia civil Macarrón Piudo que desempeñaba el cargo de gobernador de la provincia de Pontevedra. En el diario oficial del 3 de septiembre apareció la destitución de este último y su separación del cuerpo, claro es que sin decir las causas verdaderas sino "por ser persona desafecta al régimen". Por lo visto, un terrible revolucionario, un marxista peligroso, al que ellos mismos habían confiado el gobierno de la provincia.

El régimen de la prisión no mejoró cuando nos vimos libres del carlista Lago Bua. Seguía siendo tan arbitrario e inhumano, aunque fuesen otros los verdugos.

Uno de los agobios más penosos de soportar era el de la ingerencia clerical en la prisión. Las coacciones que se ejercían sobre los presos a cuenta de la religión eran vergonzosas. Era obligatorio oír misa todos los domingos y fiestas de guardar fuesen cuales fuesen las creencias de los detenidos. Para confesar y comulgar había que ir "espontáneamente" a apuntarse. Yo, al principio, me resistí a hacerlo, pero cuando ví que era quizás el único que faltaba en la lista y que mis compañeros de prisión asustados esperaban que cayesen sobre mi cabeza no sé qué terribles represalias, fui tan "espontáneamente" como todos los demás. Me alegré después de haberlo hecho, porque así tuve ocasión de darme cuenta de cómo sentían y pensaban aquellos religiosos que respaldaban con la cruz la infamia del fascismo.

Me tocó confesar con un padre carmelita, al que le interesaban más que mis pecados mis ideas políticas. Le dije que no tenía ninguna y que en realidad ignoraba por qué me habían llevado allí. Me replicó que era necesario tener ideas políticas claras y bien definidas, que había que combatir el marxismo, que no se podía ser tibio ni indiferente y que el peor pecado que podía cometer un cristiano era el de no luchar por su fe, muriendo y matando. ¡ Matar es lícito ! decía. ¡ Aún no se han matado bastantes rojos ! ¡ Hay que arrancar hasta la semilla ! ¿Qué se creían los españoles? ¿Que los católicos no éramos capaces de matar? ¡ Lucharemos y mataremos sin piedad mientras sea necesario !

Así siguió subiéndose de tono hasta que me consideró anonadado y contrito y entonces, después de haberme impuesto una penitencia, me dió su absolución y siguió adoctrinando reclusos con sus bélicas y terroríficas arengas. Me alegré de haber oído de los labios de un sacerdote aquellas palabras de odio que me confirmaron en mi idea sobre el infamante papel que la religión hace al servicio del fascismo.

Aquel padre carmelita no era una excepción. Teníamos en la cárcel un capellán, el padre Nieto, jesuita grande, fuerte, bruto, de esos típicos jesuitas de arado que todos los domingos desde el púlpito, después de la misa en la capilla de la cárcel, predicaba que había que exterminarnos. La capilla de la cárcel de Vigo está abierta a los fieles del barrio; los presos oíamos la misa desde una galería que hay en la parte alta del templo, separada de éste por una reja ale gruesos barrotes y allí servíamos de ejemplo vivo para la oratoria tremebunda del padre Nieto.

Este nos dedicaba además algunas prédicas especialísimas. En una de ellas, que pronunció en el frontón, cuando yo estaba allí, le oí decir textualmente: - En estos tiempos heroicos, hay tres maneras de morir. En la cama, cuando el Señor nos llama a su seno; en el frente, ganando honra y gloria para la patria, y en la carretera, como perros rabiosos. Vosotros, que estáis próximos a morir, debéis ante todo ponerlos a bien con Dios y escoger luego la muerte que mejor pueda redimirlos de vuestros pasados pecados.

Así hablaba en el mes de agosto el padre Nieto, sacerdote jesuita, dirigiéndose a los presos del frontón de Vigo.

Sus coacciones para empujar a los detenidos a alistarse en el Tercio no se limitaban a estas arengas. Acosaba personalmente a los que creía más indicados

para ir a morir por el triunfo de Franco. Durante unos días estuvo coaccionando a dos súbditos checoslovacos que estaban encarcelados, llamado uno Jean y el otro Oscar Loedenek, para que se apuntasen en el Tercio. No lo consiguió.

Estas coacciones han sido constantes. Todavía en el mes de marzo o abril a los presos que no estaban encausados se les daba a elegir entre inscribirse en el Tercio o ser entregados a los falangistas para que "les pasearan". Como es natural, todos elegían el Tercio y así salieron de Vigo varias expediciones, pero apenas llegaban a Talavera, adonde las solían dirigir, empezaban los "voluntarios" a ejercer una resistencia pasiva que desesperaba a los jefes y les hacía rechazarles como soldados de primera línea, o bien, se pasaban al campo republicano en la primera ocasión que se les presentaba. La última expedición que sacaron del frontón de Vigo volvió íntegra a la cárcel devuelta del frente por inútil.

Las predicaciones del padre Nieto, agente de enganche del Tercio, no fueron muy fructíferas. Tampoco lo eran sus asaltos a la conciencia de los condenados a la última pena para que antes de morir confesasen devotamente. Recuerdo un caso sencillamente repugnante.

Condenaron a muerte en Consejo de Guerra a un muchacho de Lavadores acusado de haber tomado parte en la resistencia armada que se hizo a la tropa. Era un muchacho de unos veinte años, rubio, bien plantado. El nombre no lo recuerdo.

Cuando se le notificó la sentencia que le condenaba a ser pasado por las armas cayó sobre él el padre Nieto exhortándole con su verbo tosco y brutal a que se pusiese a bien con Dios "con lo que nada perdería porque de todas maneras lo iban a matar". Estas eran sus palabras.

El reo anonadado por la terrible sentencia no sabía cómo librarse de aquel acoso cruel del padre Nieto que abrumaba ferozmente las últimas horas de su vida. Para quitárselo de encima y poder siquiera entregarse a su congoja le dijo. - Déjeme usted, ahora. No insista más. Estoy dispuesto a confesarme y a morir en el seno de la Iglesia ya que es necesario, pero sólo en el último instante, cuando me vayan a matar. Ahora déjeme usted.

El padre Nieto, una vez arrancada al reo esta promesa, se marchó satisfecho. Preguntó al salir cuándo se verificaría el fusilamiento y como le dijeran que éste tendría lugar en el castillo del Castro al amanecer se fué a su casa para dormir unas horas.

Cuando de madrugada trasladaron al reo al castillo del Castro ya estaba esperándole allí el padre Nieto con su aire de aldeano, su paraguas y su breviario. El reo, al verle, le rechazó con ademán enérgico. -No me moleste usted. Estoy resuelto a morir sin confesión. -¿Cómo? - rugió el cura. -Ya se lo he dicho. Déjeme morir en paz.

-¡ Ah, maldito ! ¿Y para esto me hiciste venir desde Vigo y subir de madrugada esa endiablada cuesta? ¡Ah, no ! ¡ Esto es una burla y yo no la tolero ! ¡ No la tolero, ea !

Esgrimiendo amenazadoramente su paraguas y su breviario el padre Nieto estuvo vociferando e insultando al condenado mientras llevaban a éste delante del piquete. La última visión que de esta vida se llevó aquel desgraciado era la de aquel cura chillando como un energúmeno porque le habían hecho levantarse de madrugada "para nada".

EL ADIOS AL CONDENADO

Una madrugada sacaron de la cárcel para fusilarle a un pobre hombre empleado del juzgado de Vigo. Era un hombre joven llamado Bamio, hermano de un boxeador muy conocido. El fusilamiento debía tener lugar, como de costumbre, en el castillo de El Castro, y el reo, custodiado por unos guardias, fué trasladado en automóvil al lugar de la ejecución. Era en pleno verano y la fúnebre comitiva cruzó las calles de la ciudad cuando ya había amanecido. Al pasar por el mercado de El Progreso donde los vendedores estaban colocando sus puestos, el reo, con la desesperación de la muerte, les gritaba: -¡Lévanme a matar! ¡Lévanme a matar ! Pasó el auto donde iba el condenado junto al tenderete de una vieja vendedora del mercado, que al oír los gritos de angustia y desesperación del infeliz alzó las manos al cielo, y respondió, enternecida: -¡Adiós, meu fillo ! ¡ ¡Adiós! ¡Lévante a matar! ¡Que Dios te acompañe ! .

No dijo más la pobre mujer aterrorizada. No hizo más que responder a la desgarradora despedida del que llevaban a la muerte.

Mientras la sentencia se cumplía, los falangistas advertidos arrancaban a la vieja de su miserable comercio y la metían en la cárcel donde había de purgar el crimen de haber vuelto la cara hacia un condenado a muerte y haberle dicho adiós. No sé el nombre de la vieja vendedora. Sé que vivía en la calle de Núñez y que tenía su puestecito desde hacía muchos años en aquel mercado de El Progreso, cuyos vendedores vieron todos la patética escena y presenciaron luego horrorizados cómo los falangistas se llevaban a la atribulada anciana.

EL MAESTRO DE NIGRAN

El maestro de Nigrán había sido socialista, pero después de los sucesos revolucionarios de Octubre tuvo miedo de la represión y se apartó decididamente de las luchas sociales. Últimamente se dijo que incluso estaba afiliado a un partido de derechas. Uno de sus antiguos correligionarios que fue en cierta ocasión a reprocharle que hubiese desertado le oyó decir textualmente: -¡Qué quieres! Tengo miedo. Renuncio a la lucha y me meto en mi casa. No me hables más de socialismo ni de la revolución.

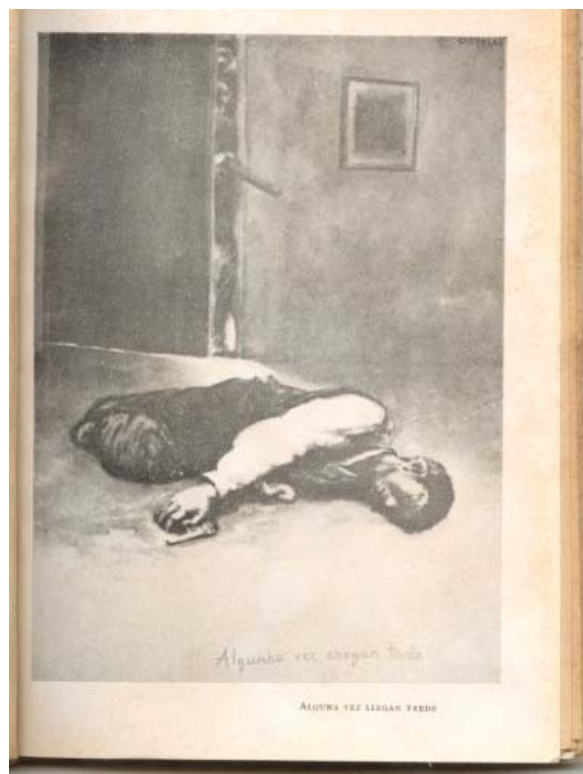
El hombre estaba casado, tenía hijos, no era ya joven, le faltaba temple para la lucha y no quería más que vivir en paz.

Se encerró en su casa y en su escuela. En ella estaba dando su lección a los chicos cuando fué la Guardia civil a buscarle. Se lo llevaron a la carretera. En el camino, el maestro y los guardias que le conducían, se cruzaron con un vecino

que venía de trabajar en el campo. ¿Adónde llevarán al maestro?, se preguntó extraviado el campesino. Apenas había andado doscientos metros cuando le contestó el ruido de unas detonaciones. Dejó pasar un poco de tiempo y se acercó al lugar de donde habían partido las detonaciones. El cadáver del maestro yacía abandonado en una cuneta. Los guardias se habían marchado después de cometer su crimen.

A la entrada del pueblo, el campesino se encontró a la mujer del maestro que salía inquieta a buscarle. -¿No ha visto usted por aquí a mi marido? Los chicos le están esperando en la escuela.

El campesino, la hizo volver atrás con una mentira piadosa. Medio kilómetro más allá la infeliz se hubiese encontrado a su marido "cara al sol" que es el eufemismo favorito de los falangistas para aludir a sus asesinatos.



“Alguna vez llegan tarde” (Castaño)

SIMPLIFICACION DE TRAMITES

Supieron los de Falange que un camarero socialista llamado Rosendo estaba escondido en su propio domicilio, una casa de la calle de Núñez, y allí

fueron a buscarle. Practicaron un registro minucioso en todo el edificio y no le encontraron.

Pasó el tiempo. Al cabo de unos meses hubo seguramente una delación más precisa y los falangistas volvieron a casa del camarero fugitivo. Ya a tiro hecho, se dirigieron al retrete y, efectivamente, allí le encontraron. El infeliz había hecho una excavación en el muro detrás del lavabo y en ella se ocultaba.

Los falangistas le sacaron de su escondite y, allí mismo, a presencia de su familia, le mataron.

Para que no hubiese ninguna duda.

REFINAMIENTO

Antonio Campos Caride era comunista y tenía veinte años. Cuando triunfaron los militares se escondió. Vivió oculto durante algún tiempo. Un día los falangistas supieron por una delación que estaba en su propia casa y fueron a buscarle.

Se había fabricado un escondite detrás de una chimenea, pero dieron con él y allí mismo, en aquel agujero en el que estaba absolutamente inmovilizado, le agredieron, causándole varias heridas. Cuando le sacaron exánime el jefe de la cuadrilla de falangistas pareció apiadarse de él.

-¿Por qué no nos has dicho desde el primer momento que estabas sin armas? Si lo hubiéramos sabido no te habríamos hecho daño. El falangista, con grandes extremos, no sólo parecía condolerse del prisionero y del mal que le había hecho sino que él mismo estuvo restañándole la sangre y poniéndole unas vendas. Luego, se lo llevaron detenido.

Al día siguiente el cadáver de Antonio Campos Caride aparecía en la carretera horriblemente mutilado.

UNA "REVOLUCIONARIA"

"La Calesa" - no sé más que el apodo - era una muchacha alegre, vendedora de periódicos, uno de esos gorriones que viven al azar y la ventura en medio del arroyo. ¡ Es una loca ! decían las gentes de buenas costumbres de Vigo. Era, ni más ni menos, lo que son los millares de infelices criaturas crecidas en el desamparo y la impiedad de la calle en todas las ciudades del mundo.

"La Calesa" tenía un puesto de periódicos al lado del círculo "El Gimnasio", y los señoritos de Vigo le conocían bien. Ella también les conocía a fondo y por reacción elemental contra ellos "se había hecho revolucionaria" como ella misma

decía con pueril presunción. Estaba muy orgullosa de ser socialista y cifraba todo su orgullo en que un periódico de Madrid hubiese publicado un retrato suyo en el que aparecía con el puño en alto.

Cuando triunfaron los militares esta era una cuenta que había que saldar. Un grupo de jóvenes falangistas se apoderó violentamente de "La Calesa" y se la llevó a uno de los cuartelillos de barrio de Falange donde durante unos días los señoritos falangistas de Vigo se vengaron a placer de los desplantes revolucionarios de aquella "desvergonzada", humillándola y haciéndola víctima de cuantos atropellos y vejaciones discurrieron. Luego, la mataron.

Se dijo que el cadáver había aparecido con los senos cortados, pero esto yo no lo vi ni oí decir a nadie que con sus propios ojos lo hubiese visto. Tal vez no era verdad. ¿Quién sabe?

CRIMEN CONTRA LA PATRIA

Otro vendedor de periódicos asesinado por los falangistas fué un portugués que vivía en Corujo cuyo nombre no supe nunca, aunque le conociera bien. Era hijo de la guardesa del paso a nivel del apeadero de Canido y con estas indicaciones basta para que en Vigo pueda identificársele fácilmente.

Le detuvieron porque cuando pregonaba "El faro de Vigo" se permitía la burla de llamarle "El mentideiro", aludiendo así maliciosamente a las informaciones engañosas que las autoridades fascistas divulgaban. Este fué el crimen contra la patria que cometió aquel desgraciado.

Le oyó un falangista, le denunció y el vendedor de periódicos fue a dar con sus huesos en la cárcel, donde estuvo unos quince días, creyendo que por ser portugués a lo sumo decretarían su expulsión.

Lo que hicieron fué matarle una madrugada. Su cadáver apareció en la carretera de Cangas.

AL ARMA BLANCA

Los falangistas empezaron a lucir en el cinto unos puñales "simbólicos" para seguir miméticamente al fascismo italiano hasta en sus más mínimos detalles.

Con una diferencia. La de que en más de una ocasión aquellos puñales "simbólicos" de los italianos dejaron de ser puro símbolo en el puño de los falangistas españoles para convertirse en arma canalla de viles asesinatos. Los cadáveres de varios de los presos que se sacaron del frontón aparecieron con

heridas de arma blanca bien ostensibles. Entre los que murieron apuñalados estaban el conserje de la Casa del Pueblo llamado Villoldo y el camarero socialista Bermejo, aquel desgraciado que yo mismo vi sacar de la cárcel por los guardias de asalto. De otros, cuyos nombres he de ocultar aún, se conservan varias de las prendas que llevaban al ser asesinados desgarradas por los puñales de los falangistas.

El sepulturero que dió tierra con sus manos a estos cadáveres sería el único que podría decir - si le dejasen - el estado en que estaban muchos de ellos. Pero es un hombre prudente que además de ser sordo hace como que no ve ni entiende, porque en ello le va el pellejo. Este hombre ha visto, sin embargo, con sus propios ojos las espantosas mutilaciones que presentaban algunos cadáveres. Si estuviese libre, si no tuviese miedo, ¿negaría, por ejemplo, que el cadáver de un hermano de Araujo, que él recogió a la entrada del cementerio, tenía la lengua y los testículos cortados metidos en los bolsillos de la chaqueta?

EL CALVARIO DEL MEDICO DE REDONDELA

Uno de los casos más espantosos de crueldad fué el del médico de Redondela, don Telmo Bernárdez, condenado a muerte por un Consejo de Guerra y fusilado. La condena y la ejecución misma fueron lo menos cruel de este horrendo episodio.

Encarcelado a poco de haber estallado la rebelión se hallaba pendiente de proceso en la cárcel de Vigo cuando una noche, el 3 de septiembre exactamente, le sacaron de su celda varios guardias de asalto, diciéndole que iban a matarle "para abreviar". El doctor Bernárdez en manos de aquellos hombres recorrió aquella noche un terrible "vía crucis". Le llevaron a varios lugares de las afueras diciéndole siempre que era para acabar con él de un pistoletazo; le llevaron incluso delante de la puerta de su propia casa y le amenazaron con matarle allí mismo. Pero no lo hicieron ¿Por qué? ¡Quién lo sabe! ¿Quién explicará nunca las reacciones psicológicas de aquellas bandas de asesinos que mataban o dejaban de matar por oscuros mandatos de sus turbios instintos criminales?

Aquellos espantosos simulacros terminaron metiéndose los guardias con su pobre víctima en varias tabernas en las que estuvieron emborrachándose antes de decidirse a volver a la cárcel y dejar otra vez en su celda al prisionero.

A pesar de aquella horrible penalidad que no figura en ningún código con la que el reo hubiese pagado no uno sino cien crímenes que hubiese cometido, pues cada uno de aquellos simulacros valía por una auténtica sentencia de pena de muerte, el doctor Bernárdez tuvo que comparecer ante un Consejo de Guerra acusado de traición - ¿traición a qué? - precisamente por los traidores al gobierno legítimo quienes les condenaron a ser pasado por las armas.

Al conocer la sentencia, la esposa del doctor Bernárdez, a la desesperada, emprendió las gestiones que pudo para obtener el indulto. Aún se cometió con aquella infeliz mujer una nueva crueldad.

Se le hizo creer que si obtenía de determinadas personalidades que firmasen la petición del indulto éste sería concedido sin duda alguna, pues era ya un valor entendido entre los militares y lo que llamaríamos las fuerzas representativas de la reacción, que si determinados personajes vigueses, esencialmente los pertenecientes a la Patronal, firmaban una petición de indulto, era porque el reo no debía ser considerado como realmente peligroso para la sociedad y se le podía indultar sin riesgo.

Aquella esposa atribulada fué llamando de puerta en puerta y personalmente fué recabando de los enemigos del reo piedad para él. A costa de humillaciones la pobre mujer llegó a reunir las firmas necesarias. Es decir, todas no; le faltaba una; una, que era la decisiva para los militares...

Y porque le faltó aquella firma, la última, la única que le quedaba por recoger, su esposo, el doctor Bernárdez, médico de Redondela, fué fusilado. Un hijo suyo de veintidós años fué condenado también y cumple condena en el presidio de Pamplona. Ella y seis o siete hijos, enfermos, desvalidos, viven como apestados en la España Nacional, esperando como una liberación a morirse de hambre y de dolor.



“El paraíso fascista” (Castelao)

LA TERRIBLE LECCION DEL FASCISMO

Bouzas es uno de los lugares de Galicia donde el terror ha sido más intenso. Se han cometido infinidad de asesinatos de los cuales han sido ejecutores materiales principalmente los falangistas de la localidad, por lo general antiguos marineros convertidos en armadores que venían enriqueciéndose a costa de tener a los trabajadores del mar sometidos a una explotación inicua. Estas gentes zafias y rudas, que para adquirir señorío envían a sus hijas a educarse cristianamente en el colegio para señoritas adineradas que tienen las monjas carmelitas, aprovecharon la sublevación militar para caer con una ferocidad sin límites sobre los trabajadores desheredados y someterlos de nuevo por el terror a la inicua explotación que pretenden seguir ejerciendo sobre ellos. A los armadores falangistas de Bouzas convertidos en verdugos, les secundaba un sargento de Carabineros que ha llegado a ser tristemente célebre en toda Galicia por la cifra de asesinatos que por su propia mano ha cometido y por las terribles palizas que hacía dar y daba él mismo a los detenidos.

Otro de los asesinos de Bouzas era un tal Erasmo, un tipo gordo y grotesco que lleva un cinturón con los colores rojo y negro de Falange y que protegido por la Guardia civil se lanzaba sañudamente al acoso de los izquierdistas escondidos. Yo le he visto actuar un día en que unas señoritas que se hallaban en la playa le denunciaron la presencia por aquellos contornos de un fugitivo. La caza al hombre por los Guardias civiles azuzados por aquel repugnante personaje fué uno de los espectáculos más odiosos que he presenciado en mi vida.

En casi todos los pueblos costeros el terror fascista ha tenido las mismas características. Los armadores enriquecidos y sus familiares se cebaban en la población marinera con el auxilio de la Guardia civil y de los Carabineros.

En la Ribera del Barbés había un falangista famoso, Julio Vieira, armador rico, hijo también de marinero, que ha cometido numerosos asesinatos. Es un tipo fuerte, mal encarado, joven, moreno, la estampa clásica del negrero o el corsario. Peores que los negreros y los corsarios han sido para los pobres pescadores gallegos estos criminales natos cuando se encontraron con la patente que Falange Española les daba para que asesinasen con completa impunidad.

Para tirarse como hienas sobre el pueblo inerte no tenían más justificación ni pretexto que la barrera a sus ambiciones que habían puesto desde el advenimiento de la República las organizaciones sindicales de los trabajadores del mar. Dicen, como excusa al terror, que la lucha de clases predicada a los obreros marineros les ha llevado a tener que matar para no ser asesinados. No es verdad. Hubo en los primeros momentos muchas ocasiones en las que los proletarios tuvieron en su poder a sus explotadores, a los que pudieron haber asesinado impunemente mucho antes de que el Ejército hubiera podido acudir en su auxilio. En Canido, en los primeros días, los marineros, amenazados por las consecuencias que indudablemente había de tener para ellos la sublevación militar, decidieron lanzarse al asalto de los numerosos chalets de los ricos armadores y de los propietarios de Vigo que hay en aquellos deliciosos parajes. Iban a la desesperada buscando armas con que combatir la rebelión. Cuando el atropello, hasta cierto punto justificado, iba a cometerse bastó la intervención

prudente de un oficial de Marina, el hoy comandante don Alejandro Molins, para que aquellas masas furiosas por la traición se mostrasen razonables y magnánimas con los odiados enemigos de clase que tenían en aquellos momentos a merced de su furia. Ni se asaltaron los chalets de los ricos, ni se les desposeyó de sus bienes, ni se les arrebató la vida a ninguno.

Los marineros de Canido, como los de Panjón, Nigrán, La Ramallosa, etc., en vez de asesinar impunemente a sus enemigos de clase que se hallaban inermes se fueron a luchar a pecho descubierto con las tropas sublevadas. Cuando fueron vencidos y la Guardia civil y el Ejército dominaron las pueblos, aquellos individuos que debían la vida y la hacienda a la nobleza de los luchadores del pueblo fueron precisamente los que con más saña y encono les persiguieron y fueron asesinandoles uno por uno. ¡ Terrible enseñanza para el pueblo la de la barbarie fascista !

JUSTICIA FASCISTA

Los cuatro gobernadores civiles de las cuatro provincias gallegas fueron fusilados como lo fueron casi todos los gobernadores de la República que cayeron en manos de los facciosos, pero el caso del de Pontevedra, don Gonzalo Acosta Pan, revela con la mayor claridad que estas ejecuciones de las autoridades republicanas fueron única y exclusivamente motivadas por el deliberado propósito que desde el primer momento tuvieron los rebeldes de implantar un régimen de terror aunque ni siquiera tuviesen la excusa de que con él respondían a la resistencia que les hubiesen hecho las autoridades legítimas. El caso del gobernador civil de Pontevedra, don Gonzalo Acosta Pan, fué sencillamente un asesinato.

Desde el primer momento de la rebelión militar la primera autoridad civil de la provincia decidió no oponer resistencia y, se mantuvo deliberadamente al margen de los acontecimientos negándose en redondo a armar al pueblo que en todo trance quería combatir a los rebeldes. Pontevedra permaneció a la expectativa de lo que sucediese en Vigo hasta última hora de la tarde del lunes. Cuando se supo que los militares se habían adueñado de Vigo, los núcleos republicanos, socialistas y comunistas de la capital acudieron al Gobierno civil pidiendo al señor Acosta Pan que les diese armas. El gobernador se negó rotundamente y entonces sobrevino una escena dramática. Un oficial de complemento llamado Jacobo Sbarski Kupper, hijo de un dentista extranjero residente en España desde hacía muchos años, iba a la cabeza de los grupos del Frente Popular que eligieron del gobernador organizase la resistencia y como el señor Acosta Pan se mostrase remiso, Sbarski empuñó una pistola y amenazándole con ella le intimó a que saliese de su pasividad. Se hallaba presente en aquel instante el secretario del partido galleguista don Alejandro Bóveda, quien se interpuso conciliadoramente y desarmó al oficial.

Mientras tanto, habían salido a la calle fuerzas del quince regimiento ligero de Artillería que tiene su cuartel en la Alameda y después de un ligero tiroteo, habido frente al Ayuntamiento y en torno al monumento a los héroes del Puente de Sampayo, los militares quedaron dueños absolutos de la capital. Esto fué todo.

Pues bien, el gobernador civil don Gonzalo Acosta Pan, el oficial de complemento don Jacobo Sbarski y el secretario del partido galleguista don Alejandro Bóveda, los tres, sin hacer distinción alguna, sin meterse a juzgar la conducta de cada uno, han sido inexorablemente fusilados.

La sentencia contra el gobernador se cumplió el 12 de septiembre. Su falta de intervención en la resistencia había sido tan evidente que cuando se apoderaron los sublevados del mando de la provincia ni siquiera pensaron en detenerle. Fué después, al llegar las órdenes superiores que decretaban el ejercicio sistemático del terror como procedimiento de gobierno, cuando se le encarceló y se le sometió a la ficción del Consejo de Guerra que le condenó a la última pena.

Al oficial Jacobo Sbarski le condenó también a muerte un Consejo de Guerra. El cargo más grave que se hizo contra él era que le habían visto disparando con una pistola contra el hidroavión del polígono de Janer que evolucionó por encima de la ciudad para cooperar al triunfo de la rebelión. Fusilaron también los militares al padre del oficial Sbarski y no satisfechos asaltaron su casa y se desvalijaron e incluso hicieron abrir la caja de seguridad que tenía en un banco y se incautaron de cuanto allí tenía.

A don Alejandro Bóveda, galleguista, que no había militado jamás en ningún partido revolucionario le mataron sencillamente porque había sido el hombre que había redactado el Estatuto Gallego. El galleguismo es un pecado mortal a los ojos de los rebeldes. Con la misma saña que a los marxistas o los republicanos han perseguido y asesinado a los galleguistas.

En los primeros momentos cayó también en Pontevedra ante el piquete de ejecución el joven atleta de la Gimnástica don Benito Rey y luego ya, para no fatigar a la justicia oficial, comenzaron los crímenes de los falangistas de los que fueron víctimas centenares de humildes y desconocidos obreros así como personas de gran relieve social en la provincia. De entre ellas la más destacada don Darío Álvarez Limeses, hombre conservador, acaudalado, muy querido y respetado de todos.

LA RESISTENCIA EN TUY

Únicamente en Tuy se pudo prolongar la resistencia a los sublevados gracias a que las fuerzas de carabineros allí concentradas permanecieron leales a la República y lucharon contra los militares decididamente.

Aquel pequeño núcleo de carabineros auxiliado por los hombres del pueblo a quienes dieron los fusiles y las municiones de que disponían, se defendió

durante una semana contra las tropas que para atacarles fueron enviadas de Pontevedra.

Tuy fué un ejemplo elocuente de lo que hubiera sido de los militares si en todas partes como allí se hubiesen entregado las armas al pueblo.

La lealtad de los carabineros a la República ha sido ejemplarísima y, siguiendo su tradición liberal, el cuerpo se ha cubierto de gloria una vez más en esta afrentosa guerra civil. Dirigidos por ellos, pudieron los republicanos de Tuy hacer frente a las tropas. En los primeros momentos creyeron incluso que les sería posible acudir a la liberación de Vigo. Una avioneta particular de Barcelona que se hallaba ocasionalmente en Galicia fué utilizada por los leales de Tuy para volar sobre Vigo arrojando proclamas en las que amenazaron a los rebeldes con bombardearles si no se rendían. ¡Vana amenaza la de aquellos heroicos y desarmados defensores de la República que no disponían en realidad ni de una sola bomba de aviación ! La avioneta fué capturada y sus animosos tripulantes inexorablemente fusilados.

Un hidro de la base naval de Marín fué destacado por los rebeldes para bombardear a las fuerzas leales, pero no con inofensivas proclamas, sino con auténticas bombas que causaron muchas bajas a los defensores de Lavadores que se habían retirado al monte de la Madroa. Este hidro evolucionó luego sobre Tuy pero, fué derribado, según se dijo, por un disparo certero hecho con su máuser por un carabinero. La hazaña parece improbable y más lógico es suponer que un accidente cualquiera lo hizo caer.

A los siete días de lucha desigual, sin municiones, sin esperanzas de refuerzos, los héroes de Tuy tuvieron que sucumbir a la presión de las tropas de Infantería mandadas desde Vigo, el quince regimiento de artillería ligera de Pontevedra y considerables fuerzas de la Guardia civil y de asalto que se lanzaron contra ellos. Los fugitivos de Tuy que lograron pasar la frontera fueron detenidos y desarmados por las autoridades portuguesas, que los entregaron acto seguido a: los rebeldes para que los fusilasen. Con ellos cayó el capitán que había asumido la dirección militar de la resistencia republicana.

De aquellos héroes no se salvó ninguno. Los rebeldes, al vencer, no supieron tener ni un solo gesto noble y generoso con sus hermanos de armas fieles a la República. Lo mismo que en Tuy fueron fusilados en Ribadeo casi todos los oficiales y sargentos de la Guardia civil que se opusieron a la rebelión.

DERECHO INTERNACIONAL

El cumplimiento de las prácticas de derecho internacional por parte de la horda fascista que se titula Estado español merece ser estudiado y conocido exactamente por los gobernantes de los países conservadores que, cerrando los ojos a la realidad, se conducen benévolamente con los que una propaganda engañosa ha querido presentar al mundo como "los defensores de la civilización occidental". Aparte la xenofobia típica de una tribu centro africana que

caracteriza a las masas "nacionalistas" españolas, existen hechos de gobierno, actos propios de la autoridad, que revelan lo que es en realidad ese Estado español; un peligro evidente para la paz de Europa y una fuente continua de incidentes de carácter internacional.

Ya he relatado cómo tuvo que marcharse de Vigo el cónsul norteamericano, igualmente abandonó su puesto, como medida de prudencia, el representante consular de la Gran Bretaña a quienes los falangistas quisieron infligirle el agravio de un registro y cacheo cuando regresaba de Portugal. La energía y entereza personal del representante británico evitó el atropello, pero previendo que el atentado pudiera reproducirse, el cónsul tuvo que marcharse en un destroyer de su país que estaba anclado en la bahía. En calidad de agente consular británico quedó únicamente un funcionario del Anglo South American Bank.

Así tuvieron que eludir los atropellos de los falangistas las naciones que no quisieron dejar a sus representantes autorizados a merced del régimen arbitrario impuesto por los sublevados en Galicia.

Para los representantes consulares de nacionalidad española no había ninguna garantía. El cónsul del Paraguay, don Avelino Rodríguez Elías, cronista prestigioso, fué encarcelado y varias veces estuvo amenazado de muerte antes de que, merced a las gestiones diplomáticas que se hicieron para salvarle la vida, pudiera embarcar con rumbo a América.

Los representantes consulares de las repúblicas hispanoamericanas que ven con simpatía la rebelión, por otra parte, han extremado su celo en el servicio de la causa rebelde permitiendo a los fascistas, sin reclamación ni protesta, cuantos atropellos han querido cometer con los súbditos de sus países que eran españoles de origen. En el ejército de Franco hay actualmente mil quinientos súbditos argentinos que están luchando frente al gobierno legítimo de España en contra de su voluntad y con desprecio evidente de todas las leyes y reglamentos internacionales, sencillamente porque el representante consular argentino, también español de origen, se ha puesto incondicionalmente al servicio de Franco abusando de la confianza que en él tiene depositada su Gobierno.

Este cónsul de la República Argentina en Vigo, don Oscar Gómez, es hijo de un español, Casimiro Gómez, que fué procesado por estafa y condenado por los tribunales de Buenos Aires. Puesto incondicionalmente al servicio de los falangistas, el cónsul de la República Argentina ha obtenido el nombramiento de vice-cónsul en Betanzos de un falangista notorio, Daniel González Garra. Ligado por estrechas relaciones de amistad con los falangistas más caracterizados por su participación en los asesinatos, el cónsul de la República Argentina ha facilitado documentación de ciudadanos argentinos a muchos de ellos que no han tenido jamás ninguna relación con aquel país; entre los que se hallan en tales condiciones conozco a Guillermo Oya y Alfonso González Garra.

Ha consentido el consulado argentino que en cierta ocasión, como ya he señalado, estuvieran encarcelados en el frontón ochocientos súbditos suyos. Afortunadamente no todos los representantes de las repúblicas hispanoamericanas siguen la conducta del renegado español que representa en Vigo a la Argentina y hay, algunos de ellos que tienen a orgullo el haber conseguido que no haya ni uno sólo de sus nacionales sometidos a la tiranía fascista.

A los argentinos hijos de padres españoles, la Guardia civil cuando les detiene les rompe los pasaportes que les protegen y como el cónsul se niega sistemáticamente a darles los certificados de nacionalidad a que tienen derecho, les deja a merced de los falangistas. Cuando éstos y los Guardias civiles han intentado cometer análogos atropellos con uruguayos, mejicanos, cubanos, etc., la gestión de sus representantes consulares ha conseguido impedirlo.

Las reglas de derecho internacional no sirven sino para que los asesinos falangistas puedan alejarse impunemente de España cuando se sienten ahitos de sangre y para que los que aun siguen ejerciendo el terror tengan cubierta la retirada cuando les llegue la hora de la expiación. Alegando su condición de portorriqueño ha podido embarcar para los Estados Unidos cuando le llegó la hora de tener que incorporarse a filas e ir al frente, el jefe de los asesinos falangistas de Sada, Bergondo, Oleiro, Camira y Abegondo, un licenciado en medicina de Santiago llamado Manuel Bao, que se vanagloriaba de haber dado muerte por su mano a ciento cincuenta y siete izquierdistas, entre los que se hallaban los directivos de los sindicatos obreros de Mondego, Cambre, Oleiros y Carnuelo, el secretario del frente popular de Sada, el galleguista Juan Suárez Picayo y el militante comunista de Meiras Juan Carballeira. Que positivamente se sepa.



“No entierran cadáveres, entierran simientes” (Castellaó)

COMO SE VIVE BAJO LA TIRANIA

El régimen a que está sometida la población bajo la tiranía fascista es incompatible con el menor resto no ya de dignidad ciudadana sino de decoro personal. La sumisión que los nuevos amos exigen han de ser ciega, absoluta. No basta -con bajar la cabeza ante sus leyes, ordenanzas y reglamentos por duros e injustos que sean sino que hay que doblar la cerviz ante los caprichos y veleidades del último de los falangistas. Los incidentes personajes provocados por éstos son frecuentísimos pero de ordinario no tienen ya ninguna consecuencia porque los atropellados se guardan bien de protestar o revolverse y soportan con aparente mansedumbre las mayores vejaciones. Hace pocas semanas, Guillermo Canella, aquel falangista que se ofreció voluntariamente para mandar uno de los primeros piquetes de ejecución, iba por la calle con su novia y molestó con las espuelas a un transeúnte; éste tuvo la ingenuidad de quejarse y protestar; el falangista acompañó a su novia, volvió y le agredió bestialmente seguro de su impunidad. ¿Quién se atreve a revolverse contra un falangista? Este tipo de incidentes es constante y como decimos queda siempre reducido a estas minúsculas proporciones por una razón obvia; la de que por el terror los falangistas han conseguido abolir la dignidad humana.

Con las mujeres caracterizadas de antifascistas o simplemente madres, hijas o esposas de hombres izquierdas, se han cometido vejaciones inauditas. El cortarles el cabello a trasquilones, como se hace en toda la España nacionalista, ha sido un castigo que han impuesto en Galicia a millares de mujeres. Pero, además, les prohibían, so penas de graves daños, taparse la cabeza para disimular la afrenta de que habían sido víctimas. Por burla e irrisión les ponían en la cabeza pelada un lacito con los colores de la bandera de la monarquía y en la frente les pintaban con tinta como inri las letras U. H. P. obligándolas a pasear así por toda la ciudad para diversión de los señoritos.

Es obligatorio llevar en la solapa la banderita monárquica y la insignia de la Falange Española. El solo hecho de mostrarse reacio a esta exigencia o de intentar eludirla basta para ser apaleado en medio de la calle y en pleno día.

Cuando se va por la calle charlando con un amigo surgen de improviso los falangistas que acechaban ocultos en un portal o al revolver de una esquina y separando a los dos amigos les preguntan a cada uno por un lado de que era de lo que venían hablando concretamente en aquel instante. ¡ pobres de ellos si sus respuestas no coinciden ! El caso es tan frecuente que ya antes de aventurarse a ir charlando por las calles los interlocutores se ponen previamente de acuerdo sobre lo que han de contestar si de improviso surgen los falangistas preguntándoles por separado el tema de su conversación.

Las muestras de acatamiento al régimen han de repetirse a cada paso. En Vigo han un tipo grotesco, Antonito Mediero, que tiene una escuela. de niños en la calle de Tomás Alonso. El es falangista y su mujer carlista, con lo que en este matrimonio ejemplar se ve realizado el ideal de fusión de las "Falanges-Tradicionistas de las J. O. N. S." que alimenta el caudillo Franco. Por un

quítame allá esas pajas, porque los chicos salen de la escuela, o porque entran, por la cosa más nimia, el pintoresco dómine iza solemnemente y con redoble de tambores una bandera monárquica que tiene en la puerta de la escuela, forma a los chicos en medio de la calle y obliga a todos los transeúntes a que se detengan, se cuadren militarmente y permanezcan haciendo el saludo fascista mientras preside la ridícula ceremonia digna de un esperpento de Valle-Inclán con su panza grotesca bamboleándose bajo el uniforme de falangista. Escenas como ésta se repiten a cada hora y a cada paso.

No hay momento en el que el ciudadano pueda verse libre de las coacciones de esos centenares de cretinos que así creen cooperar al sostenimiento del régimen. El agobio es constante. El nuevo Estado no sólo es dueño y señor de la vida pública de sus súbditos sino también de su vida privada. Hasta en las alcobas penetran olisqueando furtivamente las narices de los falangistas.

Las mujeres, por el arcaduz de los curas y el confesionario, viven sometidas a un estrecho control del nuevo Estado que vigila celosamente sus inclinaciones sentimentales e incluso sus gustos y caprichos indumentarios. Las modas se imponen por el Estado mismo, porque ¡cuidados hay modas antipatrióticas y modas "judaico-masónicas" !. Los periódicos fascistas están llenos de advertencias y amenazas contra la adopción de estas modas subversivas. Moda "judaico-masónica"., por ejemplo, es la de las medias de seda transparentes y así la califica taxativamente el señor obispo de Tuy. El que las mujeres vayan sencillamente sin medias es ya un delito tan grave que no puede ser más que marxismo puro. La mujer que se atreviese a hacer tal cosa ya sabe que daría con sus huesos en la cárcel por revolucionaria.

Las disposiciones sobre los trajes de baño en las playas son draconianas. En cada playa la guardia civil con sus máusers y los falangistas con sus pistolas velan celosamente por la honestidad de las costumbres en el nuevo Estado. A veces, las olas devuelven a la playa el cadáver de un infeliz asesinado durante la noche por esos mismos celosos defensores del orden y de la civilización occidental amenazada, pero el hecho, por frecuente, no escandaliza más de lo que escandalizaría la aparición de una bañista sin albornoz.

Las señoritas de la buena sociedad viguesa se han agrupado bajo las banderas del carlismo y son casi todas ellas "margaritas" no porque tengan la más mínima preocupación legitimista sino porque es más "chic". Los falangistas han organizado también secciones femeninas de Falange, pero admiten gente poco distinguida. Últimamente en una de estas secciones femeninas hubo incluso un pequeño escándalo de carácter local porque se cometió un desfalco. Entre los falangistas hay mucha gente "impresentable" lo mismo en hombres que en mujeres, según dicen las familias distinguidas de Vigo.

Muchas de estas señoritas hacen de enfermeras en los hospitales militares pero se han dado ya varios casos de inmoralidad y las mamás desconfiadas tanto de la honestidad de sus retoños como de la corrección de los salvadores de España, han formado un pintoresco cuerpo de "señoras de compañía" encargadas de hacer guardias en los hospitales, por la sencilla razón de que "no se puede dejar a las chicas solas".

Esta vigilancia no ha sido obstáculo para que una belleza local, Emilita Docet, que fué elegida "Miss España" hace dos o tres años, fuese víctima de un asalto violento cuando estaba haciendo guardia como enfermera en el hospital

militar de El Rebullón, asalto del que, si bien salió intacta su honestidad, no escapó sin unos terribles arañazos y unas contusiones que fueron el escándalo de toda la ciudad.

La moralidad de las costumbres es exteriormente absoluta. Esta hipocresía llevada a extremos inverosímiles no es obstáculo para que los más bajos apetitos anden desenfrenados a favor de la impunidad ambiente. Los cuartelillos de Falange se convierten durante la noche en verdaderos lupanares. Las proposiciones indecorosas y los chantajes a las mujeres tachadas de izquierdistas o que tiene algún miembro de su familia encarcelado, están a la orden del día. Las guardias durante la madrugada en los cuartelillos de la Falange sirven de pretexto para las juergas de los Señoritos. En el cuartelillo del Hospital de Bella Vista había un bravo burgués para quien la salvación de la Patria, de la Religión y del Hogar - todo con mayúscula - que le obligaba a pasar las noches fuera de casa, se convirtió en una aventurilla sentimental con una bella simpatizante del falangismo que iba a hacerle compañía en las guardias y por cuyas gracias aquel tipo abandonó a su mujer y a sus hijos. ¿Quién se acuerda de los deberes conyugales cuando se está consagrado al deber fundamental y grandioso de crear una Patria Imperial?

Esto no es, naturalmente, lo que se predica a los falangistas desde los púlpitos. Pero sí lo que se les ofrece como ejemplo. Personaje importantísimo del falangismo en Vigo es un cura muy conocido, monseñor Emilio Álvarez, alias "El Reisiño", jefe de Falange de los que deciden sobre la vida y la muerte de los ciudadanos vigueses. Este sacerdote, que vive amancebado con una muchacha guapa cuyo marido tuvo que emigrar a América, es un tipo pequeño, enjuto, de rápidos movimientos y de una crueldad feroz. Hombre sin ningún escrúpulo moral y entregado a todos los vicios y aberraciones, preside una agrupación de muchachos titulada Martín Codax en la que ha formado un cuadro de declamación que sirve únicamente de pretexto para sus manejos en pro del fascismo y de sus preferencias personales.

No quiero decir con esto que los tipos como "El Reisiño" sean el exponente de la moralidad imperante en Galicia pero sí que el régimen salvador de España no siente ninguna repugnancia ni incompatibilidad con tales personajes sino que antes bien los encumbra y defiende cubriéndolos con su manto protector de todas las impunidades. En cambio, los sacerdotes virtuosos como las gentes honestas no tienen nada que esperar del régimen. En el lazareto de San Simón está encarcelado un fraile capuchino que cumple condena de un tribunal militar porque en cierta ocasión confesando a una dama falangista se mostró horrorizado de los crímenes cometidos por Falange y tuvo para ellos duras palabras de reprobación. La dama en cuestión, ferviente partidaria de Franco, delató al fraile que fué inmediatamente detenido y juzgado. Aunque la condena del Consejo de Guerra ha sido dura, el reo se ha impuesto a sí mismo la penitencia de estar a pan y agua todo el tiempo que deba permanecer en prisión.

Salvo rarísimas excepciones, la Iglesia es responsable de haber atizado el odio de clase con una saña feroz. Las predicaciones de los sacerdotes han servido para que las masas católicas olviden los fundamentos esenciales de la doctrina cristiana y se lancen como una horda al exterminio de sus adversario políticos.

No olvidaré jamás un episodio que presencié en Redondela y que revela a una luz siniestra la participación que la Iglesia ha tornado en las matanzas

hechas por los falangistas. Celebrábase aquel día una procesión religiosa a la que habían acudido todas las beatas de Redondela. De vuelta de la procesión con sus cirios en las manos y arrebuajadas en sus velos y mantos, aquellas mujeres católicas fueron en manifestación a la cárcel donde se hallaban los detenidos políticos y a la puerta del edificio prorrumpieron en amenazas e injurias contra los presos. Varias de ellas hablaron pidiendo castigos terribles para los réprobos "¡ A muerte ! ¡ A muerte ! " gritaban frenéticas. Aquel corro de furias blandiendo sus cirios amenazadoramente y chillando junto a las rejas de las celdas, era un espantoso aquelarre. Era un cuadro digno de una aguafuerte de Goya que revelaba hasta qué extremos de crueldad puede llegar el fanatismo religioso en España.

El galleguismo ha sido perseguido como un crimen abominable. Los más caracterizados galleguistas, los hombres que con más fervor han trabajado por el engrandecimiento de Galicia, han sido fusilados o asesinados a docenas. Las detenciones se hacían con los pretextos más fútiles y aun sin ningún pretexto. El figurar en una lista de afiliados a una sociedad local sin pretextos más fútiles y aun sin ningún pretexto. El figurar en una lista de afiliados a una sociedad local simpatizante con el movimiento galleguista bastaba. Se llegó al extremo de buscar en las colecciones de los periódicos las listas de asistentes a los actos galleguistas y las fotografías de estos actos para perseguir a los que en ellas aparecían.

Por haber aparecido en la fotografía que se hizo al final de un banquete galleguista celebrado antes de la rebelión fueron detenidos los fabricantes de conservas Josefino y Bautista López Valeira, quienes por ser hombres caracterizadamente derechistas pudieron escapar sin más pena que unos días de prisión y una crecida multa.

Pero donde ha quedado bien patente la capacidad de atropello y arbitrariedad del régimen es en el aspecto económico. La codicia de los tiranos no reconoce límites ni fronteras. La extorsión del dinero de los ciudadanos por el sistema de las multas gubernativas se practica ya con un perfeccionamiento maravilloso. Ya he anotado algunos casos trágicos que se registraron en Vigo. Lo ordinario, lo cotidiano, es que la víctima se resigne, pague y vaya a meterse en un rincón a llorar la miseria en que los nuevos amos le dejan.

No sabiendo de donde sacar dinero hubo un momento en que las autoridades militares decretaron que se les entregase a ellas el importe de todas las deudas que los ciudadanos de la España nacionalista tuvieran con los de la España Republicana, fuesen de la índole que fuesen los compromisos adquiridos. Durante algún tiempo el titulado Estado español estuvo cometiendo este verdadero robo a sus súbditos y a los de la República. Después, fué derogada la disposición. Pero ya se habían quedado con unos cuantos millones de particulares entre las uñas.

Clausuraron todas las sociedades agrarias de Galicia, que eran muchas y no pocas con fondos considerables, de los que naturalmente se incautaron. Había entre estas sociedades agrarias algunas formadas en pequeñísimas aldeas y que por lo tanto disponían de un capital harto escaso. Por lo general eran agrupaciones colectivistas que distribuían entre sus miembros las semillas, los aperos de labranza y los pocos fondos que con sus cuotas iban reuniendo. La guardia civil fué clausurándolas, aldea por aldea, y apoderándose del dinero que tenían. Se daba el caso de que algunas no disponían de un solo céntimo, pues

todo el capital estaba invertido en créditos concedidos a los miembros para que pudiesen hacer la labranza. Así ocurrió en Corujo donde la Guardia civil al hacerse cargo de los bienes de la sociedad dijo que no quería créditos, sino dinero contante y sonante y ya que las seiscientas pesetas que por todo capital tenía la sociedad estaban invertidas, que los socios aprontasen el dinero si no querían ir a la cárcel atados codo con codo. Así se recaudaba el dinero para "el glorioso ejército nacional".

Hubo que hacer una declaración jurada de todos los valores que se tuvieran tanto en papel del Estado como en divisas extranjeras. Estas declaraciones servían después para atraer sobre el declarante la fructuosa denuncia de persona desafecta al régimen y por consiguiente la multa inevitable. Hubo un pobre anciano que vivía en la calle del Progreso, número 14, quien al verse así despojado y en la más absoluta miseria, sintió tal desesperación que se metió en una barquilla, bogó más adentro y se suicidó tirándose por la borda con una piedra atada al cuello. No recuerdo su nombre, pero sí la casa en que vivía.

De todas las rentas que se perciben del Extranjero se quedan las autoridades facciosas con el veinte por ciento que descuentan en el punto de origen para poder disponer de divisas extranjeras. Con la República Argentina la operación se hace por medio de una casa de banca de aquel país que se halla en inteligencia con Franco para facilitar el expolio de que se hace víctima a los emigrados españoles. La plata acuñada ha desaparecido absolutamente, pues los "patriotas" se guardan las pesetas bajo siete estado de la tierra y los moros se están haciendo "la reconquista" exigen que se les pague su soldada en duros "fonsos" contantes y sonantes. Las dificultades de la alta de moneda son enojosísimas. A los obreros de las fábricas no se les pueden pagar nunca sus jornales exactos y los juntan en grupos y les dan una cantidad redonda en billetes para que se la repartan como puedan. En los tranvías es obligatorio llevar moneda fraccionaria aunque no la haya. Y si no se lleva y se protesta cuando le obligan a uno a apearse, detención y paliza al canto.

Las obras públicas y los trabajos de guerra se hacen por el procedimiento expeditivo de la prestación personal en vista de que la población ha huido en grandes masas del infierno fascista y no tienen quien les trabaje. El aeropuerto de Vigo se está haciendo sobre poco más o menos como los faraones hicieron las pirámides. Todos los hombres útiles que quedan allá tienen que trabajar al menos dos días al mes en las obras del aeropuerto. Ahora bien; los que tienen dinero pueden redimirse - ¿cómo no? - de esta obligación pagando las doce pesetas en que se evalúa su trabajo. Con este tráfico de los que trabajan y no cobran y de los que pagan por no trabajar se montó también una lucrativa industria a base, claro es, de estafar al pueblo y al Estado. Descubrió el fraude un sobrestante de Obras Públicas llamado León, que aunque de origen republicano es hoy ferviente falangista, por lo que no se le pudo tapar la boca y echar tierra al asunto como sistemáticamente hacen los salvadores de España cada vez que se descubre alguna de sus corruptelas.

Como no hay ninguna garantía ciudadana todos los abusos e inmoralidades son posibles. Para el izquierdista, para el hombre tildado de desafecto al régimen, no hay apelación; es un ser infrahumano al que bastante merced se le hace tolerándole que siga viviendo. Con él, todo atropello es posible, toda vejación está permitida, toda infamia es legítima. jamás, jamás, la condición

humana se ha visto tan bestialmente desdeñada. El "réprobo" no tiene derecho a comer, ni a trabajar, ni a defenderse, ni a vivir; no tiene derecho a nada. Si alguien le emplea y se digna servirse del trabajo de sus brazos o de su inteligencia puede impunemente dejar de pagarle su salario porque ¡es desafecto al régimen!

El caso es frecuentísimo. No pagan los industriales a los trabajadores que tienen tacha de republicanos y socialistas; no pagan las amas de casa a las criadas "rojas" e incluso no pagan las casas de banca a sus empleados sospechosos. ¡Y que protesten si se atreven!

Conozco el caso de un empleado del antiguo Banco Español del Río de la Plata que estuvo detenido en los primeros momentos de la rebelión, luego le pusieron en libertad y volvió a ocupar su puesto en la oficina, pero aunque hacía ya varios meses que acudía puntualmente a su trabajo, había sido suspendido de sueldo y "en represalia" no le pagaban. Protestó y no consiguió sino que le hayan encarcelado otra vez.

Muriéndose de hambre sin atreverse a salir a la calle hay en Galicia millares de hombres que no han cometido otro delito que el de haberse significado alguna vez por sus ideas republicanas, socialistas, comunistas o sencillamente liberales. Téngase en cuenta que el nuevo Estado ha destituido al ochenta por ciento de los maestros nacionales que había en Galicia. De éstos, muchos, muchísimos, han sido asesinados pero los que sobreviven ocultándose y pasando hambre y terror, no se atreven a emprender ninguna gestión para dar un nuevo curso a sus vidas ni a tentar suerte en un nuevo oficio porque saben que serían sistemáticamente rechazados y denunciados.

Para estos modernos parias, el permanecer encerrados en sus casas - muchos hace año y medio que no han pisado el umbral de su puerta - no significa más que el librarse del riesgo fortuito de la calle, el encuentro con la patrulla de falangistas o la delación del transeúnte que les reconozca. Como los registros domiciliarios son constantes están siempre expuestos a caer en las garras de sus enemigos que los encarcelan invariablemente aunque no hayan hecho nada punible, sencillamente por el delito de no haberse atrevido a salir a la calle. Cuando se oculta, razonan, es que algo debe.

Los pretextos para los registros domiciliarios existen siempre; lo más frecuente son las delaciones, que tienen origen en las inquinas de vecindad, las radios, los libros subversivos, etc., etc.

Casa por casa las patrullas de falangistas van registrando las bibliotecas particulares y expurgándolas de todos aquellos volúmenes que les parecen perniciosos. Los encargados de esta misión son preferentemente un dómine cerrado de moliera y con espíritu de inquisidor y un tipo de malos antecedentes, antiguo contrabandista y dueño de un bar que había en el Stadium de Balaidos que por ser muy aficionado a leer libros de aventuras y novelas policíacas le auxilia en su tarea depuradora de las bibliotecas particulares. Los resultados de esta inquisición pintoresca son inefables. Baste con decir que en alguna ocasión se han llevado ejemplares de "La Casa de la Troya" y han arrancado de una historia de España las páginas relativas a la proclamación de la primera República. Por sabido se calla que las obras de Pérez Galdós, Blasco Ibáñez y demás escritores republicanos del siglo XIX son implacablemente condenadas a la hoguera.

Los aparatos receptores de radiotelefonía, iban los falangistas a requisarlos durante la noche para sorprender a los que escuchaban las estaciones gubernamentales. El pretexto de la requisa era el perseguir estas audiciones de las emisiones republicanas. En los primeros momentos este fué un crimen que se pagaba con la vida. En Chapela descubrieron los falangistas y los guardias a un grupo de siete muchachos de izquierda que estaban escondidos oyendo una emisión de Madrid y les mataron en el acto. Entre ellos estaba, por cierto, un sobrino del famoso teniente de la Guardia civil apodado "El Rabioso".

Quienes, exponiéndolo todo, se atrevían a escuchar la voz alentadora de la República tenían que montar y desmontar los aparatos receptores cada vez que los utilizaban. Cuando los falangistas llamaban a las puertas de las casas los radioescuchas quitaban las piezas fundamentales del aparato y las escondían. En algunas ocasiones el hallazgo de las lámparas calientes todavía fué el hecho acusador contra aquellos infelices.

Luego, ya friamente, las requisas de los aparatos de radio se hacían como sistemático despojo de la propiedad de unos en beneficio de otros. En Vigo cada cual sabe quien es el afortunado falangista que con la complicidad del nuevo Estado disfruta del aparato de radio que había comprado con su dinero. Conozco el caso del sobrino de un oficial del Ejército que se presentó en casa del fotógrafo San José para incautarse del aparato de radio "de parte de su tío".

En la vida cotidiana de vecindad el sistema de expoliación practicado en gran escala por el Estado. lleva a estos grotescos e inverosímiles extremos.

En las calles, aparte las rnojigangas de los cretinos que extreman sus zalernas a los vencedores la vida conserva una apariencia normal que puede inducir al observador superficial al error de creer que se halla en un país normal y civilizado. El horror de la tiranía tiene que esconderse de los ojos escrutadores de la policía política del nuevo Estado. ¿Cómo no va a ser invisible para la mirada distraída del extranjero que después de ver cómo los tranvías circulan normalmente y las tiendas están abiertas y la gente discurre por las aceras, cree firmemente que no hay tal tiranía ni tal régimen de terror y que la vida es soportable bajo el régimen impuesto por los militares triunfantes?

La única expoliación que advierte el extranjero curioso es... la única de que a él mismo se le puede hacer víctima. Se le roba su dinero. Cuando un inglés o un suizo o un norteamericano filofascistas llegan a una ciudad dominada por Francia todo le parece excelente hasta que se acerca a la ventanilla de un banco porque tiene necesidad de cambiar en moneda española los billetes de su país, entonces se entera de que sus libras, sus dólares o sus francos, no valen lo que él creía sino lo que "El Caudillo" quiere, porque para eso es "El Caudillo". He visto enfriarse súbitamente el entusiasmo de muchos extranjeros franquistas - a los que no les dolían las infamias hechas por Franco y sus huestes en la carne de España - al llegar el momento en que les tocaba el turno de ser despojados a, su vez y les decían muy seriamente en la ventanilla de un banco que sus billetes no valían más que lo que arbitrariamente Franco quiere darles por ellos, porque para eso es el "amo" de España.

El ojo superficial del viajero no descubre más que un indicio sospechoso de anormalidad; la despoblación; la ostensible falta de masas populares. A las grandes paradas y a los desfiles patrióticos acude por la fuerza una multitud impresionante que ha sido sacada de sus hogares yendo los falangistas casa por

casa para amenazar a los inquilinos con duras represalias si no acuden a manifestar públicamente su gratitud y su regocijo ante los salvadores de España. Pero en la vida cotidiana se advierte el vacío de los que fueron asesinados, de los que se pudren en las cárceles, de los que están escondidos o huidos en los montes y de los que han conseguido escapar de aquel infierno y se han refugiado en el Extranjero o en la España Republicana. En la oficina, se advierte a la primera ojeada el pupitre vacante del pobre hombre muerto, encarcelado o perseguido por el nuevo Estado; y lo mismo en el tajo y en el taller y en el sembrado. Donde no hay plazas vacantes es en los butacones de los suntuosos casinos provincianos, en los palcos de los teatros y en los comedores de los grandes hoteles.

La guerra se advierte principalmente por el atuendo marcial de los falangistas y "caballeros guardias cívicos" que no han ido jamás al frente, más que por la presencia de verdaderos soldados en las calles. Los soldados se hallan siempre prudentemente distanciados de la población civil. No se sabe ya, además, cuales son los verdaderos soldados del Ejército español y cuáles los extranjeros. Deliberadamente se vistieron los falangistas desde el primer momento con prendas del uniforme militar español; en cambio, a los soldados les pusieron en mangas de camisa o les dieron uniforme del ejército portugués. Claro es que no se podía decir que aquellos eran uniformes portugueses ni estaba permitido abordar a los soldados en las calles para saber si ellos también eran portugueses o españoles.

Los alemanes suelen vestir de paisano, pero, en cambio, los artilleros españoles van con uniformes de paño alemán color de tierra. Los alemanes cumpliendo con las consignas de Berlín y Salamanca han de pasar absolutamente inadvertidas. Pronunciar el solo nombre de alemán, es delito hasta el punto de que no se les llama jamás alemanes sino "individuos". Ya es un valor entendido; cuando se habla con ellos como cuando hay necesidad de mencionarles oficialmente o en letras de molde se dice invariablemente: "Llegaron tres individuos. . ." o bien: "Los individuos que ocupan el hotel tal..." Y ya basta para que todo el mundo comprenda.

Los muelles de Vigo durante el verano pasado han estado casi exclusivamente en poder de los "individuos". Ellos mismos hacían el desembarco de las cajas de material de guerra procedentes de Hamburgo y de los aviones desmontados que venían custodiados por el personal de las escuadrillas. Los trenes llegaban hasta el muelle mismo desde donde las cajas de material salían directamente para las bases de ese Ejército que se atreve a llamarse "nacional". Los alemanes no han cometido una sola indiscreción y se resignan a ocultarse del pueblo español como verdaderos criminales.

En cambio, los italianos han dado desde que comenzaron a venir la sensación de un ejército expedicionario que llegaba a un país conquistado. Andaban en grupos por las calles y si bien los soldados, que llevan un uniforme caqui muy semejante al español, eran difíciles de distinguir, en cambio sus oficiales se destacaban bien sobre todo por sus boinas azules y sus insignias. Para evitar que los italianos se hicieran demasiado visibles, el "Mando" adoptó una resolución curiosa y significativa. En vista de que no se podía obligar a los italianos a pasar inadvertidas, se ha resuelto vestir a los oficiales españoles del

mismo modo que van vestidos los italianos. Que es una curiosa manera de disimular una invasión extranjera.

Lo extraordinario es que los italianos, que por su tipo y sus modales pudieran confundirse fácilmente con los españoles, hacen una deliberada ostentación de su nacionalidad, mientras los alemanes, que de ninguna manera se confunden, hacen todo lo posible por permanecer disimulados. Se da el caso de que una gran parte del personal alemán habla español con bastante corrección - seguramente por haber estado 'antes al servicio de la intervención alemana en las repúblicas hispanoamericanas - mientras los italianos imponen con gesto imperial su lengua e incluso hacen que los letreros e indicaciones de sus acuartelamientos, hospitales, etc., estén en italiano. Y si esto ocurre en Galicia adonde los italianos no han tenido necesidad de ir ni ha habido nunca verdaderas concentraciones militares, ¿que será en el resto de España?

Paralelamente a esta invasión extranjera se cultiva y exalta desde las altas esferas del nuevo Estado un peligroso sentimiento de animosidad y rencor contra las naciones democráticas que no se doblegan a la petulancia fascista.

Una de las más grotescas puerilidades de la xenofobia ambiente es la de borrar todos los rótulos escritos en francés e inglés o que tengan palabras de estos idiomas e incluso alusivas a estos países. La famosa Camisería Inglesa de Vigo se ha quedado en "Camisería". Lo mismo le ha ocurrido a la Sombrerería Inglesa. Los célebres Almacenes del Louvre se han castellanizado absurdamente y se llaman ahora "Almacenes del Lubre". El Palais de Blanc es el "Palacio de blanco" y el Cine Savoy tiene ahora el estúpido título de Cine "Ya voy".

En cambio, la redacción y las oficinas de "El Pueblo Gallego", que cayeron en manos de una empresa alemana, ostentaron en alemán los rótulos de sus dependencias durante algún tiempo.

Hace algunos meses se celebró en Vigo uno de esos desfiles patrióticos que tanto prodigan los rebeldes. Lo presidía el general Millán Astray, grotesco personaje al que los ordenanzas que hacen función de periodistas en la España Nacional llaman hiperbólicamente el "manco sano", Camoens y Cervantes en una pieza. Al pasar ante él los exploradores o "boys scouts" le saludaron con el "Hip, Hip, Hurrah" habitual. Millán Astray montó en cólera. Su celo patriótico y nacionalista santamente indignado al escuchar aquellos gritos británicos, hizo que el desfile se interrumpiera y los jóvenes exploradores tuvieron que tragarse sus hurras subversivos para gritar el ¡Arriba España ! dictado por Roma y Berlín.

Esto no quita para que las radios nacionalistas comiencen sus audiciones con el "Horst Wessel" y el "Giovinezza" que, como todo el mundo sabe, son himnos castizamente españoles.

Todo esto que voy relatando es absurdo, disparatado, ridículo si se quiere. Pero es la triste realidad de la España Nacionalista tal como yo la he vivido, la imagen fiel de una tiranía estúpida que asesina a los hombres de madrugada diciéndoles que los lleva a "dar un paseo" y que luego pone guardias a la puerta de los cementerios para que encarcelen a los familiares de las víctimas que se atreven a depositar un ramo de flores rojas sobre la tumba del ser querido.

FALANGE ESPAÑOLA

Ya he dicho lo que era el falangismo en Vigo antes del 18 de julio de 1936. Vamos a ver ahora su desenvolvimiento después de la sublevación militar.

En pocos días creció como la espuma. Primero se hizo falangista todo el que tenía algo que vengar. Luego, todo el que tenía algo que temer.

Falange Española se apoderó, como ya he contado, de la Casa del Pueblo, de la que hizo su cuartel general, pero luego, poco a poco, fué estableciendo cuartelillos y retenes, por lo general en ricas y confortables mansiones, hasta tener estratégicamente ocupada toda la ciudad. Al servicio de Falange se hallan hoy la famosa finca "La Pastora", el Palacio de Castrelo y otros muchos edificios y pazos señoriales.

En estos cuartelillos es donde se organizan esas horrendas expediciones que van de madrugada a sacar de las cárceles a los presos para asesinarles en las carreteras. En Galicia - no sé en el resto de España - los falangistas han sido desde el primer momento más entusiastas del asesinato impune del "rojo" que de la lucha con él en el frente. Recuerdo que en los primeros días, hubo un momento angustioso y el mando pidió voluntarios para el frente. Presencié la escena que se desarrolló en el cuartelillo improvisado en la Escuela Nocturna de la calle del Progreso en la que cuando se informó a los falangistas y a los soldados que allí estaban alojados y se les arengó invitándoles a que diesen un paso al frente los que quisieran ir como voluntarios al frente, no se consiguió que "ni uno sólo" se ofreciera. En cambio, para los asesinatos de los presos que se sacaban de las cárceles nunca faltaron voluntarios.

Es curioso. De las juventudes de Acción Popular sí salieron en los primeros tiempos tres o cuatro expediciones de voluntarios para el frente. Ya he dicho que la J. A. P. estaba bien organizada en Vigo y que contaba en sus filas con casi toda la juventud reaccionaria de la provincia.

A pesar de esto, se vió que, mientras los de la J. A. P. iban perdiendo terreno rápidamente, los falangistas lo ganaban hasta llegar a sustituirles por completo. Vigo quedó en manos de los falangistas aunque los de la J. A. P. siguieran teniendo sus milicias y sus cuartelillos. Esta dominación no se implantó sin penosos forcejeos entre unos y otros. Hubo un momento en el que los falangistas se lanzaron al asalto del cuartelillo que la J. A. P. tenía en Bouzas y los pajistas debieron su salvación a que la Guardia civil acudió oportunamente en su socorro.

El primer jefe de Falange Española en Vigo fué un fabricante de conservas llamado Juan Cerqueira, hombre de gran fortuna personal previsoramente puesta a cubierto de todas las contingencias puesto que antes de que se produjese el movimiento militar se supo que Cerqueira estuvo complicado en las operaciones fraudulentas que se descubrieron para la exportación clandestina de capitales. Con su dinerito puesto a buen recaudo en dólares y libras esterlinas se dedicó de lleno a la tarea de ayudar a los militares en su empeño, y sus desvelos fueron premiados por el general Franco que hizo de él su consejero o ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Lo que seguramente no ha podido hacer

Franco es que Cerqueira lleve a España el dinero que exportó clandestinamente. Patriotas, sí; pero sólo hasta cierto punto.

Para sustituir a Cerqueira en la jefatura de aquellas cuadrillas de asesinos que son los falangistas de Vigo, se nombró a Juan Yáñez, hijo del fabricante Paulino Yáñez, también riquísimo. Todos los jefes falangistas de Galicia son gente adinerada. Los militares sublevados otorgaban invariablemente los puestos de confianza a personas solventes. Entre otras razones porque la solvencia de estas personas era la que a los militares españoles les había llevado a traicionar a la República y a alzarse contra el pueblo. No conviene olvidar, para saber en definitiva quienes son los amos verdaderos de España, que la primera paga que cobraron los militares después de sublevarse contra el Estado que hasta entonces les había pagado, la debieron a la generosidad de un gran fabricante de conservas, don Pedro J. Portanet, que pagó de su bolsillo el primero de agosto a toda la oficialidad de la provincia de Pontevedra.

Cuando escasearon los ricos fabricantes un poco asustados de los crímenes que los falangistas cometían, se recurrió para la jefatura de Falange Española a los simples señoritos de Vigo. Fue promovido jefe un degenerado alcohólico llamado Jorge Mondina.

A éste le sustituyó Emilio Torrado, que fué destituido a fines de septiembre último por una turbia desavenencia que tuvo con el comandante militar de la plaza, el famoso don Felipe Sánchez.

Finalmente se ha encargado de la jefatura de las Falanges Tradicionalistas de las juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, que así se llaman ahora, un propietario de Vigo llamado Mariano Carrero que había militado antes en partidos políticos de izquierda. El jefe provincial es un individuo de El Ferrol apellidado Suevos.

Aunque Falange Española ha llegado a tener en la provincia de Pontevedra millares de afiliados y favorecida por los militares rebeldes y por el terror que sus procedimientos inspiraban ha conseguido ejercer un poder omnímodo, hay que hacer notar que las gentes típicamente conservadoras, el fondo auténticamente burgués y reaccionario de Galicia, ha procurado cautamente quedarse un poco al margen de la actuación de los falangistas. Estos han advertido el punto de insolidaridad con ellos que algunos elementos reaccionarios han querido marcar y han hecho desesperados esfuerzos para atraerse a ese sector de opinión que, instigándoles y complaciéndose en sus crímenes, no ha querido, sin embargo, cargar con la responsabilidad y la infamia que llevan apartadas. Validos de la confianza que en Falange pusieron los militares han llegado los falangistas a coaccionar a los elementos de derecha, cualquiera era que fuese su significación, para que ingresasen en el falangismo. Se dió el caso de que los jefes de Suevos y Torrado fueron en cierta ocasión al despacho oficial de un hombre de derechas al que se había conferido un importante cargo para constreñirle a que ingresase en Falange. La escena fué edificante. Los falangistas, que iban acompañados de una chica guapa, Lila Ozores, intentaron seducir e incluso amenazaron al funcionario en cuestión refractario al falangismo. Estas audacias de Falange produjeron un movimiento de contracción en las gentes reaccionarias. Torrado fué destituido y encarcelado. Pero los lobos, entre sí, no se muerden. Intercedió por él, cerca de los militares, un personaje influyente, un alemán naturalizado español Gustavo Krukenberg casado con una parienta del fallecido general Sanjurjo y

representante en España de grandes empresas hamburguesas quien desde hace muchos años actúa en la política gallega e incluso fué presidente del Tiro Nacional en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera.

No debe olvidarse nunca para comprender bien estos incidentes, que en la España Nacionalista el falangismo es efectivamente el instrumento de la tiranía pero así como los falangistas son omnipotentes frente a las masas inermes de población civil, ante los militares sublevados y los capitalistas que les financian, son unos viles asistentes, unos asesinos pagados, a los que en cualquier momento se desposee de toda autoridad. Esta es acaso la única diferencia sensible que existe entre el falangista español y el fascista italiano o el "nazi" alemán.

Como herramienta para la práctica del terror el falangismo ha sido perfecto. La extirpación del adversario político la han hecho los falangistas de una manera mecánica, verdaderamente automática, como verdugos- dóciles y disciplinados a los que jamás asalta la inquietud de una duda o de un remordimiento y que aceptan ciegamente los inescrutables designios de la superioridad. Máquina del terror más idónea no pudo soñarla jamás ninguna tiranía.

La supresión de republicanos, socialistas y comunistas, ha sido absoluta. De los concejales del Ayuntamiento de Vigo no quedan con vida más que tres o cuatro. De los directivos de la Casa del Pueblo y de los sindicatos no se ha librado de la muerte ninguno de los que cayeron en sus garras. Del club deportivo obrero de Lavadores no se salvó nadie. De simples afiliados o militantes asesinados ya he ido refiriendo uno por uno los casos de que tuve noticia.

Los falangistas perseguían no sólo a los hombres caracterizados por sus ideas izquierdistas sino a los miembros de sus familias y aun a los que con ellos tenían relaciones de amistad. La hija del alcalde, señor Martínez Garrido, al que fusilaron, estuvo en la cárcel acusada de haber estado disparando una ametralladora que jamás existió más que en la imaginación de los falangistas.

Estos organizaban en sus cuartelillos las llamadas "expediciones punitivas" a base de las delaciones que obtenían por el terror. Una vez se presentaron en Teis, en una barriada de Casas Baratas, con el pretexto de que allí había izquierdistas escondidos. No los había. Pero los falangistas destrozaron el humilde menaje de dos o tres viviendas, hicieron con él una hoguera y asesinaron allí mismo a una infeliz mujer. En Lavadores incendiaron también varias casas. A lo sumo, después de haber efectuado una de aquellas "razzias" destrozando cuanto encontraban al paso, se excusaban diciendo que les habían denunciado que allí estaban ocultas personas desafectas al régimen.

Falange Española ha sido preferentemente un instrumento insuperable para la ejecución de venganzas personales. Si los militares sublevados y los capitalistas que han utilizado políticamente los instintos criminales de los falangistas quieren hoy establecer una diferencia con ellos, es sencillamente a causa de que los falangistas han asesinado no sólo al adversario político sino al enemigo personal, al odiado rival en los negocios, los amores, el juego o el trabajo. El falangista asesinaba de preferencia, no al tipo que consideraba un peligro para la sociedad amenazada por la revolución, sino a quien era un obstáculo para sus ambiciones personales. En Galicia se ha matado así casi siempre; por rencor personal, por odio directo de individuo a individuo. El que se ponía el uniforme de Falange era para acabar con su rival de toda la vida. El

tendero que no tenía parroquianos mataba al que los tenía; el oficinista sin empleo al que lo ocupaba; el fracasado de las oposiciones al que había sacado plaza en ellas; el médico sin clientela al que la tenía; el abogado sin pleitos al que los ganaba, el señorito arruinado al industrial que medraba...

Esta es la razón última de la revolución fascista. La rebelión de los peores, de los más ineptos, de los que personalmente han fracasado en la vida y no quieren resignarse. Si esta explosión criminal de los malos instintos, de las ambiciones legítimas y de los apetitos desenfrenados puede tener un sentido revolucionario, ese es el sentido de la revolución fascista.

Ha habido casos inauditos que revelan con claridad diáfana la razón última del movimiento falangista. En Pontevedra asesinaron a don Diego Álvarez Limeses sólo porque era rico y gozaba de una gran popularidad. En León cayó también don Pedro Azuaga, abogado famoso y rico, sólo porque en una ocasión se resistió a saludar a la romana, alegando que ni antes había levantado el puño ni ahora alzaría la mano. Su cadáver apareció al otro día de este incidente tirado en la puerta de su propia casa.

El médico que ingresaba en Falange era para deshacerse del colega que por su talento y su trabajo disfrutaba de la mejor clientela, al que por el hecho de ser falangista podía hundir socialmente, y si era necesario, asesinar con absoluta impunidad. Ya he referido concretamente varios casos. El señorito arruinado no quería seguir manteniendo un tren de vida insostenible para su bolsa, se hacía falangista para perseguir y suprimir, si llegaba el caso, a sus acreedores. Para él, los enemigos de la sociedad que primero había que suprimir eran los sastres, los vendedores de automóviles, los acreedores todos. Se encarcelaba o mataba, sobre todo al acreedor. Preso en el lazareto de San Simón está un industrial catalán que había ido a Vigo a perseguir judicialmente a un representante suyo que le había estafado. El representante estafador al surgir la rebelión se apresuró a hacerse falangista y el estafado fué a purgar en una celda su desafección al régimen. Y así millares de casos que sólo se irán conociendo con el tiempo, pues las víctimas y sus familias no se atreverán jamás a denunciarlos mientras estén bajo el imperio del terror fascista.

No hay contra tales hechos ninguna apelación. En los primeros momentos hubo algunos abogados que se prestaron generosamente a defender ante los tribunales a las víctimas del fascismo. Se les desterró en el instante mismo en que se encargaron de las defensas, y ya no han vuelto a darse casos análogos. Al perseguido por el fascismo no hay en toda Galicia quien se atreva a defenderle. En cierta ocasión, don Antonio Padín, muy conocido en Vigo, se enteró de que un amigo suyo había sido preso en Villagarcía, y allí se trasladó dispuesto a defender su inocencia. Fué procesado a su vez, encarcelado, condenado a treinta años de presidio.

La actuación expeditiva de las cuadrillas de Falange evita, sin embargo, la engorrosa actuación de los tribunales que siempre deja rastro de la iniquidad. A una sentencia firme por leve y justa que sea es preferible un asesinato que no deja más rastro que el del cadáver tendido en cualquier rincón solitario. ¿Quién averiguará nunca cómo se cometió el crimen? ¿Quién podrá probar que no fueron los "bandidos rojos" quienes asesinaron?

Los falangistas mataban por todas estas razones que hemos ido enumerando. Pero mataban también por miedo. Pura y simplemente por miedo.

Cada vez que el ejército sublevado sufría una contrariedad en el frente, los falangistas, que no tenían corazón para ir a las trincheras, se cebaban como buitres en la carne de los presos políticos. El miedo y la desmoralización eran la causa inmediata de muchos asesinatos. Baste decir que los principales dirigentes de Falange Española en Vigo están todos cautamente provistos de una documentación en regla que les permite aparecer como súbditos extranjeros, para poder escapar en el momento en que sobreviniera el derrumbamiento que constantemente temen.

El heroísmo de los falangistas no ha ido más allá de enviar al frente unas docenas de señoritos insensatos que sólo han soportado la guerra durante unas semanas y luego se han vuelto a Vigo a "limpiar la retaguardia". El único episodio bizarro que se ha registrado en Galicia fué el de los falangistas tripulantes del bou 'Tiburón' que se hizo a la mar en Vigo con quince o veinte insensatos que iban a "la conquista de Santander", creyendo que cuando llegasen, la ciudad estaría ya a merced de su audacia. Apenas fué descubierta la presencia del bou "Tiburón" en aguas de Santander, cuando una simple avioneta evolucionó sobre el barco de los conquistadores fascistas y les obligó a rendirse a discreción y a poner proa al puerto, donde sin que ofrecieran resistencia, fueron hechos prisioneros. Esta estúpida aventura ha sido toda la gesta del falangismo vigués. Los prisioneros no fueron fusilados en el acto por "los bandidos rojos", como hubieran hecho sin género alguno de duda los "caballeros militares". Las autoridades gubernamentales de Santander se limitaron a mandar a los prisioneros a trabajar en las obras de fortificación de aquel frente, con lo que les dieron ocasión para que se fugasen y consiguieran llegar sanos y salvos a Galicia. Sólo dos de ellos, Acisclo y Daniel Sáenz Pérez, cayeron asesinados en el tumulto que se produjo en Santander al aproximarse el ejército italiano triunfante un año después. Sus cadáveres fueron encontrados en la playa del Sardinero y llevados triunfalmente a Vigo. ¡ Cuánta sangre inocente se ha derramado por los falangistas vigueses para vengar la muerte de estos dos aventureros que en toda guerra hubiesen sido fusilados sin contemplaciones!

Entre los falangistas ha habido seguramente algunos jóvenes audaces y con valor auténtico, pero ¿en qué proporción?

Entre las manadas de oficinistas rencorosos y delincuentes comunes que formaban en las filas de Falange Española se encontraba muy de tarde en tarde un pobre muchacho de buena fe equivocado por una propaganda infame, pero la mayoría de ellos asqueados al ver de cerca la realidad, preferían ir a morir en el frente antes que resignarse a ejercer aquella horrenda tarea de siniestros verdugos que los falangistas se habían atribuido como única misión. Ha habido algunos deportistas que con cierta bizarría ingresaron en Falange y fueron al frente en los primeros meses; entre ellos estaban Ramón Polo y Manuel Paredes, futbolistas, también el guarda meta del Celta, Lilo. Estos salieron para el frente en las primeras expediciones y estuvieron combatiendo en Mérida. Pero casi todos volvían pronto. Les habían engañado. La guerra que hace Franco a los españoles no es, precisamente, una lucha en la que el espíritu deportivo pueda tener ningún sentido.

Los verdaderos falangistas, los que representan auténticamente el espíritu de Falange, son los otros, los resentidos, los fracasados, las gentes rencorosas e ineptas que quieren vengarse de su ineptitud asesinando impunemente a los

mejores, a los que están mejor situados que ellos, a los que les cierran el camino. Falange es esa manada de semi analfabetos que asalta los cargos públicos para ejercer la tiranía, para satisfacer sus malos instintos, sus caprichos y sus veleidades de gente inculta. Falange es ese director de "El Pueblo Gallego", que queriendo elogiar a Mussolini le llama el "gran candottiero", y ese patriota que defiende la bandera bicolor porque con ella, como enseña gloriosa fué Cristóbal Colón al descubrimiento y conquista de América.

Eso es Falange. La rebelión de los peores.



“Evadidos” (Castelao)

GALICIA INDÓMITA

Para los que desconocen Galicia es difícil comprender lo que allí ha sucedido y lo que está sucediendo. No se explica cómo habiendo sido Galicia una región en la que realmente no hubo una fuerte resistencia armada a la sublevación militar, el terror que allí ejerce el fascismo ha sido el más espantable que se ha padecido en toda España. Como no se explica tampoco que el pueblo gallego, que no acertó a sacudirse el yugo cuando aún estaban intactas las organizaciones de lucha de los sindicatos y los partidos proletarios haya conseguido luego mantener viva la repulsión contra el régimen fascista a lo largo

de una terrible etapa de año y medio de represión en la que diariamente han sido asesinadas docenas de personas.

Porque la verdad es esta: en Galicia, a pesar de todo, aunque parezca inaudito, todavía se lucha, todavía hay zonas insumisas a la tiranía. Toda la desfachatez del fascismo, todo el aplomo con que mienten las autoridades rebeldes, no bastarán para desvirtuar este hecho indiscutible que cuantos viven en Galicia conocen. En las montañas gallegas hay en la actualidad millares de ciudadanos armados que mantienen desde hace dieciocho meses una lucha titánica con los rebeldes. Esta lucha, claro es, no tiene las características de la guerra, es, naturalmente, la guerrilla, la banda de fugitivos armados que, batiéndose siempre en retirada, hostiliza constantemente a las fuerzas que se envían en su persecución, obligándolas a desistir de su empeño.

Estas bandas viven en los montes fronterizos de Portugal, y cuando se ven acosadas, se internan en territorio portugués, donde ponen en jaque a los "guardiñas" hasta que éstos organizan una operación de policía considerable para poder batirles. Entonces, los fugitivos pasan otra vez la frontera y se adentran de nuevo en territorio español para seguir luchando. Durante el verano último, estos bravos guerrilleros han podido subsistir viviendo en las cimas de las montañas gracias a su resistencia física, a su coraje y á la solidaridad que con ellos sienten las poblaciones, tanto portuguesas como españolas. Pero al entrar ahora de nuevo el invierno, la vida se les hará imposible y tendrán que sucumbir o decidirse a bajar al llano como manadas de lobos hambrientos ¡para morir matando! ¡ Esto es lo que ha hecho de España y de los más bravos, nobles y fuertes de sus hijos ese traidor, vendido al extranjero que se titula salvador de España !

Ya en varias ocasiones las bandas de fugitivos han bajado a las poblaciones del llano en son de guerra. Hasta las puertas de Vigo llegaron una vez, y a viva fuerza consiguieron apoderarse en el hospital militar de El Rebullón de las medicinas que necesitaban para curar a los camaradas que en el monte mueren de hambre, de frío, de extenuación y de tuberculosis.

Una vez en San Juan del Monte, los fugitivos dieron un golpe de mano audaz. Disfrazados de falangistas llegaron en patrulla hasta los arrabales. Al entrar en el poblado se encontraron con un centinela falangista auténtico que les saludó con el ¡ Arriba España ! de ritual. Le descerrajaron un tiro y se adentraron en el pueblo. Asaltaron una tienda de bebidas en la que se apoderaron de las mantas, las vituallas y el dinero que encontraron y se volvieron tranquilamente a sus refugios de la montaña sin que nadie se atreviese a hacerles frente.

En otra ocasión asaltaron por sorpresa el aeropuerto para lo cual tuvieron que sostener un vivo tiroteo con las fuerzas que lo custodiaban. Resultaron muertos en la refriega un cabo y un soldado. Pero acudieron refuerzos de los rebeldes y los leales tuvieron que replegarse a sus madrigueras del monte.

Recientemente un grupo bajó sigilosamente durante la noche y dió muerte a un confidente de los falangistas que había denunciado los lugares donde los fugitivos solían esconderse y las personas que se atrevían a llevarles víveres.

Uno de los héroes de esta gesta popular, tan nuestra, tan española y - ¡todavía se atreven a llamarse españoles esos traidores vendidos a Roma y Berlín!- ha sido un tipo popular que ha llegado a tener el prestigio legendario de los héroes del romancero. Manuel González Fresco era para sus hombres una

especie de semidiós. Guerrillero por temperamento, capitán español nato, a la manera que lo fueron los verdaderos capitanes de España, no al modo de esos militares españoles que se resignan a ser los hombres de paja de los oficiales prusianos, y a quienes hasta los tenientes italianos desdeñan. Manuel González Fresco, con un puñado de hombres, tuvo en jaque meses y meses a las tropas rebeldes que para batirle tuvieron que movilizar incluso su artillería. Tirador excelente -había sido campeón de tiro- González Fresco hostilizaba a las fuerzas enviadas en su persecución y les causaba cuantiosas bajas siempre batiéndose en retirada por los montes de la comarca poco elevados, pero sí muy rocosos y de difícil acceso. Su prestigio llegó a ser fabuloso y cada vez se unían a su partida más voluntarios atraídos por la leyenda que de él iba haciéndose por pueblos y aldeas.

Un día, en los altos de Cufurco, cerca de Puenteareas apareció su cadáver con un tiro en la cabeza. El pueblo, que comenzaba a hacer de su figura bizarra un personaje legendario, no se resigna a aceptar la verdad de su muerte, y aunque su propia mujer vió el cadáver y lo reconoció, los aldeanos gallegos siguen creyendo que su héroe está aún vivo y anda aún por los montes tendiendo emboscadas a las tropas de los tiranos. La gesta de Galicia indómita llegará a tener algún día el prestigio místico de las grandes gestas españolas.

En las ciudades la resistencia sigue latente y aunque no tiene la grandeza salvaje que reviste en las cimas de las montañas, acusa esa heroica tenacidad del pueblo gallego, blando de humanidad, sumiso, resignado, pero con un fondo indómito de pueblo que sabe vivir siglos y siglos bajo la tiranía feudal sin entregarse a ella jamás.

Año y medio después de la sublevación militar que en cuarenta y ocho horas se apoderó de Galicia, aún siguen las ejecuciones y los asesinatos. Hace pocos meses han sido fusilados en el castillo de El Castro los concejales José Caldes Iglesias y Antonio Carballo y los particulares José Manuel Cal Paredes y Alfonso Santos Cavaleiro. ¿ Por qué estas ejecuciones todavía cuando hacía más de un año que los rebeldes eran dueños de Galicia?

Por esa difusa resistencia que a pesar del tiempo transcurrido da a los tiranos la sensación clara de que el pueblo gallego sigue al acecho dispuesto a saltarles al cuello en la primera ocasión que se le presente. Por eso siguen fusilando los militares y asesinando de madrugada los falangistas. Porque saben que el pueblo gallego no les perdonará jamás y están convencidos de que no podrán vivir tranquilos mientras no hayan extirpado a la raza entera.

A las masas obreras de las ciudades les han dominado por el terror, pero saben que su dominación es puramente circunstancial. Hace pocos meses estuvo en Vigo el coronel Aranda para inspeccionar las fábricas de material de guerra en las que bajo la dirección de los técnicos alemanes y con materias primas alemanas se vienen fabricando diariamente cinco mil bombas para morteros Lafitte. Pues bien; durante todo el tiempo que estuvo el coronel Aranda visitando los talleres, los guardias civiles que le daban escolta permanecieron con los fusiles echados a la cara encañonando a los trabajadores.

Los pescadores están sometidos a una vigilancia terrible. En la tripulación de cada barco pesquero van siempre dos o tres espías de Falange cuya misión es sorprender las conversaciones de los marineros en alta mar y denunciarles si es necesario. Cuando esto ocurre, los acusados, sin más prueba que la delación del

espía, son encarcelados y frecuentemente asesinados. Todo barco de pesca antes de hacerse a la mar es objeto de un minucioso registro por parte de las cuadrillas de falangistas. Luego, a la altura de Cabo de Mar, el barco de los prácticos se aproxima al pesquero y se efectúa un huevo registro. Estas precauciones explican que la población marinera y pescadora de Galicia no haya escapado en masa de aquel infierno como haría si la dejaran.

En más de una ocasión el heroísmo de los marineros gallegos y su lealtad republicana han llegado hasta el sacrificio. Cuando el general Franco llamó al servicio a las quintas de Marina de los años 1930, 31 y 32, los conscriptos fueron formados en el patio del cuartel de San Fernando en Pontevedra. Los jefes fascistas les arengaron. Terminaban sus arengas dando un viva al Ejército que ellos contestaban invariablemente con vivas a la Marina. Hubo grupos que gritaron incluso ¡ viva la Marina Republicana ! En el acto fueron diezmados. Aquella misma madrugada hubo innumerables fusilamientos.

Al ser llamados a filas se les pone a los reclutas en la cartilla militar un sello que dice: "Voluntario" y además se les marca con lápiz rojo por medio de signos convencionales su filiación de izquierdista, si es que la tiene. Los fascistas han ido haciendo con la ayuda de los párrocos y la Guardia civil ficheros de las ideas políticas de todos los soldados que controlados de este modo y sometidos a una estrecha vigilancia son enviados al frente.

Los conscriptos de Marina cuando iban a incorporarse en estas condiciones cruzaban las calles de Vigo y Pontevedra gritando: "¡Vivan los marinos voluntarios forzosos!"

Como no se fiaban de ellos, los enviaban a Zaragoza donde estuvieron cubriendo el frente de Belchite mientras allí no hubo operaciones. Las desertiones eran diarias. Puede calcularse que pasan de seis mil los reclutas gallegos que se han pasado a las filas gubernamentales. Desertaban con tal ansia y entusiasmo que algunos grupos, apenas les hacían bajar del tren en Zaragoza, intentaban abrirse paso hacia las trincheras republicanas desde la estación misma. Muchos de aquellos bravos muchachos fueron fusilados por su ciega precipitación en librarse de la tiranía a que había vivido sometidos en Galicia.

El mando fascista enviaba al frente a los reclutas gallegos metidos en vagones de ganado precintados. Conocí a un viejo aldeano que me contó la muerte horrible de un hijo suyo que pereció asfixiado en uno de aquellos vagones inmundos en los que Franco llevaba para volcarla sobre el frente, la "carne de cañón gallega".

Cuando eran trasladados al frente en tales condiciones, los soldados aprovechaban la oscuridad de los túneles para prorrumpir en vivas a la República y a Azaña. Una vez en un túnel tiraron por la ventanilla a un sargento fascista que se metió en uno de los vagones precintados para descubrir a los que daban los gritos subversivos. En la estación siguiente fueron fusilados unos treinta soldados antes de que el convoy reanudara su marcha.

En la estación de Betanzos un teniente de la Guardia civil, sin decir palabra, sacó la pistola y mató a un soldado porque le había visto alzar el puño. El cadáver del pobre recluta estuvo allí en el andén a la vista de todos mientras los fascistas arengaban a los soldados. El gobernador, comandante Vallés, felicitó por su acción meritoria y patriótica al teniente asesino.

Para poner coto a las deserciones, las autoridades fascistas han recurrido a un sistema que es una vergüenza y un baldón para la humanidad civilizada. De la sumisión del soldado responde su familia. Esta monstruosidad se practica en Galicia, pero no con los tapujos con que se hacen los asesinatos, sino a cara descubierta, como sistema normal de gobierno sancionado por las autoridades y dado a los cuatro vientos de la publicidad. Conozco infinidad de casos en los que han sido encarcelados el padre, la madre o los hermanos del soldado desertor. Cito sólo algunos de los que han aparecido en los periódicos fascistas. "El Faro de Vigo " decía textualmente que por haber desertado el soldado Francisco Rico Blanco habían sido encarcelados los ancianos Domingo Rico Pérez y Carmen Blanco Núñez su esposa. El mismo periódico registraba día 3 después que la Guardia civil de Moaña había detenido en la parroquia de San Adrián a Concepción Martínez Novás y a Manuel Casal Martínez, padres del desertor Jesús Casal Martínez y a Carmen Puga Fernández y a Gumersindo García Puga, padres de Faustino García Puga también desertor. En Camposancos, por haber desertado el soldado Carlos Noya Lomba, fueron encarcelados su padre Celso Noya Gil y su hermano Rosendo Noya Lomba. Y así, cientos y cientos de casos análogos que se hacían públicos con la aquiescencia de las autoridades fascistas a las que no preocupa por lo visto gran cosa que el mundo civilizado sepa que el régimen salvador de España se asienta en la monstruosidad de hacer a unos infelices ancianos responsables de las acciones delictivas de sus hijos. Este es el régimen que aspira a ser reconocido y respetado por las potencias europeas.

Hay familias enteras que han sucumbido víctimas de la ferocidad de los fascistas. A un muchacho llamado Querol, que intentó desertar cuando se hallaba en el frente de Asturias, le fusilaron a un hermano suyo que vivía en la calle de Soler en Vigo le asesinaron de madrugada los falangistas sacándole de la cárcel, y a una hermana, que es la única sobreviviente de la familia, la hicieron también víctima de la humillación de cortarle el cabello.

Un hermano de aquel muchacho llamado Domínguez que resultó herido en la Puerta del Sol y luego fue asesinado, para escapar a la persecución de que era víctima toda la familia, tuvo que alistarse en el Tercio y desde el día en que salió de Galicia no ha vuelto a saberse nada de él.

Esta coacción para alistar en el Tercio a todos los perseguidos se acentuó hacia los meses de marzo y abril en cuya época ya se planteó descaradamente a todos los presos que no estaban encartados en algún proceso el dilema siguiente: o se alistaban en el Tercio como voluntarios o eran entregados a las escuadrillas de Falange Española para que les asesinasen. Incluso a hombres de más de cuarenta años se les ha puesto en esta alternativa.

A pesar de este régimen de terror la población de Galicia ha resistido siempre a los tiranos. En los primeros momentos hubo aquellas desesperadas e insensatas defensas, como la de Lavadores y las que se hicieron en otras muchas aldeas. En Cedeira, por ejemplo, fueron las mujeres las que mientras en el campo los hombres ponían en jaque a las tropas, cavaron trincheras con sus picarañas y azadones e incluso atacaron con hoces a los soldados. En Cercedos también se resistió a la desesperada lo mismo que en Mugardos donde fueron fusilados por haber tomado parte en la lucha varios sobrinos del famoso luchador Andrés Balsa.

Pero pronto fué imposible sostener esta resistencia abierta. No quedaba más recurso que el de la resistencia pasiva que el pueblo gallego viene practicando desde hace año y medio con un espíritu de sacrificio y un heroísmo incomparables. Aún hoy, a los dieciocho meses de dominación falangista, después de millares de asesinatos y centenares de fusilamientos, la hostilidad continúa. Hace pocas días, el 12 de octubre se publicaba en "El Faro de Vigo" la lista de los últimamente fusilados que eran: en Vigo, Angel Buceta y Lorenzo y Francisco Bahamonde García; en Lugo; Manuel López Rodríguez, Ramiro Rodríguez Gutiérrez, Valentín López García, José López Yáñez, Benigno López López, Orencio López, Pedro Rodríguez Rodríguez, Manuel Pérez González y Alfredo Días Montecerín; en el Ferrol, Ramón Romero Castro, y en Orense, Severino Novoa Gutiérrez, José Fernández Pérez, Enrique Marín Ansio, Gerardo Rodríguez Fernández y José González Tessur.

Esto hoy, a los dieciocho meses de ser dueños absolutos de toda Galicia, cuando tienen la avilantez de decir al mundo que son el gobierno normal y legítimo de España y que se hallan sostenidos por la voluntad popular.

SEGUNDA PARTE

EL TERROR EN LA PROVINCIA DE LA CORUÑA

ASI SE RINDIO LA CORUÑA

A la primera noticia que se tuvo en La Coruña de un intento de sublevación militar en África sonaron las sirenas de todos los barcos surtos en el puerto difundiendo la alarma y la población soliviantada se aprestó a defender la República contra cualquier asechanza. Esto era el viernes 17 de julio.

Cuando salí a la calle advertí gran efervescencia y nutridos grupos de obreros que se estacionaban en los alrededores del Gobierno civil. Ví fijar en las paredes unos pasquines en los que se convocaba a la clase trabajadora a un mitin que debía celebrarse al medio día con la autorización del gobernador. "Unión de todos contra el fascismo" decían aquellos pasquines. Fui a mi oficina en la que no se hablaba naturalmente de otra cosa que del intento de rebelión militar. La probabilidad de que éste fuera secundado en La Coruña parecía remota. El mitin se celebró con gran entusiasmo. Se acordó, en vista de la gravedad de las circunstancias, dejar en suspenso las demandas planteadas a la clase patronal y ofrecerse incondicionalmente al Gobierno para hacer frente al movimiento insurreccional. A la salida del mitin los obreros volvieron al trabajo normalmente en todas las fábricas y talleres.

La intranquilidad del pueblo crecía, sin embargo, por instante. Los núcleos que se estacionaban en los alrededores del gobierno civil eran cada vez más numerosos y al caer la tarde había allí una muchedumbre inquieta que gritaba. "¡Armas! ¡Armas!". Los representantes de los partidos que formaban el Frente Popular y los directivos de las organizaciones sindicales tuvieron que salir a un balcón del gobierno civil para decir a la multitud que debía disolverse tranquilamente, que cada cual debía hallarse con toda serenidad y disciplina en su puesto y que en el momento preciso se darían al pueblo las armas necesarias para la defensa de la República contra los traidores.

La consigna fué a partir de aquel momento que todos los trabajadores permaneciesen en sus talleres durante las horas de jornada y por la noche se concentrasen en los locales sindicales o en los centros políticos dispuestos a acudir a la primera señal de peligro. Las órdenes se cumplieron puntualmente. No hubo un solo desmán. Los obreros que vivían en las afueras de La Coruña no abandonaron el centro de la ciudad; los sindicatos eran verdaderos hormigueros de hombres disciplinados y dispuestos a todo. En esta espera vigilante transcurrieron el viernes y el sábado. ¿Qué sucedía? La espera indefinida enervaba a los obreros y aflojaba la tensión de sus espíritus. El domingo a las

siete de la mañana las sirenas volvieron a dar la señal de alarma. Todos se echaron a la calle dispuestos a terminar de una vez con aquella angustiada espera, pero se les mandó de nuevo a sus puestos. Había sido una falsa alarma. Los rebeldes, siempre al acecho, debieron aprovecharla para comprobar que la masa popular carecía de armamento.

¿Qué ocurría? Fui al gobierno civil poco después y pude enterarme de que las sirenas habían alarmado al pueblo porque el general de la división Salcedo había llamado por teléfono al gobernador civil, don Joaquín Pérez Carballo, para comunicarle que iba a proceder a la declaración del estado de guerra. El gobernador civil se opuso de manera terminante al propósito manifestado por el general Salcedo y le amenazó diciéndole que si los militares, en contra de las resoluciones del gobierno, proclamaban el estado de guerra y se colocaban por tanto en franca rebeldía, daría armas al pueblo para que éste hiciese frente a los sublevados. La firme actitud del gobernador convenció al general Salcedo, quien desistió de proclamar el estado de guerra a condición de que el gobernador no armase a las masas. Así fue prometido y así se cumplió. Esta fue la razón de qué después de haber sonado las sirenas se hiciese a los obreros volver a sus puestos.

Pero los militares rebeldes que habían ejercido presión sobre el general Salcedo para que declarase el estado de guerra cuando vieron que desistía de hacerlo en vista de que el gobernador le había dado toda clase de seguridades de que el orden no se alteraría, decidieron seguir adelante en su empeño subversivo dando de lado al general de la división que no les servía para el caso.

Estuve en el gobierno civil cuando después de la renuncia del general Salcedo a declarar el estado de guerra se presentó allí el jefe de la Guardia civil. El gobernador temía fundadamente una añagaza de los sublevados y antes de recibir al jefe de la Guardia civil dispuso que en su antedespacho se colocasen varios leales armados dispuestos acudir en su auxilio e incluso a desarmar y prender al jefe de la Guardia civil si era necesario. Pero, fuese por estas precauciones o por otras causas, lo cierto es que el jefe de la Guardia civil declaró de manera terminante al gobernador que las fuerzas a sus órdenes seguían leales a la República y no se sumarían en ningún caso a la rebelión militar.

Contando con esta promesa y con la del general Salcedo que se comprometió a no declarar el estado de guerra como querían los oficiales partidarios del movimiento, el gobernador señor Pérez Carballo dedicó la tarde del domingo a procurar que la sublevación abortase dentro de los cuarteles sin llegar a la lucha en las calles. Las fuerzas militares que en aquellos momentos había en La Coruña no llegaban a un millar de hombres entre el regimiento de Infantería número ocho, el regimiento de Artillería y las secciones de Intendencia y Sanidad. El general de brigada Caridad Pita, gobernador militar de la plaza, informó al señor Pérez Carballo de que permanecería en todo momento leal a la República y le aseguró además que podía contar con la lealtad del regimiento de Infantería. Según se dijo, el general Caridad Pita había reunido a los oficiales de este regimiento y había recabado de ellos su palabra de honor de que no se sublevarían. Esta circunstancia explica sobradamente que los sublevados diesen muerte posteriormente al general Caridad Pita que, vivo, podría escupirles siempre a la cara su vergonzosa traición.

El gobernador civil, que contaba con elementos adictos dentro de los cuarteles, estuvo hasta la madrugada haciendo trabajos de zapa para hacer fracasar la rebelión. Simultáneamente se aprestaba a la defensa teniendo a su lado al comandante de la Guardia de asalto Quesada, que aparentemente era leal a la República. Los representantes del Frente Popular y los directivos de los sindicatos forcejeaban al mismo tiempo con el gobernador para que éste, abandonando toda esperanza de reducir a los sublevados pacíficamente armase al pueblo y lo lanzase al asalto de los cuarteles donde seguían encerrados los rebeldes. El capitán de asalto, Tejero, ferviente republicano expuso un plan para tomar la ofensiva, pero el comandante Quesada no lo aceptó y desde aquel momento se advirtió que la dirección de las fuerzas republicanas carecía de decisión y por lo tanto de eficacia.

No obstante esto, durante la noche y la madrugada del domingo al lunes se trabajó febrilmente en la fortificación del edificio del Gobierno civil levantándose barricadas y construyéndose incluso nidos de ametralladoras. Las barricadas, hechas con sacos terreros, se alzaron entre Riego de Agua y la calle Real en la fachada que da a la Marina. En un edificio del gobierno civil se acumuló todo el material de guerra de que se pudo disponer incluso bombas de mano y morteros de asalto. El alcalde don Alfredo Suárez Ferrín disponía de una considerable cantidad de dinamita que se empleaba en las obras del parque Joaquín Costa y en previsión dió orden al concejal señor Martín Ferrero encargado de las obras, para que dicha dinamita se transportase al edificio del gobierno civil.

Una de las veces que el alcalde salió del gobierno civil alguien se le acercó para darle una noticia que le produjo gran inquietud. El señor Suárez Ferrín tenía un laboratorio en el que guardaba cierta cantidad de explosivos y según parece unos grupos se habían apoderado de ellos. El alcalde en aquel instante se separó de las personas que le acompañaban y partió sólo dispuesto a impedir en lo posible el estrago que aquél hecho pudiera producir.

En el gobierno civil continuaron al lado del Señor Pérez Carballo, el comandante de asalto, el capitán Tejero, un teniente y el comisario de Policía que de tiempo en tiempo salían a hacer recorrido por la ciudad para asegurarse de que el orden no se había alterado y de que cada cual permanecía en su puesto.

Mientras tanto la ciudad estaba a merced del pueblo que no cometió un solo desmán. Únicamente se practicaron registros en casas particulares buscando armas pero la requisita se hizo pacíficamente y sin que en ningún caso se cometiesen violencias ni atropellos.

Así transcurrió la noche y en las primeras horas de la mañana en vista de que los militares sublevados permanecían encerrados en los cuarteles, el gobernador señor Pérez Carballo dispuso que las fuerzas de la Guardia civil y de Asalto, cuyos jefes seguían haciendo protestas de lealtad a la República, efectuasen una demostración en las calles.

Fue entonces cuando alguien le comunicó por teléfono que el general gobernador de la plaza don Rogelio Caridad Pita, al presentarse momentos antes en el cuartel de infantería había sido detenido por los oficiales sublevados y que el general de la división Salcedo se hallaba también prisionero de los rebeldes en el edificio de capitania. Simultáneamente se tuvo la noticia de que en Santiago había esta estallado la rebelión militar en las calles.

Envista de ello se hicieron sonar las sirenas de alarma. Eran próximamente las once de la mañana. Las masas se echaron otra vez a la calle pero las falsas alarmas anteriores dieron ocasión a que se produjese cierta confusión y a que cada cual interpretase el llamamiento a su capricho. Las calles céntricas se poblaron de una muchedumbre inmensa pero desconcertada, sin saber adonde acudir y sin armas. Nadie sabía a ciencia cierta lo que sucedía. Alrededor del gobierno civil se estacionaron millares de hombres, pero en cambio, otros barrios quedaron desiertos.

Se advirtió entonces que algunos elementos, caracterizadamente fascistas estaban discretamente al acecho de lo que pasaba merodeando por las calles céntricas principalmente las de Castelar y Real. Uno de estos espías fue descubierto y al registrársele se le encontró encima un arma automática. Era un fascista notorio llamado Arcadio Vilela. El pueblo satisfizo su furor desarmándole y dándole varios golpes que le produjeron contusiones en la cabeza; protegido por los mismos directivos de la masa trabajadora fue arrancado de las garras del pueblo y conducido a lugar seguro. Este hombre había de ser luego uno de los más feroces verdugos de quienes le salvaron la vida en aquel trance.

En la calle Castelar se descubrió también a un sacerdote que llevaba una pistola. La multitud quiso lincharle pero fué igualmente protegido por los directivos que se lo llevaron detenido para salvarle la vida. Este incidente dió ocasión a un gran revuelo, pues el sacerdote al verse descubierto intentó huir y buscó refugio en el Palace Hotel que fué invadido por la multitud y registrado hasta que se encontró al fugitivo.

A pesar de que los sindicatos y los partidos Políticos del frente popular habían hecho una distribución de sus masas por los lugares estratégicos de la ciudad y a cada grupo se le había asignado los lugares o edificios que concretamente debía custodiar, como al sonar la señal de alarma no se habían entregado las armas al pueblo se produjo una gran confusión y todos acudieron al gobierno civil dejando desguarnecidas zonas importantes. Toda la parte de la ciudad vieja quedó limpia de elementos populares. Estos asaltaron la armería de Eirea en la calle de San Andrés, pero allí no encontraron más que escopetas y cartuchos de caza. Los alrededores del gobierno civil fueron invadidos por una muchedumbre imponente que gritaba- "¡Armas! Armas!"

¿ Es que no se quisieron dar? ¿ Es que no las había? El rumor popular asegura que en aquellos momentos había en la estación dos vagones cargados con armas y municiones y que el talón para recogerlas estaba en poder del diputado a cortes señor Guzmán. Pero esto no ha podido ser comprobado.

Lo cierto fue que al sonar la alarma se juntaron millares y millares de personas sin armas ante el gobierno civil, en los locales de los sindicatos obreros de las calles Cordonería y Federico Tapia y en el caserón de la calle Juana de Vega donde se hallaba la casa del Pueblo y que todo lo que se hizo fue movilizar unas docenas de camiones en los que se metieron los hombres a puñados casi todos sin armas. Algunos llevaban escopetas de munición, otros piedras y palos y hasta había quienes esgrimían extraños sables y espadas arrancados de quien sabe qué viejas panoplias decorativas. Uno de aquellos camiones en el que por excepción iban tres luchadores del pueblo armados con rifles intentó aproximarse al cuartel de Artillería pero al llegar junto al Hospital general los centinelas destacados en las proximidades del Matadero se echaron los fusiles a la cara y

obligaron a dar marcha atrás a los del camión que volvieron al gobierno civil repitiendo desesperadamente: "¡Armas! ¡Armas!"

En la Casa del Pueblo seguía la movilización de camiones que traían hombres de los arrabales y aldeas y los volcaban en el centro de la ciudad pero todos ellos igualmente desarmados.

Hacia las dos de la tarde se formó en la calle Real una manifestación de mujeres en la que iban millares de ellas con el puño en alto y dando vivas a la República.

En aquel crítico instante salieron fuerzas del cuartel de Artillería que sin encontrar resistencia se metieron por la calle del Hospital y avanzaron por el campo de la Leña y el de la Estrada y por las calles de la ciudad vieja hasta llegar a la antigua cárcel de El Parrote donde emplazaron un cañón apuntando al edificio del gobierno civil. Los militares rebeldes se lanzaban a dar la batalla al pueblo.

Después de haber aprisionado a sus jefes legítimos el general de la división Salcedo, el gobernador militar Caridad Pita y el coronel de Artillería Torrado, se había proclamado jefe de las fuerzas de La Coruña el coronel de Ingenieros don Enrique Cánovas de la Cruz. El alma de la rebelión era, sin embargo, el coronel de Infantería don Pablo Martín Alonso que ya había estado comprometido en el golpe de Estado del 10 de agosto y había sido deportado a Villa Cisneros. Este jefe había dado su palabra de honor de no sublevarse al general Caridad Pita quien no podrá pedirle ya cuentas de su traición porque precisamente para eso se le hizo fusilar.

Se ha dicho que al echarse a la calle las tropas se telefoneó al gobierno civil intimidando al gobernador a que se rindiera y que fue precisamente la esposa del señor Pérez Carballo quien personalmente cortó la comunicación negándose a todo parlamento con los traidores a la República.

Cuando el cañón estuvo ya emplazado en El Parrote salieron las fuerzas del cuartel de Infantería que se desplegaron en guerrilla y avanzaron hacia el Ayuntamiento. Los rebeldes habían dado alcohol a los soldados y los llevaban engañados vitoreando a la República. Un piquete llegó hasta el Ayuntamiento en el que no había más que un guardia municipal y el conserje. Los soldados recorrieron las dependencias del edificio y cuando se cercioraron de que había sido abandonado trajeron las ametralladoras del cuartel y las colocaron en la ventanas. Simultáneamente un comandante al frente de otro piquete hizo el simulacro de leer el bando de proclamación del Estado de guerra y lo mandó fijar en los soportales del palacio municipal. El bando estaba firmado por el coronel Cánovas de la Cruz y terminaba vitoreando a la República.

Comenzó acto seguido el cañoneo del edificio del gobierno civil desde el alto de El Parrote. El primer cañonazo se perdió; el segundo fue a dar en un edificio antiguo y sólido que no sufrió grandes daños.

La zona atrincherada del gobierno civil comprendía las dependencias de éste, la residencia del gobernador, el local de la Diputación Provincial y el contiguo teatro de Rosalía de Castro, que estaban defendidos por paisanos y guardias de asalto. Al comenzar el cañoneo se desalojaron los pisos altos de los edificios y se organizó la defensa desde la planta baja y los sótanos. El gobernador, hombre joven y enérgico, y su esposa no menos decidida y animosa, estaban dispuestos a resistir hasta el último instante.

Pero era imposible hacer frente a las tropas con una masa que carecía de armamento y de dirección militar. Después de haberse apoderado del Ayuntamiento, los soldados de infantería siempre desplegados en guerrilla avanzaron por la plaza de María Pita. En un ángulo de esta plaza opuesto a la fachada del palacio municipal se halla la parte trasera del edificio de Correos en cuyas ventanas estaban atrincherados los guardias de asalto leales al gobierno. Al avanzar los soldados por la plaza de María Pita los guardias de asalto desde las ventanas de correos hicieron fuego. Al mismo tiempo sonaron las descargas de fusilería que se hacían desde el Gobierno civil contra El Parrote y los soldados atemorizados y sorprendidos por aquella resistencia que no esperaban encontrar retrocedieron iniciando la desbandada. Los oficiales rebeldes y los sargentos, apaleándolos y con las pistolas en la mano les contuvieron haciéndoles notar además que a pesar de la descarga que se les había hecho ni uno sólo había resultado herido porque los guardias de asalto tiraban al aire.

Los guardias de asalto, efectivamente, vacilaban y se resistían a tirar a bulto contra los soldados. Un oficial de correos viendo que aquella conducta era fatal para los defensores de la República que tendrían al fin que sucumbir si no se decidían a luchar a vida o muerte con los rebeldes, recriminó a los guardias de asalto excitándoles para que hiciesen fuego sobre los rebeldes pero aquellos momentos fueron preciosos. Cuando los guardias quisieron reaccionar estaban ya en el edificio de Correos los oficiales rebeldes que les obligaron a rendirse.

En este instante crítico sobrevino la defección de la Guardia civil que fue el golpe de muerte asestado a los defensores de la República. Las fuerzas de la Guardia civil salieron de su cuartel, que se halla en el otro extremo de la ciudad, y fueron a ocupar la central telefónica sita en la calle de San Andrés. Algunos grupos de obreros armados como podían quisieron quedarse custodiando el edificio de Teléfonos, pero la Guardia civil que aunque iba tomando posiciones aun no se había pronunciado claramente, les disuadió diciéndoles que se fueran a otro lugar donde su actuación fuese más necesaria. Luego hubo un tiroteo entre la Guardia civil y los guardias de Asalto por la posesión de la central telefónica pero los Guardias civiles quedaron dueños del campo. De igual manera se apoderó la Guardia civil de la estación emisora de radio de la Coruña que estaba custodiada por guardias de asalto leales a la República. Los Guardias civiles avanzaron hacia ellos con los fusiles en alto y dando vivas a la República.

Ya en su poder estos centros importantes y después de haber tomado otras posiciones estratégicas desde las que dominaba la calle Federico Tapia, la Guardia civil salió de su actitud equívoca y colocándose abiertamente al lado de los rebeldes hizo varias descargas cerradas contra el local de los sindicatos obreros a cuya puerta seguían llegando los camiones cargados de obreros de los arrabales y las aldeas que acudían a defender la República. Los Guardias civiles no disparaban al aire, como los de asalto, y sus descargas barrieron la calle en la que quedaron dos muertos y numerosos heridos.

Aquella traición desconcertó a las masas populares que iban de un lado para otro desesperadas e impotentes. El tiroteo se generalizó por toda la ciudad. Entre el estruendo de la fusilería se destacaba de tiempo en tiempo los estampidos del cañón emplazado en El Parrote que seguía bombardeando el edificio del gobierno civil.

Las fuerzas de Infantería, Artillería y Guardia civil apretaron el cerco; los guardias de asalto desconcertados por las vacilaciones de su jefe, el comandante Quesada, abandonaban la defensa de las barricadas y se rendían; la muchedumbre indefensa era dispersada fácilmente.

Continuar la resistencia era insensato. Hacia las seis de la tarde se izó bandera blanca en el gobierno civil. Algunos núcleos aislados intentaron todavía resistir. Por toda la ciudad seguían oyéndose las descargas de la fusilería y las explosiones de dinamita.

Pocos, muy pocos de los que se hallaban en el recinto del gobierno, lograron escapar. Casi todos ellos con el gobernador y su esposa a la cabeza fueron hechos prisioneros y conducidos con los brazos en alto a los soportales del Ayuntamiento entre filas de soldados que les encañonaban. Aquellos leales defensores de la República estaban a merced de sus enemigos que habían de hacer con ellos la espantosa carnicería que se verá luego.

EL ESTRAGO

¿Qué estrago causaron los defensores de la República a los que se sublevaron contra ella? ¿Cuántas bajas sufrieron los militares a causa de la resistencia que hizo el pueblo a sus designios subversivos?

¡Dos! Dos soldados muertos y media docena de heridos. Este fué todo el estrago que en las filas de los rebeldes habían causado aquellos defensores de la República que tan cara habían de pagar su lealtad y aquella masa de población que en represalia vio abatirse sobre ella una ola de terror gigantesca que había de arrebatar la vida a millares de seres inocentes.

No hubo en la resistencia que se hizo en La Coruña ni un solo jefe, ni un oficial, ni un sargento lesionado. Los defensores de la República prefirieron sucumbir a cebarse en la carne de sus hermanos. Esto fue lo que ostensiblemente hicieron los Guardias de asalto en la plaza de María Pita, este propósito fue el que llevó a las autoridades a colocarse en la actitud de mera defensa en el gobierno civil y este era el sentido de aquella movilización de las masas populares que iban en los camiones sin armas y vitoreando a la República como si con sus voces broncas bastase para detener a sus enemigos. ¡Dos muertos!

En total, las víctimas de aquellas jornadas fueron unas cuarenta, pero todas, salvo esos dos soldados, fueron del pueblo y en su mayoría mujeres a las que habían alcanzado en sus propios domicilios las descargas de fusilería hechas en las calles. Los heridos pasaron tal vez del centenar, pero casi todos fueron asistidos clandestinamente.

PRIMER ACTO TERRORISTA

A los soportales de la plaza de María Pita fueron conducidos entre dos filas de soldados los defensores del gobierno civil y allí estuvieron durante varias horas mientras los nuevos amos decidían de su suerte. Pocos, muy pocos, pudieron escapar en los momentos de la rendición. Entre los que consiguieron romper el cerco de los sitiadores se hallaban el diputado de izquierda republicana don Manuel Guzmán y el funcionario del Ayuntamiento de La Coruña don Francisco Prego Campos que se refugiaron en una casa de la calle de la Florida donde estuvieron escondidos varios días, pero de allí les sacaron por una delación para condenarles a muerte y fusilarles.

Junto con el gobernador y su esposa estuvieron en los soportales de la plaza de María Pita los hombres del frente popular, los guardias de asalto y los policías que resistieron hasta el último instante en el gobierno civil. Allí mismo se hizo la primera selección de prisioneros pero casi todos los que entonces fueron provisionalmente libertados cayeron luego cuando el terror se convirtió en sistema de gobierno. Este fué el caso de la esposa del señor Pérez Carballo, libertada aquella noche, encarcelada luego y fusilada al fin.

Nada se supo de la suerte de los prisioneros hasta que a fin de semana corrió el rumor de que un Consejo de Guerra sumarísimo, al cual no se dió ninguna publicidad, había condenado a muerte al gobernador señor Pérez Carballo, al comandante de asalto Quesada y al capitán Tejero. Las mismas gentes de derecha no creían aún que la sentencia se cumpliera, porque consideraban que el gobernador se había limitado a permanecer leal a las instrucciones del gobierno y los jefes de asalto habían procedido en cumplimiento de las órdenes de su jefe natural. La sentencia se cumplió sin dilación y los tres fueron fusilados aquella misma semana en el Campo de la Rata de la península de Adormideras. Para justificar aquellos fusilamientos que nadie esperaba entonces se dijo que después de haber sido izada la bandera blanca en el gobierno civil se había hecho fuego contra los asaltantes.

La verdad era que, independientemente de lo ocurrido en La Coruña, el mando rebelde había decretado el régimen de terror en todo el territorio nacional que había caído en su ominoso poder.

A LA DESESPERADA

Era cierto, sí, que después de haberse rendido el gobierno civil se siguió luchando contra los rebeldes. Durante toda la noche del lunes al martes hubo en La Coruña un fuego de fusilería nutridísimo. Los elementos adictos al gobierno se hicieron fuertes en numerosos edificios y aunque estaban aislados y no tenían

más armas que la dinamita y algunas pistolas resistieron denodadamente durante varias horas.

En una casa en construcción de la calle Fernández Latorre, propiedad del señor Bendamio, se hicieron fuertes unos grupos de obreros que resistieron hasta el martes 21 y no fueron desalojados sino por la artillería.

El local del sindicato de la C. N. T. fué tomado por asalto a las cinco de la mañana. La Guardia Civil aprisionó a todos los que ahí se hallaban y atándoles codo con codo les puso en vanguardia y les hizo avanzar por la calle de Juan Florez hacia el edificio de las Escuelas Lavaca donde se habían hecho fuertes otros grupos de obreros que se defendían con dinamita y bombas de mano. Gracias a esta estratagema cruel consiguieron los guardias civiles desalojar de sus posiciones a los últimos defensores de la República.

Estos en su retirada hacia el campo ya a la desesperada incendiaron un convento que había frente a la estación y el palacete de don Manuel Linares Rivas, sito a la entrada de La Coruña.

La ciudad quedó absolutamente bajo el control de los sublevados aunque durante dos o tres días más se oyeron disparos aislados de pistola hechos desde el interior de algunas casas a los cuales se contestó con fuego de ametralladoras.

Se organizaron varias columnillas de tropa y guardias para perseguir a los grupos que se batían en retirada por las aldeas del contorno y los sublevados se pusieron a gobernar.

LA INSTAURACION DE LOS TIRANOS

Su primer acto de gobierno fué dar armas a los paisanos que les eran adictos. Lo que no quiso hacer la República, que llegó a sucumbir antes que armar al pueblo, lo hicieron los militares sublevados. En pocas horas todos los elementos reaccionarios de La Coruña, toda la masa turbia de población que se mueve en torno a los caciques conservadores, todos los señoritos insensatos y todos los delincuentes y criminales salidos de las cárceles a favor del tumulto, que se apresuraron a acatar a los nuevos amos, estaban armados. Se dijo que aquellas armas que los militares repartían a manos llenas procedían de aquellos dos vagones que se aseguraba habían sido enviados desde Madrid consignados como patatas al diputado señor Guzmán, pero esto no ha podido comprobarse nunca. Lo más verosímil es que aquellas armas con las que se cometieron tantos centenares de asesinatos salieran de los cuarteles. Los militares no tenían los mismos escrúpulos que los gobernantes de la República.

Horas antes del asalto al gobierno civil oí yo mismo al alcalde de La Coruña señor Suárez Ferrín que decía. "Estamos entre la espada y la pared; si armamos al pueblo ¿quién le contiene luego? y si no le armamos ¿ qué va a ser de la República?"

¡Cómo debieron reírse de tales vacilaciones aquellos oficiales del Ejército que entregaban alegremente los fusiles de la Nación a una clase social para que aniquilase a las otras!

La vida administrativa se organizó rápidamente. Se hizo un llamamiento por medio de la radio a los funcionarios, que acudieron temerosos de las sanciones con que se les amenazaba. El coronel Cánovas de la Cruz publicó un bando anunciando que "nadie sería perseguido por sus ideas sino por sus actos". Del gobierno civil se encargó el teniente coronel de la Guardia civil don Florentino González Vallés, que había llegado a La Coruña días antes del movimiento. Era de los militares que estuvieron ensartados en los procesos que se siguieron a los enemigos de la República, no obstante lo cual seguía desempeñando un cargo en el Parque de Madrid.

Del Ayuntamiento se hizo cargo el capitán de Intendencia don José Fuciños Gayoso con el título de delegado de la autoridad militar en los servicios municipales. Le auxiliaba en esta función como adjunto el capitán de Artillería don Jorge Ozores.

Al tomar posesión de su cargo el capitán Fuciños hizo comparecer en el Ayuntamiento a los concejales de los partidos de derecha y se sacó de la cárcel al alcalde señor Suárez Ferrín para que asistiese al arqueo de caja en el que no se pudo advertir ninguna anormalidad. El capitán Fuciños recabó la colaboración de los concejales de los partidos de derecha diciéndoles que estaba dispuesto a encomendarles la dirección de los servicios municipales e incluso la alcaldía, pero los concejales derechistas se excusaron alegando que como el movimiento había sido exclusivamente militar no se creían en el caso de ocupar cargo alguno.

Este era el tono que tuvo en los primeros momentos el golpe de estado. Ondeaba en los edificios oficiales la bandera republicana, se tocaba el himno de Riego y todas las comunicaciones y escritos oficiales terminaban con el Viva la República reglamentario.

Hasta los primeros días de agosto.

EL ESTADO ASESINO

Las detenciones eran pocas en los primeros días y las practicaba casi exclusivamente la Guardia civil, aunque ya se veían acompañando a los guardias algunos "simpatizantes" armados y luciendo prendas militares, gorros de cuartel, correa, etc.

Los fusilamientos continuaron. Después del fusilamiento del gobernador, del comandante Quesada y del capitán Tejero, se fusiló también en el Campo de la Rata a un brigada del regimiento de artillería a quien se acusaba de haber estado en comunicación con el señor Pérez Carballo. Se supo, efectivamente, que al ser aprisionados el general de la división, el gobernador militar y el coronel del regimiento de artillería, hubo entre los suboficiales y clases de este regimiento

cierta resistencia, pues al ver que los mandos legítimos habían sido usurpados, se negaron a obedecer.

También se fusiló a cuatro paisanos acusados de la muerte de un Guardia civil ocurrida el día 22 en un choque que hubo en Guisamo entre los fugitivos de La Coruña y las fuerzas que se mandaron a perseguirles. Dos de los fusilados eran dos hermanos apellidados García, vecinos de la calle de San Roque.

Pero aunque los consejos de guerra menudeaban, las sentencias de muerte que se cumplían inexorablemente en el campo de la Rata, aún no se habían cometido verdaderos asesinatos. Téngase en cuenta que en La Coruña como en Pontevedra y en general en toda Galicia, Falange Española no estaba organizada cuando estalló la sublevación militar.

Los primeros asesinatos se produjeron pocos días después, y a juzgar por todos los indicios, se debieron a la inspiración directa del teniente coronel González Vallés, en funciones de gobernador civil, que fué quien inauguró con el crimen que vamos a relatar el régimen de los asesinatos de Estado. La cosa fué así:

A pesar de las coacciones y amenazas de las autoridades, los obreros de los diversos oficios seguían resistiéndose a reanudar el trabajo. Se comenzó por encarcelar a los directivos de los sindicatos; luego se persiguió a los simples afiliados; se prohibió toda colecta o socorro a los huelguistas; se amenazó en todos los tonos, y se llegó a llevar a los obreros al trabajo a viva fuerza. Todo era inútil. La clase trabajadora prefería perecer a someterse.

Un día apareció en las calles de La Coruña un pasquín firmado por cinco obreros en el que se invitaba a la clase trabajadora a reintegrarse al trabajo. Este pasquín estaba redactado en términos apremiantes, angustiosos. Los cinco obreros que lo firmaban se dirigían con patéticos tonos a sus camaradas instándoles a que al día siguiente diesen por terminada la huelga. ¿Quiénes eran aquellos cinco obreros? Cinco desgraciados cogidos al azar, uno de cada sindicato. Los cinco estaban presos y se les anunció que si no lograban convencer a sus compañeros para que volviesen al trabajo serían irremisiblemente fusilados. El pasquín, además de ser fijado en todas las esquinas, se publicó en "La Voz de Galicia". Su texto, como digo, transpiraba la angustia con que había sido redactado: - "Estamos comprometidos - decía - a que mañana mismo entréis al trabajo ¡ Camaradas! Va en ello nuestra palabra..." Al final, las cinco firmas.

Los obreros no entraron al trabajo.

Al otro día aparecieron muertos en el campo de la Rata los cinco obreros firmantes del pasquín. Los periódicos divulgaron la noticia por indicación expresa del gobernador. Recuerdo los nombres de dos de los obreros asesinados, José Quintas Peña y Juan Sabio San Martín.

Hubo entonces en La Coruña gentes conservadoras y derechistas que lloraron de vergüenza. Aquella monstruosidad les cogía de nuevas. Tiempo tuvieron luego de acostumbrarse.

SURGE EL FALANGISTA

En los primeros instantes el movimiento fué puramente militar y, como he señalado, las clases conservadoras y reaccionarias aunque muy complacidas rehuyeron cautamente el aparecer mezcladas en él. La Ceda y aun las Juventudes de filofascista, quedaron también al margen del movimiento. La primera incorporación que hubo a la sublevación fué la de Falange Española. ¿Qué era el fascismo coruñés?

No era nada; absolutamente nada. Allí no había habido más que un amigo personal de Primo de Rivera apellidado Canalejo que había fracasado en el empeño de construir un pequeño centro de Falange. Al triunfar en las elecciones el Frente Popular el centro falangista se había disuelto y el señor Canalejo se había ausentado de Galicia.

Pero detrás de los militares rebeldes aparecieron pronto los primeros falangistas. El primero de ellos un sastre llamado Casteleiro. Como falangista destacado apareció también desde la primera hora un tal Hernández, jefe del taller municipal. Y nadie más.

Estos tipos aislados y algunos miembros de las antiguas juventudes mauristas y sus criados y esos elementos turbios que aparecen siempre que se remueve la organización social, fueron poco a poco el núcleo inicial de Falange, los que se apoderaron ávidamente de las armas que repartían los militares entre quienes se mostraron adictos a la rebelión.

Una semana después del movimiento Falange Española estaba instalada en la antigua casa del Pueblo, comenzaban a llover las adhesiones y poco más tarde estaba creado el aparato de terror que los militares necesitaban para gobernar.

En los primeros días de agosto comenzó a funcionar en el local de la Falange un tribunal encargado de dirigir la represión. En aquellos primeros momentos Falange Española no tenía en realidad más elementos que los miembros de este tribunal que ponían gran empeño en permanecer ocultos. Hasta tal extremo les faltaba gente, que en las primeras semanas los jueces de Falange tuvieron que ser también los ejecutores. Ni siquiera tenían quienes les sirviesen de verdugos. En La Coruña al menos no los encontraron. Quienes mandados por ellos iban a las casas a practicar los registros y detenciones eran gentes a las que hicieron venir expresamente de Valladolid.

No pasó mucho tiempo sin que apareciesen los primeros cadáveres de los asesinados por Falange.

Los cuatro primeros se encontraron cerca de Pastoriza en la carretera vieja de Arteijo. Todos ellos eran individuos que habían sido detenidos por los falangistas dos o tres días antes.

Una de las víctimas era don Luis Huici, hombre culto, de izquierdas, que tenía una importante casa de sastrería, acaso la más reputada de La Coruña. No se olvide que el primer falangista era también un sastre, Casteleiro, y se verá que desde el primer instante Falange decía elocuentemente cuáles eran los motivos íntimos de sus crímenes. Al señor Huici fueron los falangistas a buscarle en su sastrería y se lo llevaron detenido al local de Falange en la calle Juan de Vega donde estuvo poco más de veinticuatro horas. Cuando al día siguiente de su

detención fué su esposa al local de Falange para llevarle el desayuno le dijeron que ya no estaba allí.

Su cadáver aparecido aquella misma mañana con los de otros tres presos fué recogido por un furgón de Intendencia y trasladado al cementerio. De los cuatro cadáveres recogidos aquel día los soldados del furgón dieron cuenta a sus jefes en un parte que decía escuetamente: "Bajas recogidas, cuatro". A renglón seguido aparecían los nombres y apellidos de las cuatro víctimas que fueron identificadas fácilmente y en un pliego aparte el inventario de lo que se les había hallarlo encima. Del señor Huici se recogieron según hacía constar el parte, una sortija, un mechero, unas llaves, un monedero y una nota firmada por su mujer en la que le decía que tuviese serenidad y confianza en Dios. Nada de esto pudo recobrase. En el juzgado dijeron a la viuda que hiciese la reclamación en la delegación de orden público. Sin más trámite se dió sepultura al cadáver haciéndose constar en el registro civil que el fallecimiento había sobrevenido por "hemorragia interna" .

Del hallazgo de estos cadáveres no se publicó ni una sola noticia en la Prensa. La viuda de Huici intentó enviar a unos deudos suyos de América un cable diciendo escuetamente. "Luis ha muerto" y no se le consintió. Quiso luego cobrar las deudas que con su marido tenían no pocas familias distinguidas de La Coruña y no consiguió sino recibir injurias y reproches. "No pagamos deudas a rebeldes", le contestaban invariablemente aquellos señoritos tramposos, muy contentos de que hubieran asesinado al sastre.

La viuda, arruinada, sola, consiguió después de grandes dificultades que le concedieran permiso para reunirse con la familia que tenía en Nueva York. Gracias a esta circunstancia puede contar su tragedia. Casos como este los hay a centenares, pero me es imposible relatarlos porque los deudos de las víctimas no han podido librarse de la tiranía falangista.

El único asesinato cometido por Falange del cual dejó constancia la Prensa local fué el de un individuo llamado Horacio Cárcamo cuyo cadáver apareció casi desnudo cerca de Oleiros. Los periódicos contaban simplemente que el muerto había estado en el gobierno civil disparando una ametralladora el día de la sublevación. No decían que había sido detenido en su domicilio por un grupo de falangistas que lo arrancó del lecho y en paños menores se lo llevó para matarlo en la carretera.

A partir de entonces aparecieron cadáveres en las carreteras de La Coruña casi diariamente Al principio el juzgado de instrucción abría sumarios por muerte violenta e incluso publicaba edictos en el Boletín oficial para que quienes se considerasen con derecho se apersonasen, en el sumario. Los enterramientos sólo se hacían después de haber hecho ciertas investigaciones a lo menos por fórmula.

Pero esto fué sólo al principio. Cuando se intensificó el terror, el juzgado dejó de intervenir y los enterramientos se hicieron en los cementerios parroquiales más próximos al lugar donde los cadáveres habían aparecido, sin preocuparse de la identificación de éstos y sin que a veces ni siquiera se hiciesen asientos en los libros parroquiales. Por lo general los falangistas sacrificaban a sus víctimas en las proximidades de los cementerios. En el de Abegondo se hicieron muchos enterramientos de los que ni siquiera se pasaba nota al juzgado. Un solo día recibieron sepultura catorce. También en el cementerio de Arteijo

fueron inhumadas muchas víctimas de los falangistas. Llegó un momento en el que ni siquiera las familias de las víctimas intervenían.

Era tal el terror, que cierto día el coche de línea que hace el servicio de viajeros entre Arega y La Coruña, al llegar a la Cuesta de la Sal, tuvo que detenerse porque había varios cadáveres atravesados en la carretera. Los viajeros horrorizados vieron que uno de aquellos cuerpos daba aún señales de vida, pero era tanto el miedo que se tenía a Falange que nadie se atrevió a prestar auxilio al moribundo.

Esta es la España de Falange.

CRISTIANA MUERTE

Otro de los asesinados por Falange en La Coruña fué el director de la cárcel de Santiago, hombre de ideas moderadas, que no había cometido más delito que el de haber sido jefe de la prisión estando allí encarcelados varios jóvenes falangistas que fueron indudablemente los que por venganza le asesinaron.

No se crea por ello que el trato dado a los falangistas en la prisión había sido oprobioso ni mucho menos. Las complacencias del director de la cárcel habían sido tales que incluso permitió, de acuerdo con las autoridades de la República, entre ellas el alcalde don Angel Casal, que los falangistas encarcelados que fuesen estudiantes pudiesen salir libremente para hacer sus exámenes. Pero había sido un servidor leal de la República y había que hacérselo pagar.

Le descubrieron los falangistas en el hotel París, sito en la calle de Castelar, adonde había ido a hospedarse. Le sacaron empujándole con los cañones de sus pistolas a presencia de varios huéspedes y empleados del hotel y se lo llevaron en un automóvil que tenían a la puerta.

El prisionero, convencido de que iban a asesinarle, dijo a sus verdugos con gran serenidad que estaba resignado al sacrificio, pero que era creyente y tenía derecho a que un sacerdote le auxiliase en sus últimos momentos, cosa a la que ellos, que blasonaban de católicos no pudieron negarse.

Pero temiendo que si demoraban el asesinato la presa se les escapase de entre las garras, fueron con el automóvil mismo en que iba la víctima a buscar a un cura que se prestó diligente a acompañarles y a ejercer su sagrado ministerio en tales condiciones.

El auto, con la presunta víctima, el sacerdote y los verdugos, salió de La Coruña por la carretera general de Madrid. Unos kilómetros más allá se detuvo. Había llegado el momento.

El prisionero pidió confesión y entonces los falangistas bajaron del automóvil y se apostaron unos metros más allá con las pistolas en la mano, mientras en el interior del coche confesaba el sacerdote al que iba a morir. Este, con gran entereza, hizo una confesión general y demandó humilde y cristianamente la absolución de sus pecados. Los falangistas fumando y charlando alrededor del automóvil se impacientaban ya.

El cura, cuando terminó, bajó del auto y dijo a los asesinos: -Este hombre es creyente; ha confesado sus pecados, se ha arrepentido de ellos de todo corazón y le he absuelto. Está bien, padre; usted ha cumplido su misión. Apártese ahora un poco, que nosotros vamos a cumplir la nuestra. No puede haber perdón para él? -No. -Está bien. Sólo quiere una gracia. Como es cristiano y muere cristianamente, desea que su cadáver no quede abandonado en la carretera. Los falangistas rezongando llevaron entonces al preso junto al cementerio y allí lo asesinaron. Luego, porque había muerto cristianamente, llamaron al sepulturero para que recogiese el cadáver y lo enterrase en sagrado.

EL OUDIO AL GALLEGUISMO

La misma cuadrilla, que estaba acaudillada por un procurador apellidado Sola, fué la que asesinó al alcalde galleguista de Santiago don Angel Casal.

Este, que permaneció en Madrid hasta horas antes de haber estallado el movimiento, llegó a Santiago el mismo día 18. Convencido como estaba de la imposibilidad absoluta de que el pueblo desarmado hiciese frente, los militares rebeldes, trabajó cuanto pudo para evitar la efusión de sangre, y personalmente discutió con los mineros de Noya y los aldeanos de la comarca concentrados en Santiago hasta hacerles ver la inutilidad de su heroísmo y conseguir que se retirasen de las posiciones que habían ocupado en la ciudad. Gracias a él no hubo en Santiago la carnicería que sin sus prudentes consejos hubiese habido.

Cuando los militares se instalaron en el poder don Angel Casal huyendo de la represión se fué a Santiso cerca de Arzúa con la esperanza de que no le buscasen. Pero la cuadrilla falangista del procurador Sella emprendió la persecución de fugitivos por pueblos y aldeas y en una de sus correrías dió con él. Le llevaron preso a La Coruña, pero su conducta ante la rebelión no daba pretexto para proceder judicialmente contra él y ni siquiera fué procesado. Uno de los jefes del ejército que se habían hecho cargo del mando en La Coruña llegó incluso a decir a la esposa de don Angel Casal que creía firmemente que no le ocurriría nada grave, porque no había acusación ninguna contra él.

A los dos días apareció su cadáver cerca de Padrón. Los falangistas, al ver que la presa se les escapaba, le habían asesinado durante la madrugada. junto con el suyo apareció el cadáver del famoso pintor coruñés, Camilo Díaz Baliño, que había sido su secretario particular.

Díaz Baliño no había cometido más delito que éste. Era un hombre conservador y pertenecía a una familia que tenía incluso cierta tradición monárquica. Los Díaz Baliño habían sido tildados tiempos atrás de "paivantes". Pero era un ferviente galleguista y esto bastaba. Su mujer, que se hallaba enferma, al enterarse del asesinato de su esposo se volvió loca y un hijo de dieciocho años que el matrimonio tenía, por consejo de sus parientes, tuvo que alistarse como voluntario en el Tercio para evitar que le asesinasen también.

CUESTION DE COMPETENCIA

Una mañana, a los pocos días de haber comenzado los asesinatos, serían próximamente las once, se detuvo a la puerta del Palacio Municipal de La Coruña un automóvil del que bajaron cuatro muchachos armados y con las insignias de Falange y un sargento del Ejército. Preguntaron cuál era la oficina de Intervención y, una vez en ella, reclamaron al jefe don Manuel Prado Allegue.

Este, que se hallaba trabajando en su puesto, al oír que se le requería se puso en pie y contestó:

-Yo soy. ¿Qué desean?

Los cuatro falangistas le encañonaron con sus fusiles y llevándole con las manos en alto le sacaron de la oficina y le metieron en el automóvil en que habían venido, que partió acto seguido en dirección al campo. Entre los funcionarios del ayuntamiento pasado el primer momento de estupor, se produjo un gran revuelo. Se dió aviso de lo ocurrido al jefe del personal y éste lo comunicó al capitán Fuciños que se hallaba ejerciendo las funciones de alcalde por designación de las autoridades militares.

El capitán Fuciños estimó que la detención de su subordinado se había hecho en forma irregular y arbitraria y para protestar cogió el teléfono y llamó al gobierno civil donde le dijeron que allí no se había dado ninguna orden de detención contra funcionario alguno del Ayuntamiento. Llamó luego al cuartel de la Guardia civil donde tampoco sabían nada y, ya irritado, hizo que le pusieran al habla con el mismo coronel de la Guardia civil, Haro, a quien denunció lo sucedido. El coronel debía estar en antecedentes, porque el capitán Fuciños después de lo que le respondió no se permitió insistir. Los funcionarios municipales que se hallaban presentes - entre ellos yo - oyeron entonces la sabrosa mitad de aquel edificante diálogo. El capitán Fuciños excusándose pedía humildemente que para no amenguar su autoridad personal, simplemente por el prestigio del cargo, cuando se presentaran casos así se le informase previamente. El estaba dispuesto a secundar las iniciativas de los falangistas, pero que se le pusiera en antecedentes, por lo menos. -Yo no me opondré - decía - a entregar a los falangistas al funcionario de mi mayor confianza, mi coronel. Pero le ruego que se me prevenga antes. Cuando en lo sucesivo Falange quiera llevarse algún funcionario que me lo diga antes para destituirle previamente y así no padece el prestigio de la autoridad... ¿No le parece razonable, mi coronel?

Al desgraciado funcionario se lo llevaron los falangistas a Puentedeume. Un cuñado suyo capitán de artillería y otro funcionario municipal de significación derechista hicieron averiguaciones y consiguieron dar con él. Fueron a Puentedeume y lograron verle en la prisión. Allí les prometieron que el preso sería bien atendido y les aseguraron que su detención no tenía más causa que el deseo de esclarecer determinados hechos.

Dos días después "La Voz de Galicia" publicaba una información de su corresponsal en Puentedeume según la cual la guardia civil al dar una batida por aquellos alrededores habla tenido un encuentro con una partida de extremistas fugitivos en el lugar llamado La Chapela. En el tiroteo habido entre los guardias y los rebeldes habían sido muertos cuatro de éstos cuyos nombres se publicaban a continuación. Uno de ellos era el funcionario del Ayuntamiento de la Coruña Manuel Prado Allegue.

Otro el registrador de la Propiedad de Puentedeume.

LAS MUJERES ANTE LA CARCEL

El terror decretado fríamente desde arriba y ejercido sistemáticamente por las cuadrillas de falangistas era cada vez más intenso. Ya no pasaba día en el que no apareciesen cadáveres en las carreteras de los alrededores de La Coruña, principalmente en la ya famosa cuesta de la Sal y en la misma carretera de circunvalación que pasa por la puerta de la cárcel, de donde se sacaba a los presos para asesinarles.

La cuadrilla de falangistas que mayor número de asesinatos cometía seguía siendo la del procurador Solla. Aparte el alcalde de Santiago, el pintor Díaz Baliño y otros varios galleguistas caracterizados, esta cuadrilla asesinó al militante de izquierda republicana José Areosa y a numerosos obreros y campesinos tildados de revolucionarios. Una noche asesinaron a once muchachos de las juventudes socialistas. Otra a seis afiliados de la C. N. T. Los hermanos Casteleiro, sastres de La Coruña, de quienes ya he hablado con ocasión de sus primeros crímenes, acaudillaban otra tropilla de asesinos que casi todas las noches dejaba sembrados de cadáveres los parajes solitarios de Punta Herminia, la playa de Santa Cristina y Bastiagueiros.

La mayor parte de las víctimas de estos crímenes eran anónimos militantes de las organizaciones proletarias. Recuerdo entre ellos a un antiguo sindicalista llamado José Villaverde, apartado hacía tiempo de las luchas sociales que tenía un puesto de periódicos y libros viejos. También a Juan Antonio Suárez Picayo, hermano del diputado al que detuvieron en unión de un operario de las cuadrillas de limpieza del Ayuntamiento y de otros dos obreros cuando se hallaban escuchando las noticias de Madrid por la radio.

Los cuatro fueron asesinados aquella misma noche.

También sacaron de la cárcel para matarlo a Jacinto Méndez, al que detuvieron por haber estado en el gobierno civil cuando se hizo resistencia a la sublevación. Méndez era un buen padre de familia que se ganaba la vida dando clases particulares y vendiendo libros en comisión. Tenía una hijita de corta edad a la que una vez dejaron entrar en su celda para que pudiese besarla. A los pocos días apareció el cadáver de Jacinto Méndez en la carretera de circunvalación a poca distancia de la cárcel.

El abogado y poeta don Arturo Noguero, que era funcionario del Ayuntamiento de Serantes, fué detenido en La Coruña según publicó "La Voz de Galicia". por haber propagado noticias tendenciosas. No se supo más de él. No se tuvo noticia de que ningún tribunal le hubiese juzgado. Se supo únicamente que su cadáver había aparecido una madrugada cerca de El Ferrol. Roberto Blanco Torres, que fué gobernador de la República en Palencia y estuvo detenido en La Coruña, apareció asesinado en Orense; al recoger el cadáver se advirtió que le habían robado el reloj y las botas.

Y así, cientos y cientos. Las mujeres de los presos cuando iban por las mañanas a la cárcel a llevarles la comida, recibían aterradas la noticia de que el preso había sido puesto en libertad la noche antes. Invariablemente el cadáver aparecía aquella misma mañana.

Las mujeres de La Coruña enloquecidas de desesperación decidieron oponerse a que aquellos crímenes continuasen. Temblando por la vida de sus padres, hijos o hermanos que cada noche podían ser asesinados, resolvieron a la desesperada no separarse ni de día ni de noche de las puertas de la prisión y, efectivamente, dispuestas a que las matasen allí antes que alejarse, constituyeron una guardia patética en torno a la cárcel. Los centinelas las rechazaban a culatazos y los guardias se las llevaban de allí a rastras, pero ellas resistían heroicamente en aquel lugar y por cada una que se llevaban detenida o que caía desfallecida, diez más venían a sustituirla. Aquella vela trágica de las mujeres en torno a la cárcel durante la madrugada para impedir que los falangistas siguieran sometiendo sus asesinatos, fué uno de los episodios más horrendos del terror.

No hubo manera de arrancarles de allí. Y consiguieron que a lo menos durante unas noches los falangistas no se atrevieran a sacar de la cárcel a sus víctimas.

Pero poco después el terror tomaba nuevas formas y los asesinatos seguían cometiéndose merced a más complicados expedientes.

CARIDAD CRISTIANA

Al principio, cuando no se sabía aún lo que iba a ser el terror blanco y todavía no se habían extirpado bestialmente los sentimientos humanitarios, hubo gentes piadosas que acudieron a socorrer a las viudas, las madres y los huérfanos de las víctimas de la represión.

Algunas mujeres del izquierda asistían como buenamente les era posible a la viuda del gobernador, a la del brigada de artillería, fusilado y a la madre de aquellos muchachos García fusilados también por el suceso de Guisamo. Pero la mujer del gobernador fué encarcelada y fusilada poco después, no obstante hallarse encinta. El fascismo no respetaba ni la condición de mujer, ni la circunstancia de maternidad. "¡Hay que acabar hasta con la semillas!" decían furiosos los predicadores. Asesinadas por las balas fascistas cayeron, además de

la esposa del gobernador, la del señor Mazariegos condenada a muerte por un consejo de guerra y una maestra del Ayuntamiento de Miño.

Quedó en absoluto prohibida toda suscripción en favor de las familias de las víctimas y se impusieron penas severísimas a quienes fomentaran tales suscripciones cualquiera que fuese su condición social, hombre o mujer, de derechas o de izquierdas. Ni siquiera se permitía que se auxiliase económicamente a los funcionarios que habían sido declarados cesantes por represalias.

Una de las víctimas que en más horrenda miseria había quedado era la madre de los dos muchachos fusilados por el suceso de Guisamo. Era una pobre viuda que vivía en la calle de San Roque. Su único medio de vida había sido el trabajo de sus dos hijos mayores dedicados a la elaboración y venta de lejías. Se los habían fusilado y ella y los pequeñuelos estaban condenados a morir de hambre.

Al principio se hicieron colectas entre los vecinos para auxiliarles, pero cuando se prohibieron a rajatabla las suscripciones ya nadie se atrevió a llevarles nada. En cambio, las gentes reaccionarias del barrio cuando pasaban por la calle de San Roque, se detenían a la puerta de la casa de aquella infortunada y se complacían en injuriarla y amenazarla cruelmente. La causa de aquel feroz encono era que aquella familia se había distinguido siempre en el barrio por sus ideas revolucionarias. El padre había sido un entusiasta romántico de la revolución y había hecho gala siempre de sus ideas. Por una pueril devoción a las grandes figuras del libre pensamiento y la lucha social, aquel hombre había puesto a sus hijos mayores los nombres de Jaurés, Bebel y France, para prestigiar así su humilde apellido de García. No se sabe bien hasta qué punto este idealismo un poco extravagante puede irritar en un momento dado a la vecindad reaccionaria y burguesa de una barriada gallega.

Las beatas del barrio, los jovenzuelos que empezaban a ser instrumento dócil en las manos del falangismo y los tenderos reaccionarios, iban a la humilde casa de aquella familia revolucionaria a volcar su odio y su desprecio sobre aquellos réprobos, sobre los chiquillos no bautizados y sobre la madre de los dos mozos reos de pena de muerte.

La escena era tan repugnante, reflejaba una perversión de sentimientos tan horrenda, que un cura que vivía en una casa próxima se asomó una tarde a su ventana y reprochó a aquella canalla su ensañamiento.

Abuchearon al cura. Este, les apostrofó violentamente y la turba terminó apedreándole la casa.

En vista del escándalo intervinieron las autoridades que se informaron minuciosamente de lo ocurrido. Y encarcelaron al cura.

LA VIDA CIUDADANA

Al principio las gentes comentaban los acontecimientos con cierta desenvoltura. Se consideraba la rebelión como una cadetada, una militarada más sin posible trascendencia. Las gentes conservadoras eludían el verse envueltas en la aventura insensata de los militares y faltos de ambiente odiados por el pueblo y desdeñados por los elementos reaccionarios, estaban condenados a sucumbir pronto. Fué necesaria aquella monstruosidad del terror desencadenado fría y sistemáticamente para que los militares pudieran sostenerse, como luego han necesitado la invasión extranjera para seguir tiranizando a España.

A pesar de los fusilamientos y asesinatos de obreros no conseguían que el trabajo se normalizase en fábricas y talleres. Los obreros del ramo de construcción estuvieron varias semanas en huelga. La resistencia pasiva del pueblo asfixiaba la rebelión.

Las primeras fuerzas que salieron para el frente fueron despedidas con frialdad. La aventura de los militares que nadie creía duradera no despertaba ni siguiera curiosidad. Era una calamidad caída sobre el país como el pedrisco o la sequía. Solo de vez en cuando se veía algún que otro simpatizante que vitoreaba a destiempo al glorioso ejército o ponía colgaduras en los balcones de su casa para celebrar tal o cual triunfo de los rebeldes en el que nadie creía. Con diversos pretextos los militares organizaban paradas y desfiles en los cantones a los que el público ni siquiera asistía. En medio del vacío y de la animosidad de la población las autoridades rebeldes se pavoneaban delante de los soldados.

Pero poco después comenzaron a circular las noticias de apaleamientos, purgas, detenciones y atropellos de toda clase. La ciudad comenzó a inquietarse. Había surgido el falangismo.

Simultáneamente a la aparición de Falange, cuyo prestigio tuvo que ir elaborándose a base de crímenes, surgió en La Coruña otra organización reaccionaria y de tipo falangista creada al calor de la sublevación militar que por su carácter espectacular adquirió en pocos días gran realce. Tratábase de "Los Caballeros de La Coruña" agrupación filofascista de gentes reaccionarias dispuestas a secundar a los militares en su aventura. Al frente de los "Caballeros de La Coruña" se pusieron el teniente coronel de la Guardia civil, Haro, y un hermano del pintor Sotomayor. Fué nombrado cabo aquel Arcadio Vilela, al que quisieron linchar las masas el día de la rebelión por haberle encontrado con una pistola ametralladora. Como no le habían matado fué proclamado "primera víctima oficial" de la revolución comunista y como a tal se le honró con aquel cargo para que pudiese asesinar a mansalva a los que evitaron que la multitud le despedazara.

Estos "Caballeros de La Coruña" eran por lo general gentes bien acomodadas, personas de orden y de firmes convicciones derechistas, pero excesivamente prudentes y absolutamente incapaces de heroicas aventuras.

Como la guarnición de La Coruña, que no llegaba al millar de hombres, tuvo que suministrar fuerzas para formar las primeras columnas que se mandaron a combatir en Asturias, los "Caballeros de La Coruña" quedaron encargados de la función antes encomendada a la tropa de mantener el orden en las calles, dar guardia en los edificios públicos y asegurar los servicios indispensables. Pero era inútil intentar que aquellos buenos burgueses gordos y viejos, por lo general, sirviesen para algo más eficaz.

Fué entonces cuando el comandante de Estado Mayor Barcia, organizó la llamada Legión Gallega en la que alistó a todos los aventureros y a todos los delincuentes que había en Galicia. Los legionarios gallegos tuvieron también un aspecto espectacular como los "Caballeros de La Coruña" pero eran ya más belicosos. Llevaban como emblema un langostino bordado. Ya en este cuerpo entraron algunos grupos de obreros a los que se daba a optar entre ser asesinados o alistarse en la legión.

Merced a estas coacciones se llegaron a formar ocho centurias de legionarios que en agosto o primero de septiembre fueron enviadas a Burgos y Huesca. Por lo general era gente de los pueblos acusada de izquierdista y reclutada con amenazas de muerte. Estos legionarios fueron a sucumbir en el frente de Asturias mientras los "Caballeros de La Coruña" se enquistaban en los servicios burocráticos. En fin de cuentas las que quedaron dueñas del campo fueron las cuadrillas de "Falange Española".

Pronto en todos los pueblos de La Coruña comenzaron a surgir secciones de Falange Española que era el organismo predilecto de los militares. De la recluta de los falangistas se encargaba en cada pueblo el jefe del puesto de la guardia civil más próximo secundado, por los caciques de la localidad que, según costumbre inveterada, se pusieron del lado de Falange tan pronto como vieron que el Poder conquistado por la rebelión militar había ido a parar a sus manos.

En todos los pueblos había dos secciones de Falange: la de los mayores de 18 años y la de la chiquillería que era la más numerosa. A los niños les daban unos fusilitos de madera y les enseñaban a hacer evoluciones militares y a cantar himnos fascistas. Los adultos hacían también la instrucción militar a las órdenes de los guardias civiles. Creyeron que a esto se iban a limitar sus deberes de falangistas, pero cuando se estabilizaron los frentes y a Franco empezaron a faltarle hombres se encontraron con que tenían que ir a luchar contra los republicanos.

Los falangistas de la ciudad, señoritos en su mayoría, justificaban con los asesinatos la necesidad de quedarse en la retaguardia y como el mando apretaba las clavijas pidiendo hombres constantemente, los jefes de La Coruña cargaron sobre los contingentes falangistas de los pueblos y aldeas esta obligación de hacerse matar en las trincheras. Cundió el pánico entre los aldeanos que se habían inscripto en Falange para ser "de los que mandaban". Muchos, muchísimos, se dieron de baja en las listas de Falange; otros constreñidos por la Guardia civil y los falangistas de la ciudad, se resignaron a incorporarse al ejército. La partida de estos "voluntarios" era en los pueblos uno de los espectáculos más deprimentes que pueden imaginarse. Iban conducidos por la guardia civil y arrastrados por las coacciones y amenazas de los jefes falangistas; las familias al verlos partir los lloraban como si los llevaran a la muerte. Los viejos caciques disfrazados de falangistas ponían en juego todas sus artimañas e influencias para escamotear a sus hijos, sobrinos y familiares y sólo los desgraciados iban al frente. Este era el entusiasmo de los falangistas gallegos.

Tan precaria y forzada como la aportación de hombres era la asistencia en vituallas, prendas y dinero que dispensaba Galicia al Glorioso Ejército Nacional. En los primeros días, los camiones de Intendencia recorrían el país llevándose cuanto encontraban, terneros, gallinas, huevos, cuanto había. Pero, pasadas unas semanas, hubo que sistematizar las aportaciones y se organizaron aquellas

famosas suscripciones que dieron un mezquino resultado. Como era la Delegación de orden público la que organizaba la suscripción y las coacciones y amenazas eran constantes, no había nadie que se negase en redondo a contribuir, pero cada cual daba lo menos que podía, cosas inútiles, géneros averiados y cantidades insignificantes. En vista del fracaso se decidió entonces no dejar nada a la espontaneidad y fijar inflexiblemente la aportación que debía hacer cada uno. A los funcionarios se les descontaban uno o dos días de haber sin preguntarles su parecer. A los particulares se les indicaba también las cantidades exactas con que habían de contribuir. Falange Española organizó una oficina dedicada a enviar a las casas particulares unas invitaciones a la contribución a manera de ultimátum. En ellas se fijaba taxativamente qué era lo que el individuo en cuestión debía aportar en dinero, comestibles, ropas, colchones, etc. Se daba el caso de que cuando el contribuyente se presentaba con un artículo que no satisfacía a los falangistas, cuando la manta que llevaba no era bastante buena o el colchón que presentaba estaba viejo, se lo devolvían y le mandaban a comprar y pagar lo que a ellos se les antojaba. Esta oficina para la expoliación funcionaba en la antigua Casa del Pueblo, pero tenía delegaciones y almacenes en todos los barrios.

A esto se unía el régimen de multas pródigamente impuestas y la intervención en empresas industriales a las que se hacía objeto de exacciones fortísimas. Las clases conservadoras que al principio acogieron el movimiento militar con gran alborozo, no tardaron en darse cuenta de que los rebeldes se hacían pagar demasiado cara la protección que les brindaban. "La República nos salía mucho más económica" -decía un capitalista coruñés que hasta el día del movimiento "liberador" de Franco había cobrado pingües dividendos de las sociedades de gas y electricidad de La Coruña y que después no había vuelto a ver un céntimo de sus rentas. - Y añadía: . "Voy creyendo que incluso el comunismo no nos hubiese costado lo que nos cuestan los falangistas y los militares unidos."

A esto se juntaba la sangría de la guerra. Franco pedía hombres cada vez con mayor apremio; hombres, hombres para llevarlos al matadero. Por mucho que se coaccionara a los obreros y a los que estaban tildados de izquierdistas, aunque se les amenazase con matarles si no se alistaban en el Ejército Nacional, la recluta no era suficiente y los reaccionarios tenían que

contribuir con carne de su propia carne. Primero se hizo una movilización de los soldados de cuota de ocho quintas pero el clamor de los reaccionarios consiguió que se desmovilizara a los que pertenecían a las tres quintas más antiguas. Se hizo luego una movilización general de los reemplazos que se hallaban en primera y segunda situación de servicio activo. Los camiones de Intendencia cargados de mozos llegaban a los cuarteles de la capital constantemente. La mayor parte de aquellos infelices no sabían qué poder era el que les llamaba a filas y qué era concretamente lo que iban a combatir. Se les había dicho que la Patria y la República les llamaban a filas y se presentaban en la mayor ignorancia. Yo he visto camiones de quintos traídos de las aldeas que atravesaban las calles de La Coruña levantando el puño y dando vivas al socialismo y a la República.

Como ya he dicho la sublevación militar tardó algún tiempo en arrojar la máscara republicana y esto justificaba la ignorancia de aquellos infelices. Los

militares seguían hablando en nombre de la República, vitoreándola y tremolando su bandera.

Hasta el mes de septiembre u octubre no se hizo oficialmente ninguna modificación. En esta fecha apareció en el Boletín Oficial una disposición en virtud de la cual ínterin no hubiese órdenes superiores, no había de emplearse bandera de ninguna clase ni himno alguno con el carácter de nacional. Poco antes habían llegado a Galicia unas declaraciones hechas por Franco a la prensa portuguesa en las que decía de manera terminante que el movimiento no iba contra la República ni había motivo alguno para que se pensase en cambiar de bandera.

Pese a tales declaraciones, poco después se decretaba obligatorio el saludo a la romana y, sin que lo decretase nadie, se adoptaba la bandera de la Monarquía.

En La Coruña la adopción de la bandera bicolor se llevó a cabo organizando una manifestación movida por las damas catequistas y los elementos monárquicos que recorrió las calles céntricas de La Coruña detrás de una gigantesca bandera rojo y gualda. El gobernador González Vallés, que había fomentado indirectamente aquella manifestación, se apresuró a decir que puesto que aquella era la voluntad popular, él por su parte estaba dispuesto a acatarla y a partir de aquel momento dispuso que en todas las casas de La Coruña los vecinos tuviesen banderas monárquicas para colocarla, en los balcones cuando se ordenase.

Por su parte el delegado del gobierno en los servicios municipales dictó también un bando declarando obligatoria la posesión de esta bandera.

Se multó a todos los que no la tenían y poco tiempo después no quedaba casa en La Coruña en la que a la más leve indicación no se izase la insignia de la Monarquía.

¡FUSILAMIENTOS! ¡FUSILAMIENTOS!

Con la ejecución del gobernador Pérez Carballo y los jefes de Asalto Quesada y Tejero no creyeron los rebeldes haber castigado bastante la resistencia que se le había, hecho en La Coruña y poco después urdieron otro gran proceso en el que con el pretexto de juzgar a los responsables de la defensa del gobierno civil encontraron el modo de deshacerse legalmente de un núcleo de hombres de izquierda a los que odiaban. Fueron ensartados en aquel proceso el diputado a Cortes señor Guzmán, el alcalde de La Coruña señor Suárez Ferrín, el presidente de la Agrupación Socialista Ramón Maseda Reinante, el secretario del ayuntamiento don Joaquín Martín Martínez, el funcionario del gobierno civil don Leovigildo Taboada, el funcionario municipal don Francisco Prego, los caracterizados militantes socialistas Mazariegos y Eiris y el conserje de la Casa del Pueblo del que no recuerdo sino que se llamaba Manolo.

El Consejo de guerra encargado de juzgar a estos procesados se reunió a fines de agosto en el Palacio de justicia y sus deliberaciones duraron dos días; formaron parte del tribunal los jefes del ejército Landesa y Barbadillo, los defensores de los reos fueron también militares excepto el letrado señor Casas Fernández que defendió a los Procesados Guzmán y Prego. Las deliberaciones de aquel Consejo de guerra pusieron de manifiesto las monstruosidades jurídicas que los militares estaban dispuestos a hacer para imponer una justicia que no era otra cosa que una venganza. El fiscal acusó de modo general a todos los procesados como responsables de un movimiento comunista que se preparaba con objeto de "asesinar a todas las personas de derechas" conforme a una lista nominal de futuras víctimas que se decía había aparecido en el gobierno civil. No había más prueba de culpabilidad que aquella lista. Todos los argumentos en que se fundaba la acusación fueron extraídos de los discursos de propaganda electoral pronunciados por algunos de los procesados. Principalmente contra el secretario del ayuntamiento don Joaquín Martín Martínez la requisitoria del fiscal fué terrible, pues afirmaba que con sus discursos había creado un estado de apasionamiento en el pueblo que "pudo" haber sido origen de aquella matanza. El señor Martín Martínez era en realidad un antiguo republicano de tipo francamente conservador que incluso había colaborado con la dictadura del general Primo de Rivera. Los atropellos cometidos en Galicia durante el llamado "bieno negro" le habían hecho colocarse otra vez al lado de los partidos republicanos de izquierda y sus discursos de propaganda electoral eran su único crimen. Era cierto que había estado en el gobierno civil el día de la rebelión pero ni se pudo demostrar que hubiese tomado parte activa en la resistencia ni se encontró rastro alguno por el que pudiera deducirse, que estaba comprometido en nada.

No. La saña con que le acusó el fiscal tenía otras causas. Don Joaquín Martín, persona muy conocida en La Coruña, era socio del Sporting Club y del Nuevo Club y eran las discusiones de casino y no otra cosa las que le llevaban ante el piquete de ejecución. Poco tiempo antes había tenido en uno de los casinos una discusión política que degeneró en cuestión personal con el comandante de Estado Mayor, Olavide, que fué precisamente quien al triunfar los rebeldes se apresuró a buscarle y a detenerle por sí mismo. Aquel fiscal tronitona no era más que el instrumento de venganza de un casinista rencoroso.

Fusilar a aquellos hombres era, a pesar de todo, una injusticia tan evidente que para llevarla a cabo se recurrió a un ardid infame. El día antes de dictarse sentencia aparecieron los periódicos de La Coruña anunciando con grandes titulares que en Cartagena, "los rojos" habían hundido un barco cargado con centenares de personas de derecha.

El Consejo de guerra, a favor de la excitación producida por aquella falsa noticia, condenó a la pena de muerte a todos los procesados excepto al socialista Eiris y al conserje de la Casa del Pueblo, Manolo. Al funcionario del gobierno civil señor Taboada se le conmutó la pena de muerte por la de cadena perpetua.

La sentencia se cumplió el día último de agosto en el Campo de la Rata, siendo pasados por las armas Guzmán, Ferrín, Prego, Martín, Maseda y Mazariegos.

El presidente de la agrupación socialista don Francisco Mazariegos murió dando vivas entusiastas al socialismo. El alcalde, señor Suárez Ferrín no sucumbió a la primera descarga; le hicieron una segunda y todavía tuvo que rematarle un oficial dándole un tiro en la nuca.

Estaban ya satisfechos los defensores de la civilización occidental? No, todavía no. Al socialista Eiris no se atrevió a condenarle a muerte el Consejo de Guerra. Creyó que era suficiente la pena de cadena perpetua. Cuando el reo iba a ser trasladado a presidio para cumplir su condena se apoderaron de él los falangistas y le asesinaron en una carretera. Esto es lo que en el nuevo Estado se denomina "la santidad de la cosa juzgada".

Hubo después una etapa en la que no se registraron fusilamientos. La actuación nocturna de las cuadrillas de falangistas los hacían innecesarios.

Pero a mediados de octubre se reanudaron las ejecuciones capitales en el campo de la Rata esta vez con gran aparato y espectáculo. En el mes de noviembre fue fusilado el diputado a cortes de Unión Republicana don Manuel Miñones Bernardes, que en los primeros días de la sublevación fué detenido y luego puesto en libertad por no resultar cargo alguno contra él. Volvieron a encarcelarle poco después y meses más tarde un Consejo de guerra le condenaba a muerte.

Otro fusilado por sentencia del Consejo de guerra fué el abogado don Tomás de la Torre, vecino de Betanzos, que se hallaba en La Coruña al producirse la rebelión. Se le condenó porque pertenecía a la agrupación socialista de Betanzos, que opuso una firme resistencia al triunfo de los sublevados llegando incluso a volar con dinamita el puente nuevo que había a la entrada de la ciudad. Los directivos socialistas de Betanzos fueron considerados los cabecillas de aquella resistencia e inexorablemente fusilados. En La Coruña fue detenido también el ex alcalde de Betanzos señor Novo, de profesión sastre, al que se llevó la guardia civil atado codo con codo para fusilarlo en pleno día ante el muro del cementerio.

Acusados de haber tomado parte en la resistencia opuesta a las tropas en Santa Eugenia de Ribeira, fueron fusilados o asesinados numerosísimos hombres de izquierda. De los que cayeron por sentencia firme de Consejo de Guerra y conocía personalmente al doctor Eugenio Rodríguez Bilbao, hombre joven, muy jovial y querido de cuantos le trataban y a don Manuel Rodríguez Sendon, comerciante, hombre de gran prestigio, prudente, asentado y de gran cultura.

Los fusilamientos llegaron a ser el espectáculo cotidiano de los habitantes de La Coruña. La multitud acudía a presenciarlos con una pasmosa indiferencia y se dió el caso de que los periódicos locales tuvieron que publicar el aviso de que en lo sucesivo quedaría terminantemente prohibido ir a presenciar las ejecuciones capitales que tenían lugar en el campo de la Rata llevando "niños de corta edad".

Estas cortapisas, eran por otra parte incomprensibles, pues en el mismo mes de octubre se hicieron en La Coruña fusilamientos en pleno día.

Uno de ellos fué el de ocho soldados del regimiento de Infantería, todos ellos naturales de La Coruña y pertenecientes a las quintas que por entonces fueron movilizadas. Con fundamento o sin él se acusó a estos soldados de preparar una sublevación en el cuartel de Infantería cuya finalidad inmediata era la de pasar a cuchillo a la oficialidad del regimiento. Los conjurados, según las

diligencias del juzgado militar, fueron denunciados por un recluta natural del lugar de Buno en el término municipal de Malpica. Fueron juzgados en consejo sumarísimo y condenados a muerte.

La ejecución se llevó a cabo llevándoles al Campo de la Rata a la cabeza del regimiento que desfiló a las tres de la tarde por las calles de la ciudad y la carretera de la Torre. Una muchedumbre inmensa acudió a presenciar aquel fusilamiento a pleno sol y con gran aparato. Los jefes rebeldes no debieron quedar muy satisfechos sin embargo de la ejemplaridad de la ceremonia que habían organizado.

A lo largo de todo el trayecto y mientras las tropas formaban el cuadro, desde que salieron del cuartel hasta que cayeron atravesados por las balas, los ocho soldados fueron gritando hasta enronquecer con un entusiasmo y una entereza impresionantes. Abrazados unos a otros y vitoreando a la República, a Azaña y a la Libertad, con un ímpetu que sobrecogía a aquella muchedumbre aterrorizada, los ocho muchachos dieron al pueblo de La Coruña antes de morir una lección formidable de heroísmo. El espectáculo de aquellos ocho hombres jóvenes que gritaban con toda su alma su fe en la Libertad arrojándola a la cara de aquella multitud sobrecogida de espanto, causó tal impresión en la población civil y en la tropa que difícilmente pudieron luego los oficiales rebeldes hacer reaccionar el ambiente. Sus falsas y declamatorias arengas de la Patria Imperial resbalaban sobre el espíritu deprimido de los soldados sugestionados por el ejemplo de aquellos ocho héroes que murieron con el viva a la libertad en los labios.

En aquellos momentos la disciplina de los soldados no se mantenía más que por el terror. Decíase que en un cuartel de Burgos se habían producido hechos análogos. En la estación de Betanzos un soldado desesperado alzó el puño rabiosamente. Un oficial de la Guardia civil le mató en el acto. Al día siguiente "La Voz de Galicia" daba cuenta del trágico suceso con un tono canalla de ironía fúnebre diciendo que "un soldado había sufrido un ataque de marxismo agudo que había requerido él que se le fusilase".

Aquella desmoralización se cortó por el terror. Fué relevado el general de la división y se reanudó con redoblada intensidad la serie de fusilamientos y asesinatos.

Fué entonces cuando se decretó la ejecución de los generales Salcedo y Caridad Pita.

El fusilamiento de estos dos generales, así como el del diputado a Cortes señor Rupilanchas efectuado más tarde, son ejemplos claros de cómo la pena de muerte no es en manos de la horda rebelde una sanción contra delitos cometidos, sino un arbitrio criminal para el sostenimiento de la tiranía. No se fusila a los hombres en razón de los hechos contrarios al régimen de que puedan ser personalmente acusados sino a consecuencia del curso que siguen los acontecimientos, ajeno en absoluto a la intervención de las víctimas. A los generales Salcedo y Caridad Pita, que estaban prisioneros desde el 18 de julio, se les fusiló el 9 de noviembre. La causa de estos fusilamientos fué pura y simplemente, el hecho de que no se podía tomar Madrid.

No habían cometido otro delito que el de ser leales al Gobierno constituido. Les dejaron vivir mientras se creyeron seguros de su victoria. Les mataron en el momento mismo en que temieron que se les escapaba el triunfo. El general

Caridad Pita podría, si la rebelión no triunfaba, escupir a los rebeldes su traición, porque horas antes de sublevarse le habían dado su palabra de honor de que no se sublevarían. Por eso le mataron. Era un acreedor que algún día podría presentar su cuenta.

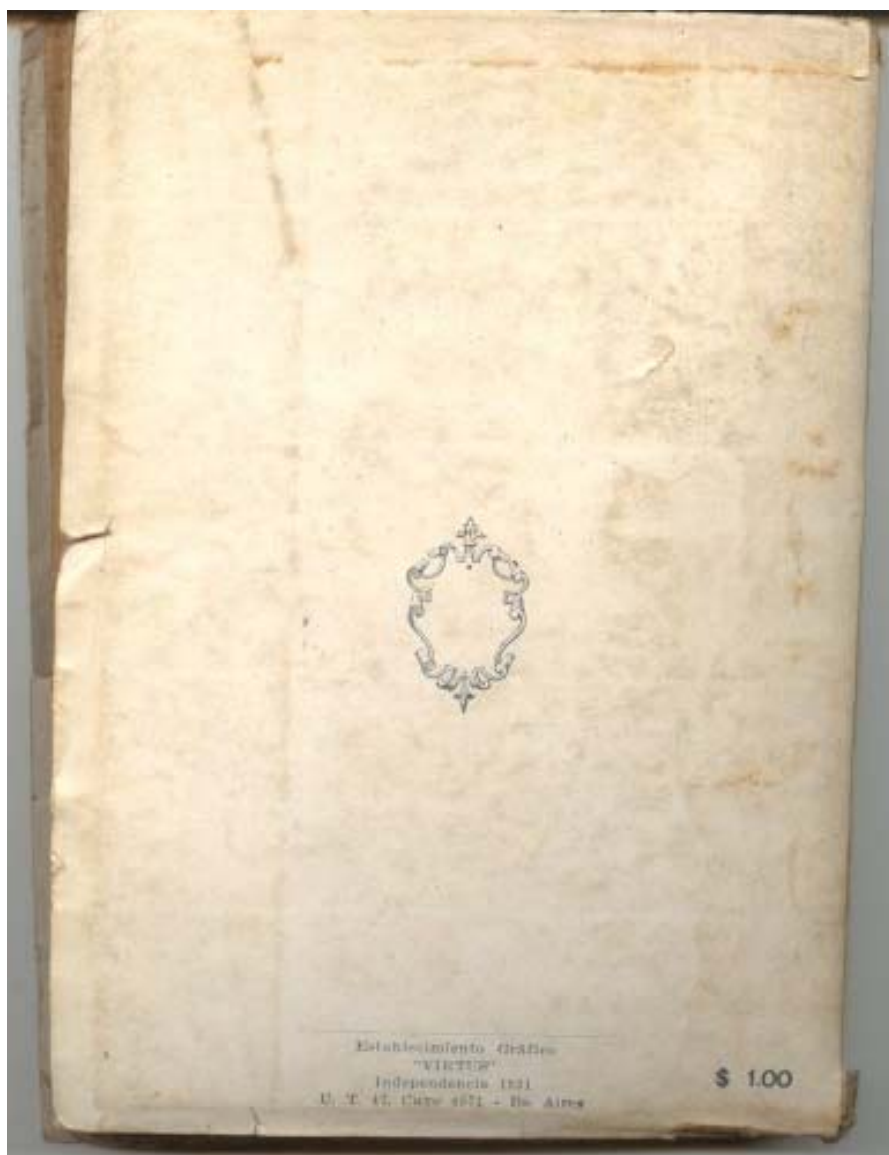
El general don Rogelio Caridad Pita murió con la entereza y la dignidad de un ciudadano ejemplar y un militar con honor. Ante el piquete de ejecución supo gritar activamente: "¡Soldados! ¡Viva la República! ¡Viva la libertad!"

El general Salcedo era un hombre de derechas, conservador y católico. Su único crimen había sido la lealtad a los poderes constituidos, obligada para todo militar sean cuales fueren sus ideas políticas. Por eso no le perdonaron los rebeldes. Murió cristianamente después de confesar y comulgar con devoción y de gritar fervorosamente. "¡Viva Cristo Rey!" .

El caso del diputado a Cortes señor Rupilanchas fué análogo. En los primeros tiempos de la rebelión le dejaron en libertad. Su presencia no pudo pasar inadvertida porque incluso iba a las playas a bañarse. Luego, cuando se intensificó el terror, tuvo que ocultarse. Le mataron en uno de aquellos momentos de crisis en los que debido al curso adverso de los acontecimientos, el régimen, para sostenerse, tenía que recurrir al terror. junto con él fusilaron a todas las personas que le habían tenido escondido o le habían auxiliado de algún modo. La guerra iba mal, la retaguardia se desmoralizaba y había que hacer escarmientos.

Así siempre. ¡Fusilamientos! ¡Asesinatos! Es el único sistema de gobierno que conocen los militares sublevados y los criminales que les asisten: ¡Fusilar! ¡Asesinar! ¡Hasta cuándo!

F I N



Establecimiento Gráfico "VIRTUS"
Independencia 1931
U.T. 47, Cuyo 4571 - Bs. Aires
\$ 1.00